

# TIJUANENSES



Federico Campbell





Federico Campbell

# Tijuanenses

TIJUANENSES

Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.

© Federico Campbell

De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez

*Gobernador del Estado*

Pedro Ochoa Palacio

*Secretario de Cultura*

Magdalena Jiménez Molina

*Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura*

Karla Beatriz Robles Cortez

*Directora Editorial y de Fomento a la Lectura*

Textos: Federico Campbell

Corrección de estilo: Rubí. J. Paclán Amaya

Diseño editorial: Dulce N. Vasquez Vizcaya y María Luisa Medina Ayala

Foto de portada: “Tijuanenses de noche”, de Eduardo Flores Campbell

ISBN: 978-607-546-322-3

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.

Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Impreso y editado en México / *Printed and made in Mexico*

# Índice

Tijuanenses.....	7
Anticipo de incorporación.....	13
Los Brothers .....	25
De caminos .....	33
El hombrecito de Marlboro.....	37
Todo lo de las focas .....	41
Insurgentes Big Sur.....	121



# Tijuanenses

Los recuerdo a todos muy bien: al Oki, al Tavo, al Pilucho, al Chavo, al Óscar, al Yuca, al Kiki, al Juan, al Kiko, al Pelón. O no: seguramente se me escapan algunos nombres. ¿Cómo olvidar al Mickey Banuet? Eran muy buenos para el básquet, los golpes, las patadas. Si no hubiera sido por los Free Fraiss, el Romandía, el Matus, el Cachuchas Insunza, los Pegasos hubieran sido los mejores basquetbolistas de su tiempo. Eran el terror de la colonia Cacho, el Sombrero, el Club Campestre. Aparecían de pronto en las fiestas, en sus Ford *custom* con pipas, como el Mercury negro de James Dean, en sus pick-up inclinados de enfrente, con sus chamarras rojas de mangas blancas de cuero y letras bordadas en la espalda: Pegasos, y luego un caballo alado como el del Mobil oil.

Eran de las mejores familias de Tijuana, pero no muy engreídos. Se movían de noche. Incursionaban en la parte baja de la ciudad, nunca en los alrededores ni en territorio enemigo. De vez en cuando condescendían, se reforzaban con miembros de otras pandillas, los incorporaban al grupo, por simpáticos, por buenos para el *basket*, por entrones para los pleitos, como el Mickey Banuet. Y solían acabar entre todos con el único adversario caído en el suelo. En una de las colinas, más allá del cerro de la Televisión o del fraccionamiento Chapultepec, organizaban alabanzas rituales a Baco; llevaban en la cajuela una enorme tina repleta de cervezas y hielo, y entonaban *Ob Blueberry Hill* de Fats Domino. El Club Pegasos. Así se llamaba. Lo había organizado un jesuita como parte de su proyecto de trabajar con los jóvenes, especialmente de las familias ricas.



Tijuana era entonces una ciudad bastante habitable. Su población cabía muy bien entre las colinas que la circundan. Uno de esos años, James Dean se hizo pedazos en la carretera, Marlon Brando corría en una motocicleta o se curaba con mercurio como las cejas hinchadas en los muelles de Nueva York. Era la época de los calcetines fosforescentes y los *Levis* apretados y aceitosos, las botas o los zapatos con casquillo. Bill Halley llegaba a través del *Hit Parade* de una radiodifusora de San Diego. Y Perry Como: *Jat Tiguiridac Siguiribum*. Y Tab Hunter: *Young love, first love*, etcétera... Y, claro, Elvis Presley: *You're nothing but a houndog*... Y Little Richard: *Tutti Frutti, Good Golly Miss Molly*.

Y por otro lado merodeaban también los Escuderos, los Free Frais, los Seventeen. Había que elegir un color, pertenecer a un club para sentirse alguien. Bastaba una chamarra anaranjada o negra con mangas blancas de cuero o violeta de motitas amarillas. No se podía andar solo. Las calles eran peligrosas; las fiestas, un encuentro de resquemores y agravios, una suerte de lucha velada de clases.

No era fácil hacerse aceptar por uno y otro de los clubes o no se sabía muy bien cuál elegir, tal vez porque los socios eran tres o cuatro años más grandes que yo, tal vez porque tampoco insistía demasiado. Pero la verdad es que en las noches más solitarias del barrio yo soñaba con pertenecer a los Pegasos. ¿Y cómo no? Lo tenían todo: carros, chamarras, amigas, fuerza, pegue, prestigio deportivo. Eran los dueños de la ciudad y se les veía pasar con un sentimiento ambiguo de envidia y rencor.

Eran los días del descontón a media calle, del “pasar báscula” (asalto amable, irónico, humillante y montonero) y uno se moría de miedo al tener que salir solo al centro y toparse con el Memín, con el Jorgillo, o con los chucos de otras colonias que los domingos se aglomeraban en los altos del cine Roble o en la parte baja del Bujazán.

Ya se había terminado la guerra de Corea. De vez en cuando se oía que alguna madre de la colonia Coahuila o de la Libertad recibía el homenaje inútil de un corazón púrpura por su hijo muerto en el campo de batalla. No pocas veces, tras una nube de polvo, se veía la rauda incursión hacia los cerros de algún Chevrolet verde olivo mate, como

el de MacArthur, que transportaba a un oficial portador de la absurda medalla póstuma.

No era cierto que se barrían los dólares con escoba, pero Tijuana era una fiesta. Frecuentemente los nativos se atrevían a recorrer el Waikiki, el Blue Fox, el Aloha, la Ballena, con más curiosidad que ganas de divertirse entre los marineros yanquis y las bailarinas.

Yo nací y crecí en la calle Río Bravo, frente a la escuela El Pensador Mexicano. En el barrio jugábamos beisbol los de arriba contra los de abajo, denominación práctica que obedecía más a la composición del terreno que a otro tipo de rivalidad: por la Río Nazas descendía el nivel de la calle y empezaba la cuenca seca del río. Nuestras diferencias no se oponían como el blanco y negro. Ellos vivían en la más extrema pobreza y nosotros apenas al ras de cierta clase media baja, en la que volaban los pegasos del mundo feliz. Sin embargo, todavía podría preguntarse si todos los de arriba y los de abajo tuvimos las mismas oportunidades, idénticas ventajas. Muchos emigraron a Los Ángeles, otros se quedaron. Uno murió en Vietnam. Los más afortunados fueron tal vez los que alcanzaron boleto para irse a las universidades.

Y la presa Rodríguez empezó a secarse en aquellos tiempos, tal vez como signo involuntario de que una época había concluido. Fenecían los años cincuenta y con ellos cundía la dispersión de los antiguos amigos, el desgaste y el desmantelamiento de los clubes. El color de las chamarras se desteñía y las mangas perdían su pintura blanca sobre el cuero. El Pilucho, el Kiko, el Yuca se fueron estudiar leyes a México. El Óscar empezó a aficionarse a la cacería y al tiro de pichón. Al Mickey se le vio cada vez menos en las cantinas de la zona norte. De los demás no volví a saber nada. Una vez me encontré al Chavo Villanueva en la estación de trenes de Benjamín Hill o en algún otro lugar del desierto de Sonora, acompañado de Rogelio Gastélum, pero ya no supe más de él. ¿Y al Mickey Banuet cómo olvidarlo? ¿Dónde estás Mickey Banuet? ¿Qué ha sido de tu vida?

Muchos años atrás, entre la Segunda Guerra Mundial y la de Corea, mi madre daba clases en la Pensador, mi padre seguía en el telégrafo, mis hermanas ya trabajaban. Asolábamos el barrio los Valenzuela (Ernesto, Óscar, Armando), su primo Federico Sáinz, y yo. Distinguíamos

claramente una Tijuana que no excedía los 100 mil habitantes. A veces íbamos al estadio de la Puerta Blanca a ver a los Potros y al Bacatete Fernández. Luego, conforme fuimos creciendo, a cazar pájaros con rifles de municiones en la parte seca del río, junto al pirul caído. Fernando Sáinz nos invitaba Pepsi colas, nieve, manzanas: era la generosidad, la simpatía y el entusiasmo personificados. A veces los chucos venían de otras colonias. Una vez llegaron de la Libertad y mataron a patadas al Zambo. Presentíamos nosotros —niños bien de una clase ascendente— que entre el fondo plano del valle y los cerros se vivían distintos modos de vida, innumerables Tijuanas superpuestas, destinos muchas veces encontrados. Era una Tijuana adolescente. El afán gregario de identificarse con un club era un síntoma de supervivencia, la necesidad de identificarse a toda costa, el deseo de pertenecer.

Luego vino la secundaria en el Poli, el incendio enigmático de la torre de Agua Caliente, Santiago Ortega, Ricardo Gibert y el Memo Díaz. Marta Franco, Elsa Apango, Alma Marín, y oh, Celia Santamaría, los bailes en el Salón de Oro. Y con todo ello el paso del tiempo. Como paralelas imperfectas y humanas, nuestras biografías apenas se tocan a lo largo de un lapso muy corto, después se separan hacia el infinito. Ni siquiera la memoria distante y el afecto recuperan lo vivido. Uno es su pasado y su presente al mismo tiempo, pero el futuro de entonces ya pasó y no nos dimos cuenta.

Ahora Tijuana tiene más de un millón de habitantes. De la que yo hablo apenas existe para unas cuantas gentes, muy pocas, de las que nacieron y crecieron aquí. Al lado de una opulencia inexplicable, sobrevive la gente de los cerros y las chozas peligrosamente empotradas sobre llantas viejas y entre los cañones. Las condiciones no han cambiado: el contorno, sí. Por un lado, en la ciudad de maestros de ceremonias pululan los clubes. Se hacen fiestas y bodas entre nubes de hielo seco y árboles naturales como en las mejores épocas del casino de Agua Caliente. Por otro, como los chucos excluidos del banquete, se repliegan los cholos, con la camisa larga de cuadros anudada al cuello y suelta por encima de los pantalones caqui.

El Pilucho, el Tavo, el Yuca, son presencias lejanas, pero en un tiempo radiante y juvenil parecían la vida que se nos iba entre las manos.

“¿Dónde andabas, en los Ángeles?”. La pregunta plantea un mito. Toda ausencia se relaciona con un destino adulto en el East Side de Los Ángeles o en el DF. Al volver de no importa qué parte del mundo, más de 30 años después y sobre todo en mayo, uno se encuentra con que la presa Rodríguez está a punto de reventar y las colinas se ven verdes en los alrededores. Algunos nombres se extinguen en la memoria, otros reaparecen entre los jefes de policía o del gobierno. ¿Pero el Mickey Banuet dónde está? ¿Cómo olvidar al Mickey Banuet?

[1989]



## Anticipo de incorporación

Mi madre y yo nunca nos llevamos muy bien. Único hijo entre dos hermanas, pronto me di cuenta de que nada tenía que hacer en territorio enemigo. Se trataba de una batalla perdida de antemano; escapé en cuanto pude de aquella casa tomada desde los cimientos por el gusto, el tono, la mirada de todas las mujeres que rodeaban a mi madre.

Allí y entonces se procuraba no hablar mucho de mi padre. Prácticamente desvanecida a lo largo de la semana, su presencia se concentraba de pronto, altisonante, en noches y madrugadas de alcohol y café. Las calles, por lo demás, se habían vuelto intransitables: el asalto montonero y súbito de otras pandillas, la impotencia para incorporarme a otros grupos de enchamarrados clubes de basquetbol, los Free Frais, los Pegasos, los Dragones, forzaban mi cada vez más cotidiano encerramiento. Me vi entonces poco más tarde, al terminar el verano, dentro de un Tres Estrellas de Oro que al trasponer el puente de la presa Rodríguez me arrancaba, por primera y quizás última vez, de aquella Tijuana adolescente que no supe hacer mía.

La cortina de la presa, alta y blanca, como la muralla de un castillo infranqueable, marcaba un punto de partida, de abandono, un desprendimiento definitivo y acaso prematuro. En las estribaciones de Tecate, al lado de los viñedos y los interminables olivares de Matanuco, el terreno verdeaba en algunas partes apenas rociadas por una lluvia mezquina. Unas rocas majestuosas y lisas parecían recién esparcidas, separadas unas de otras por el vómito prehistórico y volcánico de las montañas que se desdibujaban en la lejanía morada y oscura del horizonte. Probablemente me quedé dormido cuando curveábamos por las subidas y

bajadas de la Rumorosa. Horas después, la noche en todo su esplendor y su silencio, el cielo abierto y estrellado, me sumía en una meditación suave, como en duermevela, que por un lado ponía delante de mí el enigma de una ciudad como Hermosillo y por otro, detrás la repentina aparición de mi padre en la terminal de los autobuses: me regalaba unos chicles poco después de que mi madre pusiera en mis manos el boleto del viaje. Lo recordaba, sin embargo, en un momento locuaz y de exaltación: la brusca intrusión en la casa cuando todos dormíamos, en la madrugada, el violento encendido de las luces, los discursos, los irrefrenables monólogos que nos imponía a gritos y tensas pausas, la obligación compulsiva a tomar café.

El anaranjado amanecer del desierto volvía muy tenues aquellas impresiones. El sueño a medias, dulcemente interrumpido por el camino en recta y las muy infrecuentes curvas, la pasividad gozosa de sentirme transportado y la sensación de desvelo equivalían al paso de la noche a la mañana, a la ausencia de mi casa, de la leche tibia, de los juegos con mis hermanas y del pirul caído en el barranco, donde nos escondíamos, pero también cancelaban un infierno, acaso momentáneo, que me expulsaba a cualquier parte del planeta. Sentía que me recostaba en el mundo.

Sedante, el efecto de la luz sobre la ventanilla, la quietud de los cactus y las chollas, me despabilaba y solo tenía ojos para contemplar mi futuro inmediato, para adivinar en lo posible si aquel Hermosillo distante enclavado en la llanura desértica coincidía con mis preconcebidas ideas o mis temores.

Era como si hubieran evacuado la ciudad. Hacia las cuatro de la tarde las puertas de las casas permanecían cerradas. Nadie en las calles. Las plantas de sol se caían vencidas y quemadas. Un aire cálido, oleadas de viento y un incendio inubicable cargaban la atmósfera, pero antes del anochecer las avenidas sin pavimento eran regadas por pipas que imprevisiblemente surgían entre el polvo a lo lejos y se desplazaban lentas, pesadas y generosas; se olía la tierra mojada, el suelo amarillento mientras yo caminaba por la calle Garmendia. Iba al cine. Sudaba. El relente de la medianoche reavivaba una íntima capacidad

de ilusión. Pronto vendría septiembre, se cerraría el periodo de inscripciones, empezarían las clases en la preparatoria.

Y entonces empecé a marchar.

El primer domingo de enero nos presentamos en el cuartel. Salimos en formación cuando aún no había salido el sol. Más de mil hombres desvelados y friolentos éramos los únicos seres vivientes en aquella ciudad apaciguada. Marchábamos de cuatro en fondo, sin armas ni uniformes, reclutas recién convocados para una improbable movilización general. Avanzábamos frente a las escalinatas del museo y biblioteca pública buscando la salida hacia el descampado. La escala monumental de sus pétreas columnas daba al museo un aire de la Roma imperial. Vino entonces la orden: debíamos correr a paso veloz. Sin darnos muy bien cuenta, las casas de las afueras empezaban a quedarse atrás, a medida en que rompía abiertamente la mañana.

A lo lejos se perdía la vista en el valle horizontal y seco. Nos dividíamos en grupos, dirigidos cada uno por un sargento. Transcurrida la mañana en ejercicios de gimnasia y marchas, recibimos hacia el mediodía instrucciones de concentrarnos a lo largo de un bordo que indicaba el límite entre los sembradíos de algodón y un canal de riego. El mayor Dorantes subió entonces a lo alto de un promontorio. Le colgaba del hombro una bolsa de lona verde olivo, como un cartero desmañado que en el campo de batalla se hiciera esperar parsimoniosamente ante nuestras solícitas miradas. Con un ojo en nosotros y otro en la lista que desplegaba frente a él uno de los sargentos, el mayor Dorantes fue gritando nuestros nombres de soldados. Uno a uno y alternativamente dábamos un paso al frente y, en posición de firmes primero, luego saludando, recogíamos la cartilla reglamentaria que el mayor iba sacando de la bolsa de lona. Quienes teníamos menos de 18 años, uno menos de la edad oficial, la recibimos al último: Nombre del soldado. Matrícula 401363—2. Anticipo de incorporación según oficio 54069, expediente D/143/184453, 30 de junio, 1960 (solicitud previa). Departamento de Reclutamiento e Identificación Militar. Secretaría de la Defensa Nacional. Servicio Militar Nacional. Clase “1940”.

—¿Quiénes han tocado antes tambor o corneta?



—Yo —mentí, sin querer. Supe entonces que podría hacerlo todo, todo lo que antes no me había atrevido a hacer y para lo que no me sentía preparado. Y así cada domingo nos separábamos del regimiento dando cuerpo a una banda de guerra estridente y desacompasada. Nos turnábamos en la escoleta; unos tocaban mientras otros dormíamos y fumábamos entre los algodones hasta que venía uno de los sargentos y nos ordenaba volver al cuartel.

Todavía a oscuras, de diferentes puntos de la ciudad salíamos de prisa a tomar la primera clase de la mañana en la preparatoria. Todos convergíamos, recién despiertos y en silencio, en la explanada de donde se desprendía la primera nave del edificio; un letrero de mosaicos cobrizos configuraba, por encima de nuestra indiferencia matutina, una sentencia indescifrable:

MÁXIMA LIBERTAD DENTRO  
DE UN MÁXIMO DE ORDEN

Hacia las 12 del día, al vaciarse la escuela, la consuetudinaria dispersión de los grupos cobraba otro ánimo. Caminábamos en bola. Nos deteníamos a tomar un refresco.

—Siempre he andado entre dos mujeres —les decía a Graciela y a Laura.

—Nosotras te cuidamos —dijo Graciela.

Veíamos de paso a Jacinto Astiazarán, el pelo cortado a la cepillo y al rape alrededor de las orejas, que calentaba su Islo como si fuera una Harley-Davidson. Llevaba una chamarra negra de cuero y cuello de borrego. Los lentes ahumados lo hacían aparecer más grave y ensimismado, interesante, mientras se ponía los guantes de gamuza, solo, siempre solo, siempre un jinete solitario en la pradera que salía disparado y raudo montado en su motoneta.

Al despedirme de Laura y de Graciela, vi la gran mole del Museo y Biblioteca del Estado que descollaba, lejos del cerro de la Campana, como el cuerpo más alto de la ciudad. Me sentía cada vez más pequeño

e insignificante al irme acercando a la escalinata, como si debiera tomar aire antes de acometer escaño por escaño aquellas columnas de inevitables evocaciones románicas. Los enormes volúmenes de las dos alas laterales confluían en rectas verticales, caían sobre una reja que guardaba la estatua del general Abelardo Rodríguez. Sobre los corredores, a la entrada de la biblioteca, buscaban la sombra fresca algunos estudiantes en cuyos ojos aún persistía la concentración de la lectura.

Entré en la hemeroteca. Puse los libros sobre la mesa y empecé a revisar los periódicos de Baja California que llegaban con dos o tres días de retraso. Tomé uno del jueves. Era sábado. Una nota perdida en las últimas secciones me dejó helado. Tomé los libros a la carrera y salí corriendo por las escalinatas del museo, no sabía hacia dónde. Abajo vi que Jacinto Astiazarán dirigía las prácticas militares con los comandos del pentatlón. Aullaban, golpeaban el suelo con sus pasos de ganso. Corrían al trote y seguían a Jacinto Astiazarán, recto, vertical, metido en su chamarra de cuero, lentes oscuros, pantalones de mezclilla y altas botas negras de caballería, allí, abajo, en aquel peliclesco Zeppelinfeld de Nürnberg.

A las 12:30 salí de clases. A las 12:45 entré en la hemeroteca.

Hojée los periódicos que se editaban en Tijuana. Leí las primeras páginas. Repasé las secciones interiores. Abajo, en una esquina:

#### VIEJO TELEGRAFISTA HERIDO A PUÑALADAS

A la 1:10 bajé corriendo las escaleras del museo. A la 1:15 iba caminando por las calles, sin rumbo preciso. A las tres de la tarde alguien puso en mis manos un boleto en el andén de la terminal. Y me fui. A las seis de la tarde atravesaba el desierto en un autobús rojo y muy frío. A la media noche remontaba las cuestas de la Rumorosa.

A las cinco de la mañana entré en el hospital civil de Tijuana.

Su barba, prematuramente gris, sobresalía por encima de las mantas: mi propia frente, mis propios ojos. Existía la prohibición expresa de agitación y cigarros. Nunca antes me había visto fumar. Me acerqué a su cama con el cigarro entre los dedos. Le di un beso en la frente.

Me fui al pasillo a seguir fumando. La silueta de la torre de Agua Caliente empezaba a contrastar con el fondo del amanecer. De vez en cuando me asomaba a su cuarto. Dormía en paz, tranquilo, pausado, como un niño.

Muchas horas después apareció mi madre y una de mis hermanas en el corredor.

—No sabíamos que estabas aquí.

—¿Por qué no me avisaron?

Volví a Hermosillo.

—Cueros —dijo el mayor—. Hay que cooperar. Por cada cuero de chivo que me traigan les pongo dos domingos. Vean cómo están; de 15 tambores, 12 están rotos. A unos cámbienles el cuero, pónganles el de abajo y dejen el de arriba, cosido, péguenlo con lo que sea; las cuerdas sobre la rasgadura.

Yo tenía muchas faltas. Unas acumuladas por los domingos del verano, las vacaciones y las mañanas en que no lograba despertar a tiempo, otras por el viaje intempestivo a Tijuana. En casos semejantes había que volver a marchar el año siguiente.

“Por cada cuero, dos domingos”, había dicho el mayor.

Me fui entonces una mañana hacia las afueras de Hermosillo, por rumbo de Villa Seris, con los aros en la mano.

—Aquí no tenemos —me dijeron en un rancho.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó un anciano.

—Cueros de chivo.

—No, aquí no.

Más hacia el sur se veía una casa de adobe y junto a ella una torre de ladrillo. Una mujer lavaba ropa y la tendía sobre los alambres de púa de una cerca. Al aproximarme a ella vi al fondo una pista de aterrizaje resquebrajada y un pequeño reflector oxidado encima de la torre.

—No sé si deban estar curtidos o no —le dije.

—Aquí están estos —respondió la mujer señalando unas piezas cerdosas y duras sobre la alambrada, bajo el sol aplastante—. Pero tienen pelo.

—¿Cincuenta pesos?

—Sí.

También tenían sebo. Los fui metiendo en una pileta de concreto con agua caliente. Coloqué los aros en una banca larga de madera, muy frecuentada por moscas. La mujer, descalza y con la falda en algunas partes mojada, tenía hirviendo una gran olla de cobre a la que echaba jabón en polvo y en la que movía con una vara unos pantalones.

—Un rastrillo, señora, ¿no tendría usted un rastrillo?

La mujer entró en la casa y volvió —las manos húmedas, los dedos en pinza— extendiéndome un rastrillo enmohecido y una navaja de rasurar roja.

—Qué bien, oiga, gracias —le dije. Luego transcurrió una pausa, un silencio—. ¿Usted no tiene niños?

—Por allí andan. Les da por irse al monte.

Me acerqué a ella y sin decirle nada metí un balde en la olla de agua jabonosa. Uno a uno los cueros informes, crudos y pintos fueron ablandándose en el agua caliente. La señora se acomodó con la vara, rescatando las pieles humeantes. Las extendía al lado de los aros, sobre la banca, y el rastrillo entró trabajosamente en el pelambre enjabonado. Residuos de grasa se escurrían entre pelos y moscas cuando sentí que algo me ardía hasta el hueso en la coyuntura de los dedos.

—Laura...

—¿Por qué me dice usted Laura?

—No, es... me parece que me corté.

La sangre me corría en hilos sobre el antebrazo. La mujer se enjugó las manos sacudiéndolas, terminó de secarlas frotándolas en la falda.

—Venga —me dijo.

Adentro de la casa una hamaca colgaba de una pared a otra, sostenida por dos troncos empotrados.

—Así se llama mi hermana —le dije, sin querer.

—Siéntese allí.

Esperé sentado sobre la hamaca. Se perdió por la única puerta que daba hacia atrás. Solo, alcancé a ver debajo de un catre una escopeta recortada y a lo alto de la cabecera un calendario de la cervecería Moctezuma. En una repisa, una veladora iluminaba tenuemente un pequeño cuadro de la Virgen del Carmen y la fotografía de un hombre.

El aguamanil de bronce que traía sobre una palangana cuando reapareció me impulsó a decirle algo... pero me quedé callado. Seguí con el brazo firme, hacia arriba, y la mano suelta, el codo sobre la palma de la otra mano. La sangre entre los dedos se había coagulado. La mujer, entonces, empujó con el pie un pequeño taburete frente a mí, a la altura de mis rodillas, y se sentó poniéndose la palangana sobre los muslos. Me tomó la muñeca y me fue llevando suavemente hasta el peltre blanco de la palangana mientras vertía el agua tibia del aguamanil. Con la yema de sus dedos fue diluyendo la costra de los míos. Trajo una toalla recién planchada que olía a sol. Me cubrió la herida; luego destapó un frasquito de mercurio cromo.

—No, así está bien —le dije.

Me vio entonces salir al patio y me dejó recoger como pude, con una mano, los cueros. Los fui encimando sobre los aros. Aún escurrían y se untaban, tomaban la forma de la circunferencia que les correspondía. Oí el chorro del agua corriente a mis espaldas; la mujer lavaba el rastrillo, extrajo después la navaja y vino hacia mí.

—Con cuidado —dijo. Encajó la navaja de derecha a izquierda y circularmente rebasando un poco el perímetro de los aros. Repitió el corte perfecto en los cueros que empezaban a perder humedad y a pasar de un tono pardo a uno blanquecino. Tensos, los aros resistían bajo el sol la tirante contracción del pellejo. Nos retiramos hacia la sombra. En la banca alargada los cinco cueros circulares se alineaban en formación recta y marcial.

La banda de guerra, hacia las 11 de la mañana del 16 de septiembre, encabezó el desfile la columna del primer batallón de infantería del Servicio Militar Nacional. A paso redoblado, fuimos tomando posiciones a lo largo de la avenida Serdán. Por primera y única vez conocimos el peso de un máuser con la bayoneta calada sobre el hombro. En los tiempos muertos, mientras los contingentes de escuelas y otros grupos confluían en la ruta prevista, nos manteníamos en descanso fumando y comiendo jícamas y pepinos con limón. Galones y borlas rojas nos distinguían a los tambores y cornetas del resto de la compañía. Nos acomodábamos la cuartelera, le ajustábamos la escarapela

tricolor reglamentaria, cuando de pronto dobló por una esquina, solo, enfundado en un traje de cadete azul violeta, casi gris, casi blanco, casi acero, Jacinto Astiazarán. Transcurrieron varios segundos antes de que la escolta del pentatlón girara 90 grados y se desplazara paralelamente a nuestra compañía seguida de cinco pelotones de pentatletas. Separado por lo menos 10 metros de sus subalternos, Jacinto Astiazarán marchaba enhiesto levantando un sable plateado frente a la nariz, entre ceja y ceja, a la altura del quepí. Los miembros del pentatlón vestían camisas negras y polainas blancas, una manada exacta de cascos también blancos y con redes de paracaidista, cada comando con una metralleta sobre la cintura.

A la orden puntual del primer corneta, irrumpimos nosotros después del pentatlón y estruendosamente por la avenida. El redoble de los tambores ensanchaba la calle y hacía que la multitud ganara de prisa las aceras. El tambor me caía a cada paso sobre la pierna izquierda, lo devolvía inclinado para recibirlo y equilibrarlo con las baquetas. Miraba de reojo a mis compañeros a fin de mantener la línea recta en formación. A unos cuantos metros, a mi derecha, entre la multitud, vi en diagonal que mi madre alzaba la mano, sonriendo, la boca pintada de brillante rojo y movía una pañoleta rosa. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿De dónde salió? La saludé con los ojos, tratando de mantener la cara hacia enfrente. Perdí el paso momentáneamente. Bajé la vista y me vi a un lado del tambor las polainas de lona, como las de John Wayne en las arenas de Iwo Jima. Había querido ser *marine*, me había comprado unas polainas idénticas en una tienda de segunda mano de San Ysidro y un casco al que luego le pinté unas barras blancas de teniente... el rifle de municiones tomado transversalmente, en cuclillas, mientras mi hermana me retrataba bajo el cinturón de la cantimplora verde olivo... Mi madre empezó a seguir el desfile, pero pronto se me perdió entre la muchedumbre. Una vez que pasamos frente al palacio de gobierno nuestra columna torció por la avenida del Centenario y tomamos camino rumbo al cuartel. Devolvimos los máuseres, dejamos los tambores en la bodega, nos dispersamos. Pocos conscriptos quedaban aún en la calle. Avancé por la acera con la cuartelera entre las manos y en el camellón, en una banca de fierro vaciado, estaba ella.

—Qué susto. Nunca me imaginé que anduvieras por acá; sentí que se me caían las polainas.

—Se veían todos muy guapos. Y luego, los rifles. Yo tampoco me imaginaba que vendrías allí, en la banda. Hazme el favor.

—Así que vienes a rescatarme del vicio.

—Yo no he dicho eso.

Fuimos a comer a un restaurante chino.

—Lástima que no haya pato.

—Allá sí hay —dijo ella.

La mesera nos trajo varios platos, arroz frito, germen de soya, costillas de cerdo en salsa agri dulce, palillos.

—Así, mira. Primero, el de abajo como lápiz; luego el de arriba, como si escribieras. Como pico de paloma.

—He estado pensando que te vengas conmigo. No sé qué haces aquí. Allá puedes seguir estudiando, en San Diego. Tus hermanas... ahora que ya se han ido. Tu papá... No sé qué hacer en la casa. No es que no haya querido escribirte. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo perfectamente.

—Te estoy viendo furioso, por cualquier cosa. Y luego me decían: “Oiga, Marianita. ¿Qué hace allí el ‘Gordo’ recargado en la puerta de la tienda tan tarde? Hasta que cierran que no se va a acostar, tan tarde”. No es que te me hubieras olvidado. Y es que no era fácil, tu papá... pobre. No te entraban las cosas en la cabeza. Y aquel día, cuando nos dejó el camión de la escuela en la esquina y nos bajamos. ¿Por qué? ¿Qué es lo que habías hecho? Aquella muchachita, ¿cómo se llamaba?, era mi alumna, y no, no me gustó nada lo que se decían, tan chicos, de una ventana a otra. Pero fue una tontería, lo reconozco. No te debí haber dicho nada hasta llegar a la casa. No te debí haber pegado delante de ella, delante de todo el camión. Me sentí muy mal luego. No sabes, no te lo pude decir.

—No, no fue nada...

—Allá puedes seguir. Allá hay todo. Pronto te vas adaptando otra vez. Las vacaciones se pasan en un momento y vuelves a la escuela, las muchachas vienen a verme muy poco.

—Luego quiero ir a México.

—Sí, después, cuando quieras. Solo se trata de unos años; ya tendrías tiempo para todo. Mientras me acostumbro. Pero tiene que ser ahora. Yo no puedo seguir así... Iríamos a la playa, a comer langosta.

—¿Pero tiene que ser en este instante? ¿Ahora que estoy empezando? No puede ser.

—Gordo, no tengo a nadie —dijo, y hubo un silencio muy largo.

—¿Quieres más té?

—Así está bien, sin azúcar.

Nos quedamos sin hablar. Frotaba la escarapela de la cuartelera con la punta de los dedos. Volví a llenar mi taza de té. Insaboro. Frío. Con uno de los palillos chinos movía ella unos granos de arroz blanco, residuos de su plato. No acertábamos a vernos a los ojos.

—¿Y tus maletas?

—En la estación —pausa—. ¿Te gusta estar aquí?

—Sí.

—¿Vendrás a verme cada vez que puedas?

—Siempre —silencio.

—Come bien. No te desveles. Escríbeme, para cualquier cosa.

—Claro.

—Hay que pedir la cuenta.

Caminamos siguiendo la sombra del camellón, bajo los laureles de la India. Entramos en la terminal de los autobuses. Me dio la llave del guardaequipaje. Saqué su maleta.

—Toma —me dijo.

—¿Qué es? Ah. Oye, ¿cómo se te ocurrió?

Era un par de zapatos nuevos en una caja.

La encaminé al andén de Tres Estrellas de Oro.

—Y ya no seas tan flojo —me dijo—. Levántate temprano.

Su aparente naturalidad la hacía mover la cabeza de un lado a otro y parpadear de vez en cuando.

Ni una palabra más. Subió y fue a sentarse en uno de los asientos del fondo, sin mirarme. Alcé la mano, pero no logré distinguirla tras la ventanilla polarizada.

Salí de la terminal con las manos en los bolsillos y la caja de zapatos bajo el brazo. El autobús viró hacia las afueras, sobre la tierra amarilla,



húmeda, entre el polvo que se levantaba, evaporado; se hundía a lo lejos, ronroneante, en la carretera. Y me fui caminando por la calle Garmendia.

[1989]

## Los Brothers

Sin necesidad de discutirlo más en el curso de las últimas semanas, Laura y yo decidimos separarnos. Un sábado en la tarde, al entrar en el departamento, encontré que se había llevado todas sus cosas. No dejó ninguna nota; no era su estilo y, además, muy poco nos hablábamos ya a esas alturas de nuestra desafortunada convivencia.

A la mañana siguiente, luego de haber dormido mucho más de lo necesario, pasé a la pizzería de al lado con ganas de tomarme un café negro y despabilarme, así, definitivamente. Era un domingo muy nublado. Casi toda la ciudad se oscurecía por el norte. No se podía saber, no obstante, si llovería o no. Nunca se sabe. Me había sentado en una de las mesas metálicas que daban a la calle y apenas me habían servido un pedazo de pizza y la segunda taza de café negro cuando vi que a lo lejos, acercándose sin prisa, venía Eligio Villagrán.

No me entusiasmaba en nada la posibilidad de hablar con alguien, pero el encuentro parecía ineludible. Sin hacer nada por disimularlo, me concentré en la desabrida pizza que acometía desganadamente al tiempo que pensaba en lo que los navegantes llaman *collision course*: Un curso o trayecto de colisión o choque inevitable, como cuando un barco lleva una dirección que fatalmente le hará encallar o toparse con otra nave. Solo que en este caso yo constituía el punto fijo y Eligio Villagrán la amenaza que se desplazaba hacia mí.

Algunas veces se dijo de él que no podía estar callado un solo momento. Hablaba compulsivamente, no escuchaba, monologaba con un frenesí que antes que a nadie lo divertía a él o de alguna manera le permitía encontrar cierto equilibrio consigo mismo. Trabajaba como

extra de cine en los estudios Churubusco, en películas de vaqueros, pues tenía una facha nortea, de pueblo ganadero o texano. No se quitaba las botas puntiagudas ni un chaleco de cuero con estoperoles que le había quedado de una filmación. Un acné adolescente (o tal vez el flamazo de una estufa de gas) le había enjutado la cara, un rostro que por un solo boleto le daba el aire del bueno, el malo y el feo al mismo tiempo, un poco en el etilo de los *westerns* a la italiana.

No acababa yo de repasar en mi archivo mental todas las tarjetas que tenían que ver con él, cuando ya estaba sentado frente a mí, perfectamente instalado y despatarrado en una de las sillas y sonriéndome.

—¿Te tomas un café? —le dije.

—Sí, maestro. Nos lo echamos.

—¿Qué ha habido?

—¿Qué ha habido de qué?

—¿Siguen filmando?

—Poco, ya sabes, el cine está muerto. Una de caballitos, algún comercial, nada más. Ahí le vamos dando... Cerca de Tula, unas lomas, como colinas de tierra suelta. Vieras qué bien nos salió. Digo, creo. Un polvo del carajo por todos lados. Terminamos hechos un asco.

—¿Y dónde te habías metido, pues? Antes.

—Allí, te digo.

—Pero antes...

—Por ahí, por ahí... Anduve un rato girándola, antes de la película, digo. En Mexicali, un poco también en el valle Imperial, estuvimos trabajando... Y en Tijuana.

—¿De qué vivías?

—Al principio del espárrago, pero pues no falta, tú sabes...

Las nubes más cargadas y negras que no muchos minutos atrás había visto encima de casi todos los edificios empezaban a desplazarse dejando un hueco no muy nítido hacia la parte norte de la ciudad. No alcanzaba a ver la cordillera que rodea el valle, pero la imaginaba. Mientras Eligio hablaba, pensé que no era él quien no sabía escuchar: yo mismo le ponía enfrente una mirada de atención, un interés perfectamente fingido, como un escucha piloto automático que me daba la oportunidad de vagar con mis pensamientos impunemente y por otra

parte. No hilvanaba con exactitud lo que me decía cuando de pronto, por mantener a flote la plástica, acoté.

—¿Tula?

—¿Cómo? Sí, eso fue después.

—Si quieres vamos —le dije—. Siempre he tenido ganas de salir por ahí y de volver por Pachuca.

Y era cierto. Aparte de los mapas, no sabía con precisión dónde se encontraba el Valle del Mezquital. Ni Ixmiquilpan, ni había visto las caríatides de Tula. Había oído hablar de la candelilla, apenas tenía la idea de que era algo que raspaban los otomíes para hacer cuerda, una especie de penca de maguey o algo así. Algo sabía también de los sembradíos de hortalizas regadas con las aguas negras de la capital.

Nos subimos al Volkswagen y empezamos a salir de la ciudad por Naucalpan. Eligio me pidió que nos detuviéramos un momento para comprar cigarros. Detuve el auto frente a una licorería. Muy pronto volvió con una botella de tequila en las manos y envuelta en una bolsa de papel de estraza. Recuperamos la ruta de la carretera a Querétaro. Al fondo, en un punto de fuga indiscernible y cambiante, las nubes avanzaban espesas en dirección contraria a la que nosotros llevábamos, debido a algún viento muy alto tal vez y no solo por la velocidad con que nos desplazábamos hacia la tarde que, por el rumbo de un letrero y una flecha de desviación, empezaban a iluminarse. Eligio le dio un trago a la botella y mientras tanto me contaba que tuvo que salir corriendo de Tijuana.

—De urgencia, maestro. Se empezó a poner la cosa un poco fuerte, no sabes.

—Y ahí, ¿qué? Muchos americanos, ¿verdad? Dicen.

—Gente muy tronada. Muchos viejitos en la costa, en búngalos, en Cantamar, como en Álamos.

No mucho tiempo después de que nos apartamos de la supercarretera, a través de un camino angosto y ondulante, la iglesia de Tula aparecía y reaparecía según las curvas y nuestro punto de vista. Una serie de caserones de lámina, oscuros, tenía la apariencia de una fundidora. Más adelante, mi curiosidad turística no llegaba a tanto como para interrogar a Eligio o a quien fuera sobre qué eran aquellas enormes

instalaciones que parecían, por lo demás, una fábrica de cemento. Por pereza o por falta de interés me abstuve muchas veces de preguntar por alguna calle en alguna ciudad desconocida; prefería indagar por mí mismo o perderme al azar. Finalmente, las cosas siempre se iban dando por sí mismas. Era mejor imaginarlas, apreciarlas, reconocerlas en su ambigüedad posible.

—Es que nos metimos en unas casas a medio construir —me seguía diciendo Eligio—. Y allí discutimos con un tipo.

No le seguí la plática para no darle la impresión de que nada más le estaba siguiendo la corriente y porque pronto vimos hacia los lados gente en la calle, grupos de personas sin prisa, mujeres y niños que salían de la iglesia y, un poco más adelante, varios autos estacionados de capitalinos que venían a ver el centro ceremonial.

Supuse más tarde, cuando caminábamos entre los caseríos reconociendo el sendero que ascendía, por la tierra plomiza y una pequeña figura de cariátide de arena petrificada que vendía un chamaco, que seguramente los caserones de la entrada eran una fábrica de cemento. Todo era polvo. Nadie traía los zapatos o los pies sin polvo, el pelo, la cara. Flotaba un olor muy penetrante que de repente se desvanecía, como si tuvieran en el pueblo problemas con el drenaje.

Trepamos por la brecha hacia las cariátides. Las había visto en tarjetas postales. Sobre un promontorio se alineaban varias columnas. Y luego las alargadas figuras, mucho más altas de lo que las imaginaba: los Atlantes.

—¿Una casa semiconstruida? —le pregunté.

—Eran dos casas, por las afueras de Tijuana. Abandonadas. Tenían el techo color ladrillo, de tejas, un poco cónicos, redondos, como sombreros de paja chinos, muy bonitas si las hubieran terminado. Sin pintar, las paredes de concreto. Y eran, decían, de unos camaradas muy conocidos allí, que estaban en la cárcel de Tijuana, por eso no las habían terminado de construir. Eran de unos hermanos, contrabandistas. Los Brothers, les decían.

—¿Burros o mafiosos?

—De todo, le hacían a todo. Muy gruesos.

—Oye, no nos vaya a agarrar la lluvia... más adelante.

—Total...

Volvimos al Volkswagen, luego de descender la colina de tierra suelta y comprar un cenicero de arena dura como la cariátide de Tula. Abajo resonaba un altoparlante. Se dedicaban canciones. Empezamos a salir lentamente de Tula, a medida que se diluía hacia atrás o se modulaba mejor por la distancia la letra de un corrido...

*Traían las llantas del carro  
repletas de yerba mala  
eran Emilio Varela y Camelia la Texana*

Salimos de Tula. Conducíamos siempre hacia el norte; nunca virábamos a la derecha y seguía atardeciendo. El terreno se definía plano por todos lados, terso y amplísimo, horizontal, como una laguna seca. Yo creía que los valles eran hondonadas inmensas, desfiladeros con mesetas aisladas en el fondo, rodeadas de montañas, tal vez por la V de valle o por aquello de que verde era mi valle si se contemplaba desde arriba. El caso es que a lo lejos se perdía el horizonte o se nublabla, una especie de pampa circular. Al margen de la carretera corrían caminos de terracería que curveaban hacia el monte. El cielo volvía a ennegrecerse.

Por no sé qué asociación de ideas o colores o por una de esas ocurrencias que le vienen a uno cuando maneja en la carretera, sobre todo si el camino es soso y rectilíneo, pensé en el sistema de orientación que utilizaban los pilotos de caza japoneses durante la guerra del Pacífico: se basaba en la disposición de derecha a izquierda de los números de la carátula del reloj. Y se lo contaba a Eligio.

—Al frente son las 12, a mi izquierda las nueve, a la derecha las tres. Y atrás, claro, las seis. Por ejemplo aquí, como a las dos, tenemos que doblar hacia Pachuca, o hacia Ixmiquilpan, no sé. ¿Ves? Acá, como a las 11, está esa vaca.

Poco a poco nos fuimos adentrando en el siguiente pueblo. No lograba saber si era Ixmiquilpan. Esperaba que algún indicio, por mínimo que fuera, nos indicara que íbamos por el rumbo correcto. Apenas recordaba que desde allí las aguas negras regresaban a la capital

convertidas en chiles, jitomates, cebollas, lechuga... y se completaba así, generosamente, el ciclo de la vida y los desechos.

En medio de la calle, extraviados, sin saber exactamente en qué parte del mundo nos encontrábamos, se nos acercó un anciano y golpeó el cristal de la ventanilla: los ojos inyectados, extendiendo la mano. Cerré la ventana, sin discreción, disminuyendo a la vez la marcha debido a la cantidad de gente que se arremolinaba en torno al carro. Nos miraban con burla, sarcásticos. Algo me decía el anciano que no entendí muy bien.

—¿Qué dijo?

—Mejor no lo veas.

—Oye, por aquí no hay salida a Pachuca. ¿Por dónde? Carajo.

Unas mujeres salían de la iglesia. En la plaza, los vendedores levantaban sus puestos o los cubrían con plástico transparente. Una botella se estrelló de pronto contra el cristal trasero. Di un arrancón como por acto reflejo, pero no por muchos metros. Parte del grupo se abrió gritando; nos mantuvimos quietos, otros campesinos se replegaban hacia la banqueta. Vimos entonces que en la esquina de la plaza estaba un Valiant estacionado, gris plateado. Sobre la puerta del volante se recargaba un hombre de guayabera, comiendo cacahuates. Adentro, en los asientos de atrás, se asomaban otros dos tipos con sombrero, y de las ventanillas salía un par de armas largas. Un letrero azul añil cruzaba de lado a lado y horizontalmente las puertas laterales: POLICÍA. Los del Valiant nos miraban, tranquilos. Uno de ellos sonreía. Era domingo en la tarde.

Con la mayor naturalidad del mundo preguntamos al fin por la carretera a Pachuca. Un muchacho nos indicó que regresáramos por donde habíamos llegado, que diéramos vuelta en donde terminaba la plaza. Como las patrullas texanas de las películas, en dos movimientos y no en tres como suele hacerse, puse reversa, aceleré respetuosamente y retomé la calle por donde habíamos entrado. Yo sentí que hacíamos bien: el rumbo era hacia el oriente, no andábamos mal encaminados.

Empezamos a recorrer el pueblo transversalmente. Un caballo sin dueño nos dio el paso. A medida que avanzábamos, me detenía preventivamente en las bocacalles y luego aprovechaba la inercia del carro para seguir adelante. En la próxima bocacalle, exactamente a las nueve

y a una cuadra de distancia, apareció súbitamente el Valiant plateado, con su letrero azul añil y los tipos dentro. Eligió no parecía darse cuenta de nada. De vez en cuando tomaba un trago de su tequila. No hablaba. Fijé la vista hacia enfrente: a las 12 en punto de nuestra imaginaria brújula japonesa, hacia la segura salida salvadora que nos esperaba en algún lugar distante.

—Oye —me dijo—. Mira.

—Sí. Son los mismos.

Los veíamos a cada bocacalle, del otro lado, a cada cuadra. Nos manteníamos en una dirección fija, anhelando la carretera, y en cada bocacalle, a mi izquierda, a las nueve en punto, volvíamos a ver el Valiant plateado. Y las letras azul añil de su letrero. Paulatina y desenfadamente nos íbamos alejando hacia el descampado. El auto parecía escoltarnos, seguirnos hasta las afueras, paralelamente, por las bien trazadas calles del pueblo.

Al tomar a la carretera a Pachuca: silencio, solo se escuchaba el ronroneo del auto que yo provocaba con el acelerador y sentía como una vibración de mi cuerpo.

—¿Cómo dices que decías?

—Nada, nada.

Veía por el espejo retrovisor. Nada, nadie a las seis, me decía a mí mismo, sosegado. A pesar del cristal astillado pude distinguir los faros de un camión de carga que, lejos de aproximarse e intentar rebasarnos, iba perdiendo distancia respecto a nosotros. Eligió bebía, ensimismado. Me pasó la botella.

—Mira —le dije— Allá, como a las 10, en la plaza: el reloj de Pachuca.

Encendí las luces. Solo de vez en cuando ponía a funcionar los limpiaparabrisas. No se decidía del todo la tormenta. La plaza estaba vacía. Seguimos sin detenernos hacia el sur. Pocos autos circulaban a esas horas por la carretera.

—Y es que le hicimos algo más que asustarlo.

—¿A quién?

—Al tipo.

—Ah.



Más de una hora después nos reintegramos a la ciudad por la entrada de los Indios Verdes. Eligio hablaba menos que antes. No se me ocurría decirle nada.

Y es que le hicimos algo más que golpearlo —dijo, poco antes de que lo dejara en una esquina del centro.

Entré en el departamento con la cariátide en la mano. La puse en la mesa. Me eché en el sillón, sin poder leer, fumando, sin hacer nada. Salí a caminar. En la pizzería de enfrente pedí una empanada y un café negro. “Más que golpearlo...”, pensé.

Volví a casa: la cama destendida, los trastos sucios en la cocina; fragmentos de cascarón de huevo se pegaban a la pared, secos.

No podía dormir. Sentía los latidos del corazón en los tímpanos. Me volvía sobre la almohada. Se agolpaban en el interior de mis ojos cerrados, apretados, la mirada vidriosa del anciano en la plaza de Ixmiquilpan y el cristal de la ventana astillado, el par de casas de techos cónicos en las colinas de Tijuana, el pedazo de pizza rancia. Quité una de las cobijas. Me puse bocabajo, contra el colchón, metí la cabeza debajo de la almohada y dejé caer el brazo hasta la alfombra. Sentí entonces algo con lo que tropezaba mi mano: una cinta de cuero, pequeña, la hebilla de un zapato, un tacón alto de mujer. Me aferré a las correas, busqué el otro zapato, sobé las suelas. Como si fuera el empeine, mi mano entró por donde antes salían los dedos de Laura, su pie, mis dedos, sus uñas sin pintar, sus pies sin medias. Entrelacé mis dedos en las correas y los apreté profunda, temblorosamente en la oscuridad.

[1989]

## De caminos

Para uno el asfalto es su vida, su mundo, la cinta negra, su elemento. Se siente como pez en el agua. Los aviones parecen cruzar flotando por encima, allá arriba en el cielo. Muchas cosas de la carretera uno las sabe: un movimiento acá, un carro detenido allá, unas lucecitas en el descampado, fuera de las brechas, con fulano allá, el restaurante tal en servicio, a tales horas, en tal punto, y ya. Algo pasa.

No haces más que pasar la caseta de San Quintín y te encuentras el mayor número de trailers estacionados. Allá es. Hay una fonda que se llama La Malena. Es el mejor punto de los trailers. Y allí se hace el trafiquín. Todo el mundo lo sabe.

El caso es que estando yo en servicio, a la salida de San Quintín, me hablan por el radio y me dicen que hay un accidente, que está parado el tráfico en el cruce de Camalú. Entonces vamos, mi madrina y yo, mi ayudante. Agarro y nos vamos para allá, en la patrulla. Hay que ir a destrabar el accidente. Un servicio más, un pedo más, como cualquier otro. Son como 60, 70 kilómetros, poco menos de una hora. Y vamos en chinga. Ahí vamos, cotorreando y cuenteando, viendo qué puede caer más tarde. Me va hablando mi madrina.

Ya sabes. El madrina te va entreteniendo, va tratando de ver cómo va tu ánimo, qué planes traes, si andas de buen humor, de mal humor, si va a haber piteada, si va a haber mariscos, si va a haber viejas, si va a ser grifeada, si va a ser coqueada, si va a ser pura piteada... en la tarde, en la noche, al terminar el servicio.

Vamos, pues, en chinga hasta Camalú, volando en la patrulla, y de pronto me va hablando mi madrina, mi chalán, mi asistente. No sé

qué madres me va diciendo y de pronto me doy cuenta de que ya no estoy oyendo nada. Ya no estoy oyendo los motores de los carros que cruzo. Ya no estoy oyendo a mi madrina. Algo muy raro me está pasando, cabrón. No sabría decirte qué. Pero es... Tú sientes que algo se te metió, que algo se introdujo en tu percepción, un elemento nuevo y extraño al que no le podrías poner nombre. Lo único que sabes es que algo está pasando.

Haz de cuenta que la carretera se me hizo un túnel de éter. La cinta se me volvió un túnel: toda mi atención, todos mis sentidos estaban en las cosas que yo alcanzaba a ver del túnel. Era muy raro, cabrón. No te lo puedo... pero dejas de oír todo. Y vas entrando y te vas diciendo... No. Entonces, a mí de repente... me llegó. Estaba entrando en la zona de peligro. Me di cuenta. Estaba entrando.

—Cállate, cabrón —le dije a Jaime—. Aquí hay algo.

Seguimos avanzando. Yo llevaba la escopeta, aquí, junto a las piernas. La llevaba aquí. Iba sentado y la llevaba aquí, entre la rodilla derecha y Jaime a mi lado. Cuando uno se sube a la patrulla se mueve el cinturón y la pistola se la deja caer en los huevos, aquí en este espacio lleva uno la pistola por si tiene que moverse rápido. Acá lleva uno la pistola y acá abajo la escopeta, cabrón. Es una escopeta 12, recortada, de repetición: *pum, pum, pum* o sea, no es de precisión, de esas con las que vas a apuntar. No. Tiras al pinche bulto.

—Jaime, aquí hay algo.

Y allí vamos... a 90, 100. Bajo la velocidad y empiezo a ver la hilera de carros que están parados a la orilla de la carretera, sobre la cuneta. Entro. Le bajo y empiezo a pasarlos, despacio: veo puras camionetas Ránger, Suburbans, *pick-ups*, Fords, Cheyennes, con sus *campers*, con dos hijos de la chingada trepados arriba de cada uno, en cada carro; pero están estacionados. Unos abajo y otros arriba.

Los veo y me voy para atrás, porque, me digo, son todos aquellos cabrones, los batos de Culiacán, de Hermosillo, de Tijuana. Están parados y, ¿qué onda? ¿Qué pedo aquí? ¿De qué se trata? Voy despacio y los voy rebasando, y a mi derecha veo a Rodolfo, mi pareja de la Policía Federal de Caminos, el que siempre anda conmigo en la patrulla pero que ahora está franco, federal en servicio, y aquí está de civil el cabrón

arriba de un carro. Ay, mamacita querida, dije yo para mis adentros, y más me cagué.

Llego al punto donde estaba un pinche tráiler atravesado a un camión refresquero, un carro que se había salido de la carretera y se había ladeado, vacío. Y ese pinche carro era el que estaba tapando el tráfico. Ya tenían rato, una hora o más, y no sé cuánto; habían maniobrado y metido otra vez el tráiler en el pavimento, de tal manera que cuando llegué ya estaban empezando a moverlo.

Cuando vi el tráiler atravesado y que el movimiento estaba más o menos *así*, creí que me estaban esperando y me iban a empezar a tirotear por todas partes. Estaban parados afuera de los carros, chavalones, 27, 28, 30 años, 30.

Entonces, cuando vi *así* el tráiler aceleré, le aventé la pinche patrulla al trailero y frené de golpe.

Yo venía por el carril derecho, pero sin detenerme a pensarlo ni un segundo me encajé por el lado izquierdo. En la otra orilla estaba la bola de cabrones. Los vi a todos, tijuanaenses. Vi al Grillo, al Tondy, al Memo, al Marcio, el Mickey. Vi a Rodolfo, vi a los mafiosos, vi que ya algunos iban caminando hacia los carros. Ya se iba a restablecer el tráfico y otros levantaban las manos.

Le eché la pinche patrulla al tráiler de enfrente. Se la puse *así*. Enfrente del carril se la puse. Y con eso yo me salí del lado izquierdo, del otro lado, de un brinco, rápido. Coloqué la patrulla entre ellos y el tráiler y al salir agarré la escopeta.

Y es que antes o después o en ese preciso instante, Rodolfo hizo un movimiento con los brazos alzados hacia dentro del *pick-up* que tenía las puertas abiertas. A la altura de la cabina giró, hizo un movimiento *así*, con los dos brazos hacia debajo del asiento del vehículo. Cuando volteó hacia donde yo estaba, yo ya le tenía, por encima de la patrulla, la escopeta apuntándole.

—¿Quiubo? —le dije—. ¿Qué pasó?

Yo ya le tenía la escopeta a tres metros de la cara.

—Ja, ja, ja —empezó a reírse el cabrón—. ¿Qué pasó, Rigoberto?

Soltó la carcajada y se guardó el cuerno de chivo.

Ya la libré, pensé.

—¿Qué te pasa a ti? Muévete —le dije.

Y empezaron a moverse y a salir los primeros de la caravana. Cada uno, al pasar, cuando ya vieron que Rodolfo me saludó, me iban diciendo: “Adiós jefe, adiós jefe, adiós jefe”.

Y empecé a respirar.

[1995]

## El hombrecito de Marlboro

Aparte de sus trabajos de vaquería en Tucson y Tombstone, Arizona, mi tío Alfonso se educó como herrero y plomero en los talleres del Ronquillo, en las minas de Cananea, y por lo mismo nunca tuvo problemas para encontrar trabajo en cualquier parte del mundo. Era obrero “calificado”, técnico.

Muy joven, hacia 1929, le dio por irse a una ciudad de Oregon —Portland, me parece—, se enamoró de una muchacha de apellido Jones y tuvo con ella un hijo: mi primo Ricardo.

Pasaron los años y yo entré en la película justamente a la mitad del año ‘41, el primero de julio. Ricardo ya tenía más de 10 años y siempre fue mi primo mayor. Creció con mi tía Laura porque Alfonso se separó de la señora norteamericana, a la que nunca volvió a ver, y se trajo al niño a Tijuana.

Una tarde Ricardo llegó en su *pick-up* cuando yo estaba solo en la casa, aburriéndome en el patio, un sábado me acuerdo muy bien. Bajó del *pick-up* rojo y vi que traía una caja de cartón en las manos. Unos zapatos, han de ser, me dije. Pero no. Tómalos, me dijo, a ver si te gustan. Eran nos patines de acero, con balines en las ruedas. Me había dado gusto verlo. En otra ocasión, cuando yo menos lo esperaba, me había llevado a ver a los Potros en el estadio de beisbol de la Puerta Blanca.

Era alto y flaco, güero colorado, de pómulos salientes y tostados, de rostro enjuto, como chupado, y el pelo le salía en rizos. Usaba unas camisas de manga larga, beige, y pantalones caqui. Podía trabajar al otro lado y ganar en dólares porque era gringo de nacimiento, mecánico, arreglaba sistemas de refrigeración y maquinaria agrícola en San Quintín, abajo de

Ensenada. Venía todos los fines de semana a ver a sus jefes y a echarse unas cervezas. Le gustaba mucho la cerveza Mexicali.

El caso es que volvieron a pasar los años, como siempre. Dejé de verlo mucho tiempo y casi nunca coincidía con él cuando yo pasaba por ahí de vacaciones. Ya me encaminaba hacia los 40 y tantos, con más años fuera que dentro de Tijuana, cuando me enteré por una de mis hermanas de que Ricardo estaba desahuciado. Luego su hijo, que también se llama Ricardo y es joyero en San Diego, me contó que en sus últimos días a mi primo le dio por buscar a su mamá. Sabemos que esas cosas pueden hacerse: con cartas, avisos en los periódicos, preguntando. Y dio con ella al cabo de unos meses: vivía en Tucson la señora. La fue a ver.

Se habían puesto de acuerdo antes por teléfono. Cuando finalmente Ricardo se presentó en la casa de la anciana, a la que no había visto en más de 50 años y la tenía enfrente, en la sala, reparó que en las paredes había más de una foto de un mismo personaje: el vaquero que en una imagen mítica de las últimas tres décadas anunciaba los cigarros Marlboro.

—¿Por qué está ese señor allí tantas veces?

—Porque era mi hijo —dijo la anciana—. Tu medio hermano.

Durante muchos años guardé un recorte de prensa, pero lo perdí, una inserción pagada en la que se contaba que el modelo de los anuncios de Marlboro —con aquel sombrero blanco que le hacía publicidad indirecta a la marca Stanton— había muerto de cáncer en el pulmón. Eduardo Gaitán, que trabajó como gerente de *marketing* en Philip Morris (fabricante de Marlboro), me explicó una vez que las escenas de los *combos*, arriando reses en las praderas nevadas (las que se oían en la voz del actor Enrique Rocha en México, porque estos anuncios estaban ya prohibidos en la televisión de Estados Unidos), tenían como trasfondo el tema de la libertad (aunque para muchos su verdadera oferta era el pabellón de oncología). Nunca se me hubiera ocurrido, pero ese tipo de cosas suelen estar en la mente de los publicistas, como Leo Burnett, que introdujo la figura del vaquero en los años sesenta y el engañoso escenario de Marlboro Country que repro-

duce el tema musical de *Los siete magníficos*. El jinete que corría en las praderas seminevadas de Montana quería ser el símbolo de la libertad. Pero ninguna libertad podía tenerse entubado en la cama y junto a unos tanques de oxígeno, tal y como en un anuncio del departamento de Salud del estado de Massachusetts proclamaba otro vaquero: el hermano del modelo de Marlboro, que participaba en una campaña oficial contra el tabaco. Vestía igual, con el sombrero blanco, la camisa roja y el rostro enjuto detrás del bigote seductor.

Me llamó la atención la paradoja o, mejor dicho, la contradicción: el señor que fumaba los Marlboro en el anuncio terminó en el quirófano, y con ello me vino a la memoria la historia de mi primo Ricardo.

Pero para que vean ustedes cómo inventa la memoria, para que constaten una vez más —como si hiciera falta— que la imaginación nada tiene que ver con la información (ni la novela con el periodismo), lean cómo la conmovedora anécdota de la clásica búsqueda de la madre que emprendió mi primo Ricardo no fue como la he escrito. ¿Por qué? Porque la fantasía se va por un lado y la realidad histórica verificable por otro.

Marqué el teléfono de Delfina en Chula Vista, la viuda de Ricardo, y con dos o tres datos hizo pedazos mi cuento. Me dijo que en primer lugar Ricardo no nació en Portland, sino en Magdalena, Sonora, y que si tenía tarjeta verde que le permitía trabajar en San Diego era por su mamá norteamericana, no por otra cosa.

Los datos de la pavorosa realidad aniquilaron mi argumento: Ricardo había nacido en 1923 y no “hacia 1929” y había muerto de cáncer en 1988 a los 65 años. Y no fue él el que se puso a buscar a su madre. Lo que sucedió fue que una media hermana suya, de Phoenix, Arizona, empezó a buscarlo a él preguntando en las compañías telefónicas de todas las ciudades fronterizas mexicanas qué números aparecían bajo el apellido Campbell. Y así dio con Ricardo en el número de un departamento que él rentaba en Tijuana, pero en el que no vivía, y lo invitó a que conociera a su madre, Nelly Jones, que no vivía en Tucson, sino en Phoenix.

Para pulverizar aún más mi historia, Delfina me aclaró que el homrecito de Marlboro no era hijo de Nelly, sino de un hermano suyo,



que efectivamente era *cowboy*, se dedicaba a organizar jaripeos, había trabajado muchos años como modelo para Philip Morris, pero que todavía seguía por ahí cabalgando porque nunca había fumado, salvo en las escenas de Marlboro Country.

[2003]

# Todo lo de las focas

...y a la diestra mano de las Indias  
había una isla llamada California, a  
un costado del paraíso terrenal, toda  
poblada de mujeres, sin varón ninguno.  
Eran de bellos y robustos cuerpos, de  
fogoso valor y de gran fuerza...  
En ciertos tiempos iban de la tierra  
firme hombres con los cuales ellas  
tenían acceso, y si parían mujeres las  
guardaban, y si hombres, los echaban  
de su compañía...

Garci-Ordóñez de Montalvo  
*Las sergas de Esplandián*, 1492

## 1

No siento diferencia alguna entre una ciudad y otra. He llegado a lugares en los que jamás estuve y me conduzco como si allí hubiera transcurrido toda mi vida. La arquitectura de las casas, las calles estrechas o anchas, nada me dicen. Tal vez solo el movimiento de la gente y los autos me aturda, me haga divagar de un sitio a otro sin rumbo preciso. Todo me da igual. Poco a poco distingo menos los rasgos propios de las cosas y casi todas las tardes termino por entregarme a dormir, despertar y, naturalmente, no hablar con nadie. Me he concedido treguas, lapsos en los que pospongo o logro mantener

ocultos mis deseos. Soy el centro del mundo, el espejo: nada importa, todo existe en función mía, cuando duermo desaparecen las cosas, la Tierra deja de girar y de desplazarse por el universo.

Las tardes en la costa son frías, heladas como el Pacífico, sordas como la corriente de Alaska que desciende a un costado de la península hasta caer en curva frente a la bahía de Sebastián Vizcaíno. Desde los campos de algodón, más allá de la planicie desértica, pueden distinguirse las montañas, la sierra de San Pedro Mártir y el mar blanco espumoso azul oscuro que está allá lejos. Me recuesto en una carreta abandonada, sobre el acantilado. El mar, oscuro, parece aplacarse. Sé que está frío; ni siquiera por la luz lunar alcanza a dibujarse la línea que lo definiría contra el fondo; una especie de brisa negra lo confunde con la prolongación del cielo. La siento aumentar y venir hacia mí. En ciertas épocas del año desfilan los barcos de carga pegándose a la costa, esquivando la tramontana, pero pronto se pierden. Solo muy de vez en cuando, cada dos o tres años, pasa el mismo navío francés enfilando hacia el canal de Panamá y saluda con tres cañonazos de alarma. Un pasajero de la cubierta, entre la niebla, hace señas y ofrece de su botella. Las casas de los pueblos son blancas, están pintadas de cal, se amontonan en la colinas, silenciosas... El mar y el cielo también, se hace negro y la lluvia cae contra el mar; todo se vuelve muy oscuro y caótico. El viento me atonta y pido a gritos ayuda. Una manada de focas avanza flotando, se deja conducir por la corriente de Alaska. Más allá, un barco pesquero se desplaza y solo se sabe de él cuando enciende y apaga un farol que debe llevar en la proa o en la popa.

—Tengo frío.

Cuando el sol ya está definitivamente en el cielo, guardo en el auto las pertenencias de Beverly.

—Yo manejo —le digo—. Tú duérmete.

## 2

Aunque en un principio creí definitiva su desaparición, transcurrieron varias semanas durante las cuales las ganas de verla y la sensación de que me la encontraría el día menos pensado persistieron en mí. Como

en otras ocasiones en que de pronto me veía en las afueras de la ciudad, reanudé mis visitas al aeropuerto. El mero declive del camino me hacía llegar lisamente a la parte ondulada de las colinas; luego, el ascenso gradual de la bicicleta me permitía sentir el cambio de temperatura y la frescura del aire. A medida que remontaba la cuesta, el minarete del casino, allá abajo, en una demarcación aparte de la zona urbanizada, era el único punto de referencia de las ruinas de Agua Caliente.

Era una costumbre muy antigua esta de irme al aeropuerto; no era accidental ni empezó con la presencia de Beverly allí. En otra época hacía la misma excursión en bicicleta; me pasaba las horas de la mañana remontando las colinas y gran parte del día viendo los aviones en la gran meseta donde el aeropuerto fue construido. Nunca invité a nadie conmigo. Me gustaba hacerlo solo. Tampoco compartía con nadie la alegría que me proporcionaba ese pasatiempo solitario. Era un espectáculo fascinante que me sacaba de mí mismo y me hacía olvidarme del tiempo. Durante todos esos años llegaban aviones pequeños, de dos alas. Luego fui conociendo modelos más nuevos, unos DC-3 cargueros que transportaban mariscos, y vi llegar los primeros de propulsión a chorro que se elevaban produciendo una gran conmoción por encima del viejo trimotor negro, monoplano, sin hélices, oxidado y arrumbado a la entrada de los hangares como una estatua de hierro o un esqueleto de ballena en cierta forma bello y caduco. Sobre la línea internacional, invadiendo distraídamente los espacios aéreos de ambos países, también circulaban parejas de cazas militares que dejaban vibrando los cristales de las ventanas y adoloridos los tímpanos.

Ver llegar y despegar los aviones me fijaba de tal manera en el suelo que mi vista y todo mi cuerpo entraban en una suerte de parálisis momentánea, como si el zumbido de los aparatos me absorbiera y retrotrajera de lo espasmódico al silencio. Los veía perderse, meterse en el cielo detrás de un chorro negro o aterrizar contra la pista como si fueran gigantescas gaviotas. Las pocas veces que viajé en un avión, unos días antes de que muriera mi padre o en la improvisada carlinga de una avioneta fumigadora, sentí el pánico. Siempre traté de dormir durante el vuelo, pero era imposible. Al fingir que dormía, experimentaba el sen-

timiento de ser atraído, de estar suspendido en el aire, a flote o inmerso dulcemente en una alberca tibia, a buen resguardo gracias a los cuatro motores y a la cabina de mando que me cargaban y mecían e impedían la caída de mi cuerpo en el vacío. Con ese sueño falso —porque ni siquiera el ronroneo uniforme de los motores me inducía a dormir— apoyaba la frente contra la ventanilla y veía cómo mi cuerpo y el cuerpo del avión irrumpíamos en las nubes y nos deslizábamos sobre la inmensidad blanca: me parecía que volar sobre un campo de motas de algodón en nada me salvaría de la catástrofe.

Tuve la ocurrencia de que podía morir y de que hasta ese momento no había logrado arraigarme en ninguna parte. El hecho de volar me ponía frente a un riesgo que no dependía de mí y que, sin poder hacer nada por evitarlo, me resultaba atractivo. Era un poco afrontar la posibilidad de perderlo todo en la ruleta del casino y desear entonces aferrarme auténticamente a algo. Dejaba que fluyeran en mí estos pensamientos mientras reconocía a la vez que el vuelo era un estado estacionario, una suspensión que alimentaba mi ociosidad y me permitía jugar con presentimientos no desconocidos por mí en tierra firme: apostar a ciegas, regodearme en la sensación de que al huir del peligro real que comporta la vida de hombres más audaces y menos cobardes que yo —peligro que no me había atrevido a asumir siquiera experimentalmente en ninguno de mis 30 años vividos a medias— lo único que lograba era meditar en mi condición pasiva y en mi torpeza vital, en mi exceso de precauciones y en mi miseria. Pero, de cualquier manera, no me atormentaba demasiado ese relajamiento fantasioso de volar y crearme ante un ridículo peligro de muerte. La última vez que volé vi las nubes y luego los espacios claros de la costa, las montañas amarillas, los cerros rojos. Vi el ala metálica del avión fijamente y dejé que el zumbido de las hélices me adormeciera, pero nunca recordé el rostro de los pasajeros que viajaban conmigo.

En cuanto oscurecía, regresaba a Tijuana dejando correr la bicicleta por inercia, suavemente, con cierto ritmo, por la cuesta. Era una tarde más que había transcurrido, pero no la última: pocos días después vi descender la Piper Comanche de dos motores y ala baja que apareció primero en el cielo como un mosquito insignificante, tocó tierra

sin hacer ruido, y de inmediato coleó con extraordinaria facilidad de maniobra para estacionarse. Le tomé varias fotografías.

A la mujer la acompañaba un hombre de chaquetón azul marino. Bajaban juntos a la ciudad, pero a la mañana siguiente ya no estaba en la pista la avioneta amarilla. Así la vi llegar varias veces, sola o acompañada. Ella piloteaba la avioneta. El hecho de que supiera manejar un avión hacía que yo viera en sus manos una potencia y una superioridad que la separaban de mí infranqueablemente, como si ella procediera de otro mundo y poseyera el recurso de desaparecer a voluntad en cualquier momento y rumbo a cualquier parte.

Mis visitas al aeropuerto se volvieron menos frecuentes. Las fotografías que furtivamente le fui tomando me consternaban tanto como el original, pero en ellas era más seguro verla con gusto, sin temores, y la contemplación podía ser infinita. Beverly abría la portezuela, ponía el pie sobre el ala y de un ligero salto tocaba el suelo. Llevaba lentes para el sol, una mascada. Su único equipaje parecía ser una bolsa de lona que movía con el codo izquierdo hacia atrás. El trimotor negro, sin hélices, esquelético, se asomaba de pronto como fondo en algunas de las fotografías, igual que un ganso disecado o un águila con sus retoños ocultos, como el desleído fotografiado que en un periódico amarillento mostraba a mi padre y a una grupo de compañeros suyos telegrafistas, abrazados, a fines de los años veinte, bajo el ala amorosa de un Ford trimotor.

Mi padre, con bigote color tabaco, lucía un chaleco perla y un sombrero gris de piel de conejo, y atrás, indefinida y fuera de foco, saltaba como un minarete la torre de control del pequeño aeródromo desde la que se organizaba el servicio de taxis voladores entre Hollywood y el casino de Agua Caliente. El Ford trimotor había sido el caballito de batalla del correo y el transporte intercontinentales, el mismo que sirvió para inaugurar diversas rutas hasta lugares antes inaccesibles. La gaviota o ganso de hojalata tenía la forma de un romboide alargado, el fuselaje de aluminio y tres motores, el del centro más prominente que los dos laterales, que se le ensartaban en la nariz y las alas. Voló prácticamente todas las rutas conocidas entonces, al servicio del ejército y de compañías civiles. Se utilizó para pasajeros

y carga. Anfibio, podía descender sobre llantas, lanchas o esquíes. Cerca de 200 Ford trimotores fueron construidos entre 1925 y 1932. Incluso en España, cuando Alemania e Inglaterra poseían ya aparatos muchos más perfeccionados, las primeras avanzadas republicanas sucumbieron en muchos de aquellos legendarios trimotores. Todavía algunos de estos artefactos, reacondicionados, sobrevuelan, unen puntos distantes del hemisferio. Tienen un poder de despegue superior al de los otros aparatos de su tiempo y conservan la durabilidad de su venerable predecesor. Su piel de aluminio es liviana y más resistente. Operados con los pies, sus frenos funcionaban hidráulicamente. Sus cables de control son internos y no externos, como antes.

Hecho a un lado, masa de herrumbre entre algunas charcas, el trimotor servía de marco a las imágenes y, su desvencijada carlinga, por cuyas hendiduras entró el teleobjetivo de mi cámara, encuadraba a contraluz la pista y la alambrada del aeropuerto, el pie de Beverly que poco a poco, desde el ala de la avioneta, deslizándose, tocaba el suelo con la punta de los dedos, y luego se delineaba ella de cuerpo entero, la mascada volándole hacia atrás. Ante el tenue desvanecimiento de la luz, las últimas fotografías fueron manchas oscuras, sin matices, una ilustración de la nada: el señalamiento de una ausencia, la definitiva desaparición de la Piper y sus pasajeros, el abandono total del aeropuerto como base o punto de contacto meramente aduanal.

No podía yo entrar en ningún sitio porque ya estaba allí el susto de verla intempestivamente, el terror de encontrármela una vez más, aunque ella no se percatara de mi cuerpo. Sin embargo, tampoco dejaba de asomarme a las salas del aeropuerto, a pesar de que me resultaba demasiado fingido propiciar un encuentro, así pareciera accidental, gesto que no casualmente intentaba todos los días sin consumarlo. ¿Cómo era posible desear algo tanto y al mismo tiempo no hacer nada por conseguirlo?

Más tarde, me resigné a prescindir de esa costumbre. Solo veía de lejos y desde abajo la torre de control y, en la noche, el luminoso brazo de su reflector que acariciaba las nubes. Me fui haciendo de itinerarios con diferentes rumbos, excluyendo las colinas y hacia la playa, y al atardecer me refugiaba en la fotografía. Sobre la pared coloqué

un atril que indicaba mi exacta estatura, mi colocación perfecta en lo que tocaba a los hombros, mi inclinación natural, y el levantamiento preciso, a cierta altura, del mentón. Enfrente puse la cámara en un tripié, le adapté el dispositivo automático del disparador, y me tomé la foto correspondiente a ese día. Después, incluí nuevos estantes en el cuarto de revelado y me encerré días y noches experimentando con el material fotográfico: una diferencia muy leve se notaba de una fotografía a otra, el cambio apenas discernible operado cada 24 horas, la frente un poco brillante a veces, la mirada temerosa, la sonrisa amarga del previsible envejecimiento o las cejas más juntas que en días anteriores. Aislaba luego a Beverly de los conjuntos, rescatando un solo detalle (el pie, la cara de perfil, el codo sobre la bolsa de lona) y demorando en la espuma su camino hacia la luz con el agua del fijador. Este aislamiento le daba otro valor a mi curiosidad por salir a la calle, me permitía recuperar el deseo y ver con otros ojos. Parecía que apenas había sido la víspera y no semanas atrás, la última vez que recorrí las inmediaciones del aeropuerto, la zona verde de los campos de golf, aunque al mismo tiempo tenía la sensación de que acababa de llegar de un viaje muy largo. Ninguno de los rostros que encontré en la calle me resultaba familiar.

### 3

Cada mañana que comienza restituye a Beverly a los objetos y a mis primeras palabras. Beverly apareció un día en el aeropuerto. Beverly se movía. Beverly me daba un beso. Beverly caía a mi lado en el auto cuando llegábamos a la línea internacional. Esto lo puedo ver. Parecería que ya no le doy importancia, que el tiempo todo lo vuelve borroso.

—Tienes los dientes de ardilla —le decía.

Y allí estaba riéndose de nuevo, como niña. Me quedaba justamente a la altura del hombro. La abrazaba con un movimiento natural, sin premeditarlo. Un día amanecimos en la playa y contamos uno, dos, tres segundos: el faro se encendía a lo lejos cada tres segundos primero, luego cada seis segundos. Le enseñaba a leer en español.

—Susí. Esa es Susí. Susí se asea. Así es Susí.

En un momento inesperado me devolvía la lección:



—Pepe es un charro valiente que a su caballo lazó. Si tú dibujas la cuerda es que ya sabes la O...

Pero también quiero que viva, me hable y me bese, me pregunte ¿cómo estás?, me llame por mi nombre, me diga “oye, mi amor, ¿cómo hace tiempo que no te veía?, ¿en qué parte del mundo te habías metido?”.

Ningún rasgo de sus dimensiones exactas sale de mis manos; mis trazos quieren volverla una mancha y mis ojos imaginar allí el rostro escondido e insospechado. La veo de 12 años cuando, con vestido blanco y trenzas, corría en bicicleta rumbo al pirul caído hasta perderse de vista tras el terraplén de la vía. Tal vez continuaba por el terreno pedregoso y dejaba la bicicleta en la cerca. La casa de las colinas. No sé más, pero tengo la idea de que es inevitable abstraerla de aquel ambiente nocturno.

¿Cómo imaginar un río abundante, unos baños de aguas termales, unas casas construidas sin orden en las afueras de la ciudad? Para eso, Beverly debía haber tenido cuando menos 12 o 13 años. La edad no la distingue de nada. Pudo haber sido también la mujer sentada en la puerta de la casa que veía corretear a los niños o una de las niñas que ahuyentaban a los perros en la pequeña vecindad. Las colonias que poco a poco se fueron formando en las estribaciones de la playa y las faldas de los cerros eran grupos de cajones desvinciados, empaques de manzanas, incompletas casas todavía, tramoyanes de madera y tablas envueltas en cartón negro, techos untados de brea, tela de alambre clavada sobre las paredes, materiales sobrantes de refugios antiáereos. Era imposible reconocerla sentada, contenida e inmovible, ante los gritos que se alcanzaban a oír provenientes de los baños de aguas sulfurosas o recostada en el pasto de la escuela secundaria. Frente a la casa se habían extinguido los basureros. Se multiplicaban las familias de perros y en la noche merodeaban hambrientas. A falta de inmundicias donde hurgar y meter sus hocicos, los perros enflaquecidos se descorazonaban en las ciénagas; perros en cantidad, huesudos, reculaban bajo la lluvia de piedras que arrojaban los muchachos. Una vaca azuzada por estos se ahogaba en las riberas falsas del río.

Y luego era otra, de más edad. Salía muy al amanecer del Aloha o del Blue Fox, con un vestido verde de seda, después de haber estado

entre desenfadados marineros y soldados de San Diego antes de recibir el sol picante en la espalda y encontrar el viento helado de principios de octubre y añorar como nunca las sábanas limpias, la almohada de plumas y el baño después de mediodía. ¿Qué importaba lo que de particular tuvieran su rostro demacrado y de pómulos salientes, su pelo rubio y castaño? Lo que importaba era su manera de estar, estar realmente y no plantearse demasiadas preguntas. Debía partir de una estrategia elemental para sobrellevar el mundo. ¿A quién podía ocurrírsele, en aquellos momentos, recorrer los cabarets del río y dejarse tentar por bailarines o marineros o quedarse toda la noche hasta el amanecer en plena calle con el pretexto de que solo así, viendo pasar a la gente desde una banca o el guardafangos de un auto, se puede conocer bien una ciudad?

Pero las calles eran interrogantes. Las marquesinas, los adornos de un cabaret como el Aloha eran, más que afirmaciones, signos de duda. Desde siempre, porque entonces ya se erigían construcciones fantasmales que querían ser al menos dos o tres paredes más auténticas que los sets hollywoodenses que ofrecían una versión acartonada y pintoresca de Tijuana, ciudad mujeres, multitud de mujeres de todas las edades, ríos, ríos de mujeres, ríos secos y cuencas arenosas.

Con el picante sol en los hombros, Beverly escapaba del Aloha y abandonaba parsimoniosamente la zona norte de la ciudad entre hileras de autos con placas de ambas Californias, charcas y puestos de fritangas malolientes. La oscura organización de los cabarets del río la fue envolviendo desde sus primeras y esporádicas visitas a la frontera. En sus años de gloria la ciudad le sirvió de refugio. Fueron los años de la ley seca, la clausura del casino de Agua Caliente, la Segunda Guerra Mundial, la de Corea. La ciudad se fue extendiendo hacia los cerros, vivía de contrabando de leche y gasolina, llantas y accesorios de automóvil, se barrían los dólares con escoba, su población flotante dejaba de serlo en cuanto terminaban las guerras, y así, de una ranchería de finales de siglo pasó a ser un pueblo fantasma al principio, luego una maravillosa tierra de nadie en la que tanto los visitantes como los nativos se sabían perdidos y solo fraguaban negocios de remunera-

ción inmediata y aspiraban a industrializar el aborto, los juegos de azar, los centros de diversión y las baratijas artesanales.

—Tengo frío.

Cuando el sol ya está definitivamente en el cielo, guardo en el auto las pertenencias de Beverly.

—Yo manejo —le digo—. Tú duérmete.

#### 4

Debía llevarla exactamente al hangar donde la esperaba el piloto instructor. Debía oírla sin mirarla. O debía ver de reojo su silueta contra la ventanilla del auto que conducía a través de la niebla fijando la vista en los carros que corrían enfrente. Íbamos sentados en el mismo asiento y a su lado, desplazándose hacia atrás bajo el complejo trébol de autopistas encontradas unas con otras, se extendía un cementerio enorme, tan grande como solo a una ciudad así, tan criminal, podía corresponder. Al otro lado de la ventanilla se asomaba el pasto, se oía. El ruido aminoraba. Podía palparse el silencio del cementerio. Bruscamente, al trasponer unos tanques gigantes de gas niquelados y esféricos, la montaña se volvía una mesa. La Piper Comanche la esperaba. El piloto instructor ya había puesto a calentar los motores. Y yo los observaba, a él y a ella, tomar pista y despegar. Los miraba perderse entre las nubes y reaparecer luego rumbo a la costa. Los perdía de vista desde la cafetería donde me había puesto a esperarla.

Árboles y campos de golf rodeaban el aeropuerto por el norte. Alambradas de canchas de tenis se tendían a lo lejos. La tela de alambre se elevaba entre mí y gran parte del campo, pero de cualquier manera la falta de ventanal me hacía partícipe de los ruidos y sentir el chorro de viento que arrojaban los aviones supersónicos de la Navy al cambiar de posición y adentrarse en la pista. La tierra se despegaba del fuselaje, se quedaba abajo, se hundía, bajaba, se separaba y volvía poco a poco a rozar las llantas del aeroplano. Beverly iba al timón. El viejo lobo del cielo le enseñaba ufano a volar. Avancé hacia el campo aéreo y la miré. Bajaba de la avioneta amarilla. Caminaba alta y riéndose, con su traje sastre, el cuello abierto. Hasta aquel momento no me había enterado aún de que la parte superior de su cabello era un

recurso cosmético, y a medida que se acercaba por los pasillos la veía más sola, menos acompañada: ya estaba conmigo. Atravesó el vestíbulo y al aparecer en la puerta de la cafetería, con un cigarro en la boca, sin encender, encaminada hacia mí, se encontraba absolutamente sola. La había esperado. La había vuelto a contemplar como me lo había propuesto y, como antes, nos habríamos de reunir muchas veces. Nos tomaríamos de la mano y dejaríamos aquel aeropuerto para siempre. Reconoceríamos los mismos pasillos de la escuela nocturna en el ex-casino, pasearíamos una vez más desde las 10 de la noche hasta el amanecer del día siguiente. Y despertaría con un gesto cansado, con un gesto falso de emoción.

## 5

Manchones, afloramientos, fajas estrechas separaban a la ciudad del océano. Las dunas se formaban por la reunión de numerosas lenguas de arena. Por el lado del mar abundaba la tierra movediza, sin vegetación. Hacia el acantilado y las laderas, nacían arbustos y hierba. Un viento dominante arreciaba en la noche y se acumulaba arena y arena. El oleaje castigaba las dunas y se notaba que su evolución y forma dependían del viento y la humedad. Pequeños granos de fósiles se pegaban a los pies.

La avioneta resbalaba suavemente sobre la pista de aterrizaje improvisada en la playa. Las tres patas de la Piper Comanche se hundían en la arena plana y mojada chispeando. Beverly piloteaba la avioneta. Luego despegaba y desaparecía. Al principio solo permanecía allí durante el fin de semana. Evitaba el mar y prefería caminar por las dunas, los médanos costeros transversales, paralelos y próximos a la playa, enterrando los pies. Aquella condición del terreno parecía atraerle.

Desde el acantilado, al amanecer, podía ver con más claridad la pequeña Piper estacionada junto a uno de los búngalos. Sobresalía atada con cuerdas a una roca, la cabina cubierta con una lona. El viento la agitaba ligeramente. Así, desde lejos, tuve ocasión de verla una vez más y más a menudo. La veía entrar en el búngalo, salir a la playa, volver para encerrarse todo un fin de semana o acercarse a la avioneta, calentar los motores y desaparecer. Llegaba el día menos previsto y nada indicaba cierta periodicidad en sus viajes. Lo único evidente era

que aquel bungalow era su casa. Tenía una manera de ocuparlo y abandonarlo que a nadie se le hubiera ocurrido tomarla por una extraña. Aún no le daba ningún nombre, pero por lo pronto me bastaba saber que allí vivía, y que a veces podía ausentarse media tarde o un par de horas. Me satisfacía comprobar que era tan alta como la vi siempre, delgada, que caminaba sin ganas, que dormía mañanas enteras, a veces 10 horas, que se untaba aceite de coco cuando se recostaba en la playa. Imaginaba que de tocarla en la noche sentiría aún el sol en su piel tibia, sus orejas, sus labios al besarme, y que juntos correríamos o flotaríamos en el mar espeso. Aunque durante aquella primera etapa de mi acercamiento ella seguía siendo un ser anónimo, distante e inaccesible, al que me limitaba a contemplar, me sentí viviendo con ella.

## 6

Me desperté hablándole.

¿En qué parte del mundo se había metido? ¿Qué clase de vida hacía? Si de algún modo estaba relacionada con el teatro muy bien podría yo dirigirme a ella en la puerta de salida de los actores o simplemente verla en escena sin acercarme nunca a conocerla. Me aterraba el silencio de afuera y de allí en la pieza. No me movía. Miraba mudo cada uno de los rincones, el tapete, los piñones secos sobre la mesita de centro, los pocos libros en los estantes. Nunca había pasado más allá de la sala y el pequeño comedor. En forma más bien alargada, los cuartos iban quedando a un lado del pasillo. La recámara. Una cama matrimonial mal tendida ocupaba la mayor parte del recinto. Sentía la necesidad de salirme corriendo, pero pronto me fui adentrando en otras piezas: había un cuarto de niños, un televisor, una cómoda: suéteres salidos de los cajones; encima, unas botellas de perfume, una máquina de escribir, papeles y libretas. Cuando abrí el ropero vi varios vestidos y pantalones de mujer. Del mismo tubo horizontal pendían sacos y abrigos de hombre. Abajo, sobre un veliz, asomaba una caja de madera, una especie de cofre oscuro y marrón.

Me preguntaba si algún día iría a conocerla, encontrarla y fingirle que tenía mucho gusto en verla por primera vez a pesar de que me ocultaba en su casa y dormía en su cama, bajo sus cobijas, posesionado

de cada una de las cosas en que ella había puesto las manos. Empecé a comer en su mesa. Comía sus alimentos, en sus trastos, sopa de lata, galletas, dátiles. Cocinaba en su estufa, en sus sartenes, con su salero. Leía sus libros. Me sentaba en la tina durante horas bajo el agua tibia con una copa de coñac al lado. Me enjabonaba con su cepillo de baño. Me secaba con sus toallas. Caminaba descalzo por la estancia. Hacía té de unas bolsitas que descubrí en la despensa. Una carta dirigida a ella, el recibo de la luz, me daban el dato de su verdadero nombre: Beverly... Ya sabía cómo nombrarla, Beverly... En una gran cesta de paja había objetos de utilería, frutas de cera, un vestido largo y un poco transparente, mallas negras y zapatos de correas, de tacón alto, payasitos, una chamarra de franela que pronto hice mía. A través de sus discos conocía sus gustos. Un folleto alargado, Flying Private Club of Southern California, enlistaba rutas aéreas, playas y hoteles, pistas particulares en el sur de la península. Después de unos días empecé a convencerme de que pronto volvería, de que solo había salido un momento; me inquietaba la posibilidad de que entrara sin tocar la puerta abriendo con la llave de su casa y me sorprendiera dormido en su cama.

Sentía mi mano que daba una caricia temblorosa. Destapado, el cofre mostraba su interior en desorden: un montón de sobres del correo mexicano con líneas verdes y rojas en los bordes. Luego, algunas hojas mecanografiadas de un probable relato autobiográfico... Varias fotografías destacaban entre los papeles. En una de ellas una niña posaba junto a una mujer robusta y buena que llevaba lentes para el sol, no muy oscuros, y vestido de hombreras triangulares. En otra, la misma niña sonreía entre un grupo de muchachas uniformadas. Las fotos que parecían de estudio procedían de contactos de película revelados en una hoja grande: el rostro fotografiado varias veces en la misma postura, el pelo alzado, la boca humedecida, los ojos fijos en la cámara: Beverly de 15 o 18 años, las pestañas largas, las cejas apenas depiladas, los labios sin pintar. Y más tarde, evidentemente, por los rasgos de sus ojos separados, por el cabello lacio y el traje sastre y el cuello suelto de la camisa blanca de seda, se notaba que había crecido precipitada y abruptamente: su mirada escondía mal una manera de no estar de

acuerdo, una oposición esencial a todo lo que la rodeaba. Luego, en otra foto, aparecía vestida de mezclilla, pantalones y camisa gruesos, mientras tomaba el sol en un patio, en primer plano y lejos de un grupo de mujeres aparentemente reclusas, y una vez más el cigarro entre los labios, la carterita de cerillos en la mano, sin encenderlo.

No lograba entender por qué los sobres no venían dirigidos a ella, sino a otras personas de Santa Mónica o San Francisco. Lo cierto es que las cartas estaban escritas por ella, o por lo menos la mayor parte de las que formaban un fajo atado con un listón negro y ordenado cronológicamente. Parecía que había asistido en Cabo San Lucas a una filmación, pocos años atrás, y se había quedado a vivir una temporada en Mulegé. Poco a poco la historia se me iba formando en la cabeza, pese a los fragmentados pasajes y algunas alusiones incomprensibles, sin aparente ilación entre sí, como si yo siguiera viendo la película a partir de la mitad o secuencias aisladas. Saqué la caja de madera y la coloqué en la mesa, junto a la máquina de escribir, con mucho cuidado. La fui inclinando hasta que las cartas se fueron esparciendo en una disposición memorizable para el momento en que debía restituir las en su orden original. Seguí de pie, leyendo las cartas indiscriminadamente. Ya estaba a punto de integrar mentalmente la trama de anécdotas y nombres, pero quedaban cabos sueltos, detalles y vagas referencias que, aunque me confundí respecto a cierta claridad lógica, me bastaban. Prefería no saber demasiado. Entre los papeles se encontraba también una pequeña colección de sobres sepia y otros de hechura y material japoneses. Las primeras cartas hablaban de comida, de chuletas de cerdo en salsa agridulce, de patos laqueados, de cómo me gusta cocinar, de tardes enteras transcurridas en la playa, de diferentes clases de quesos, de vino, él conoce recetas increíbles, sí, cuatro o más veces, casi siempre, en las noches, como antes, ¿recuerdas? Qué redundancia decirte que estoy feliz. Y luego: tendré que irme un día de estos. La otra noche no pude evitar lo que ya parecía inevitable. Iba a suceder tarde o temprano, así que dejé que las cosas se precipitaran y no volví al hotel. Pero no quisiera hablar mucho de esto. En una semana sucedió exactamente lo mismo. Solo que no esperaba que fuera tan brutal, tan abrupto. La pareja no da más. Esto es lo que esperábamos, ¿qué

quieres? No hay más. No puedes estar viviendo en el éxtasis todo el tiempo y toda la vida. Y se callaba. Cualquier cosa hubiera preferido yo, un insulto, algo, carajo, se sentía como si la estuviera regañando y me daba la razón en todo. No se defendía.

—Nunca logras nada —le decía—, te quedas a medias, no completas las cosas...

—Sea como sea, quedarte solo es una opción poco generosa...

Luego había conocido a un actor japonés que estaba de paso por los Cabos. Creía que era de Java, escribía, un poco la idea que yo siempre había tenido de un romance oriental. Contaba cómo eran las playas en Mulegé, verdes, plateadas en el fondo, que había preferido llegar después del verano y pedía a su amiga (a quien dirigía la carta, como casi todas las de su colección) dinero prestado y unos libros. Este primer contacto con la voz silenciosa y escrita de Beverly me hacía leer más aprisa. De una manera instantánea veía los puntos y las comas y no entendía cómo era que lograba descifrar con tanta facilidad su letra manuscrita. Pasaba rápido de una carta a otra. Me resultaba imposible relacionar algunos sitios y algunas personas apenas aludidas. Mientras pasaba de un párrafo a otro se repetía el nombre de un italiano; hablaba de él como si fuera su esposo o lo viera todos los días, en prácticamente todas sus cartas. Después, las referencias a Luciano eran frías; más adelante, de absoluto repudio. Pero no todas las cartas estaban ordenadas por fechas; unas se sucedían con una diferencia de 10 días, otras eran anteriores a las que leí en un principio. Vivían en Mulegé, pero habían ido a pasar unos días en Cabo San Lucas. Hubo al parecer una contrariedad, un malentendido irrisarcible, y se produjo una ruptura. Aparentemente Beverly se había extraviado una de esas noches y no había vuelto hasta la mañana siguiente. Con letra muy ceñida, tensa, confiaba a su amiga que iba a tener un hijo, pero más adelante, en una carta breve, escrita a máquina, le adelantaba la posibilidad de impedirlo. Había el recuerdo, apuntado en una servilleta, de una conversación que tuvo en un café del Cabo, etcétera, etcétera.

Hubo un momento en el que fui perdiendo todo interés. Me aburría lo que fragmentariamente se disparaba de las cartas. El afán de conser-



varlas, con quién sabe qué propósitos, el hecho de acumular objetos en nombre del pasado empobrecía la imagen ideal que yo quería formar-me de ella. Volví a mirar cada una de sus fotos, casi le hablaba en plena cara; sentía en lo más hondo de mí que nos conocíamos desde hacía muchísimos años. Con la misma cautela del principio, devolví el bagaje de papeles al cofre y lo puse de nuevo en el ropero. Temblaba al reparar en el espejo del armario, me arreglaba el pelo con la mano, me resistía a verme directamente a los ojos. Solo de lado o con el mentón en el pecho me atreví, por un instante, a verme la cara. Me preocupé luego, por un momento, de revisar si así, como estaban acomodadas las cosas, encontré la habitación. Colgada de la regadera había ropa interior, un brasier negro, unas pantimedias de *nylon*. En la cocina, la misma mesa de lámina. Hice en el vacío un ademán de despedida.

## 7

Sin volver a alzar la voz, Beverly me ofrecía un dulce, un huevo de menta, y por primera vez veía yo que estaba vestida de blanco. Parecía más joven de lo que era. En las paredes contiguas resonaban voces de personas mayores. Tenía el aire de una señora recién casada, luego adquiría la apariencia de una niña de 12 o menos años, con el pelo levantado, la cara limpia, y casi rozaba mis párpados. Se tendía en el catre cuando estábamos a punto de besarnos por primera vez, pero nos retenían las cascadas voces del fondo. Beverly chupaba un limón y se recostaba en la silla de lona casi horizontalmente. Teníamos miedo. Me aterraba la idea de que alguien fuera a disparar con un rifle desde una de las colinas; alguien a quien se le antojara matar a alguien. Debajo de las sillas de lona se desparramaba una mancha de animales diminutos. Comentaban que eran langostas y, en efecto, los insectos empezaban a comer hierba de las macetas, hojas, tierra, y eran plateados, como tubitos de metal; de pronto veía que estaban comiendo arroz entomatado disperso en el suelo. Conseguí una botella de aguarrás para exterminar la plaga, pero fue inútil; me eché un poco en la boca y lo arrojé rociándolo a los bichos. Infelizmente.

## 8

—Soy como puedo. Soy como puedo. Mátame entonces... Soy como tú crees que soy. Soy como los otros creen que soy. Soy lo que los demás quieren que sea.

—Vete —me decía—. Vete a donde se están haciendo países nuevos todos los días, haz algo, bueno o malo, pero haz algo. Sal de tu marasmo —insistía, exasperada, después me miraba—. Ve a la esquina y compra un cono de nieve.

Me arrojaba una moneda de cinco centavos, yo la atrapaba al vuelo, me iba corriendo a comprar el cono de nieve y regresaba a compartirlo con ella, a lamer junto con ella la bola de nieve. Me sentía su cómplice; derrochábamos entre los dos, secretamente, el poco dinero de la casa, sin invitar a nadie.

## 9

—Tienen forma de lengua, las dunas —decía—. Se forman detrás de cualquier obstáculo, de cualquier rompeviento.

Me hablaba de otras playas, de un fin de semana que pasó sola en el sur. Vestía una bata de toalla roja, se había quitado las pestañas postizas. Llevaba el pelo recogido. Junto a la cama, el vaho del espejo transfiguraba su rostro ausente, perdido en otro mundo. Cada movimiento suyo clausuraba un recuerdo dañino, y los silencios, y los tiempos muertos, y la insustituible felicidad truncada. Sin venir aparentemente al caso, retenía sus palabras, se ahogaba en la contemplación ineludible de los dibujos de cuerpos superpuestos y piernas entrelazadas que adornaban la cabecera de su cama, el autorretrato mancillado, el vacío que emanaba de los objetos lacerándola. Y era verdad: en ninguna parte de sí misma había logrado reconstruir lo mejor de su vida descubierta en otros seres. Aquellos días en la playa transcurrieron sin una noche en que pudiera conciliar el sueño.

Parecía quererme decir que no hay mujer limpia de pasado, que era alguien a quien marcaron para siempre otras manos, que había algo en ella fatalmente irrecuperable.

Eludía en vano sus referencias a sí misma, incapaz de volver sobre el principio de lo que contaba hasta que el espeso silencio del cuarto la vencía.

—Es un lugar donde tienen todas esas casetas para capitanes —continuaba—, bergantines y galeones en miniatura y allí, en ese lugar de bungalos y sombrillas para el sol ensartados en la arena, caminaba yo y nadie más. Bastaba que me deslizara sobre las dunas, una extensión de arena en picada, más allá de la espuma y las rocas. Pude haberme tirado con la ropa puesta sin pensarlo. Estaba en medio de los médanos. Pronto sentí el agua hasta los tobillos, pero no era necesario mojarse siquiera la punta de los pies para que uno se diera cuenta de que la arena entumecía, a pesar del sol, a pesar del paso definitivo del invierno. Había muchas dunas, pendientes casi verticales. No sabía qué hacer y me desvestí. La playa estaba sola, sin un alma, muy sola. Me dejé ir cayendo hacia abajo enterrando los pies. A medida que descendía, la arena se volvía húmeda hasta quedar mis pies ocultos en un charco. Nunca quise que vinieras conmigo porque entonces quería estar sola y no hablar con nadie. Empecé a desnudarme. Puse mi vestido sobre la arena en declive, un palazzo pijama anaranjado, muy bonito. Apenas se abultaba. Empezaba a tener frío; entonces con la camarita retraté el bulto que el palazzo pijama medioformaba con las pequeñas elevaciones de arena y en ese momento, aún con el fondo de seda blanca, un poco desteñido, sentí que vestía una túnica griega antigua y tomé las 12 fotos del rollo a mi pobre y adorado vestido de anchas hombreras que no, no es cierto, no era un palazzo pijama. Estaba muy sola y así me gustaba estar. Y ahora siento bajo mis pies esta parte del mar y siento la brisa: contemplo esta noche y este viento salado del que me apodero con los pulmones. Pero, de cualquier forma, debiste haber venido conmigo. Te hubiera llevado a conocer el litoral de las salinas, los ríos que terminan en el mar, a comer pescado ahumado y frutas secas. Algún día iremos a conocer esos lugares, las misiones, las huertas. En aquellos años tu padre tenía la edad que ahora tú tienes. Eran años fabulosos. Me fascinaban los trajes cruzados, como los de tu papá, los sombreros de plumas, los zapatos de charol, ver el debut de Rita Cansino en Agua Caliente, oír hablar del amante tijuánense

de Jean Harlow, apostar en la ruleta y arrojar los dados en el bacará, esperar el amanecer desde la terraza del Salón de Oro. Me encantaba alguien como Isadora Duncan: no ser bailarina las 24 horas del día, encontrar y expresar una nueva forma de vida, iniciar una fiesta en París, continuarla en Venecia y concluirla semanas más tarde en un yate sobre el Nilo, gastar 3 mil dólares en lilas; querer ver a Zelda Fitzgerald, la dama del sur, escandalizando en Nueva York encima de los pianos o atravesando con Scott la Quinta Avenida sobre el techo de un taxi; morir en una lunada. Pero, ¿por qué añorar algo que no conocimos? Me duele decírtelo, pero no puedes hacer nada en mí. Soy yo la que está mal. Hubo un momento en que ya no estaba contigo. Pero te juro que no es nada. No es aquello. No, no es eso. No puedo, no quiero creerlo. Hubo un momento en que dejé de sentir. Como una muerta. ¿Por qué nunca coincidimos? Tú, finalmente, no has sido lo más importante de mi vida.

## 10

Nos dejamos de ver como si a cada uno lo hubieran sepultado. A partir de aquel momento que coincidió con un amanecer sombrío y lluvioso, lo único que nos unía era el silencio; no el calor ni el insomnio, ni el duermevela en que nos hacían caer de pronto los ruidos del bungalow sobre el acantilado, la materia absorbente de las paredes y los pasillos habitados antes por otros seres. El crujir de la escalera respondía sin duda a las pisadas que otro hombre, años atrás y durante muchos años, imprimía al salir y volver, al ir construyendo día con día su feliz convivencia en aquella casa. De alguna manera los objetos preservaban su cuerpo, sus humores, sus estados de ánimo. Perduraba allí como un fantasma tierno y amado por todos. El gato se acercaba a la puerta; maullaba en su búsqueda, triste. Pero ahora aquellas pisadas correspondían a mis pies: bajé la escalera sin más remedio que mi definitiva expulsión hacia la playa, la brecha, la carretera, las primeras calles de la ciudad apenas transitadas por los vendedores ambulantes que ofrecían a los transeúntes jugo de toronja mientras hombres y mujeres despabilados y friolentos alcanzaban la esquina de los autobuses. Un anciano acomodaba en su puesto los periódicos de la mañana. Volvía a nacer

la vida, con toda la crueldad de una atmósfera nublada que cancelaba cualquier posibilidad luminosa, seguramente en el mismo instante en que ella, libre otra vez, cerraba la puerta, corría la cerradura, se quitaba un peso de encima, se ponía la bata y se metía en la cama para no despertar hasta el atardecer.

Habíamos vivido de tarde en tarde, de noche en noche, en la casa que fue nuestra temporalmente. Una puerta de cristales biselados se encontraba a lo alto de la escalera y en ella dibujamos la forma que tienen las ventanas de las iglesias góticas. Desde el balcón solía mirar el parque redondo eternamente circundado por autos que corrían alrededor de las fuentes, bancas y parejas. Subí a la mesa central y alcé los brazos como si estuviera a punto de improvisar un discurso. Me vi temblando ante el micrófono, frente a una multitud cuyo rostro no me atrevía a mirar directamente. Trataba de encontrar las palabras con ademanes y tartamudeaba frases que no venían al caso. Me decía el discurso a mí mismo o lo pensaba en voz alta. Hablaba a las paredes. Allí habían tenido lugar ceremonias que jamás volverían a representarse. Muy pronto llegamos a acoplarnos. Conocimos minuciosamente nuestros cuerpos, cada movimiento y siempre, siempre encontramos nuevas versiones rituales. Su aliento, su saliva, su lengua, transmitían el olor de la carne interior que se conforma en los cuerpos. Éramos un solo animal con las extremidades duplicadas. Esparcimos sobre el piso periódicos y toallas anaranjadas. Allí, ella empezó a dormitar mientras yo pintaba las paredes de blanco. Cubrimos la ropa con bolsas de plástico. Fui poniendo pintura en los rincones y en los guardapolvos. Con un trapo humedecido en gasolina froté cuidadosamente las costras de la pintura anterior que en ciertas partes sustituía con cal y oía cómo el líquido penetraba las paredes quemándolas. Me quedé dormido junto a ella.

La luz de la ventana me hizo despertar. Me senté a la orilla de la cama. La vi dormida, el pelo revuelto, el rostro semioculto en una parte de la almohada. Al levantarme y rodear la cama, buscando mi ropa, vi que me miraba. Sonriéndole, me acerqué a ella y me mantuve de pie. Me tocó la entrepierna y me tomó con la mano derecha. Lentamente pareció mordisquearme, a medida que se agrandaba mi sexo y le ampliaba

los labios. Entraba y salía con los ojos cerrados, su pelo perdiéndose entre las piernas. Sentí su paladar, luego una ligera succión; me iba perdiendo, yéndome yo mismo como si perdiera el esqueleto, deshuesado y buscándola. Al caer a su lado bajé a la altura de su boca. La besé. Al abrir los ojos vi que me miraba directamente a ellos. Entré en ella como si fuera la extensión de mi propia mirada en el espejo. No escrutaba sus pupilas ni el color de sus ojos ni el globo blanco de estos. No eran sus ojos lo que miraba. O no me miraba tal vez. Me adentraba en ella como recorriéndola toda, habitándola, no sintiéndola como parte de mí mismo, sino como un mundo que siempre había estado en ella y con ella, con todo su pasado y su manera de entender las cosas e interpretar mis palabras, un mundo, el suyo, que procedía desde su infancia, que súbitamente, a través del tiempo, se me hacía presente e inescapable, sin que me importara no haber conocido sus paisajes exactos, las otras épocas de su vida, sus sufrimientos pretéritos o sus dichas fugaces. Separada de mí, me reconocía, sin embargo, en ella, en una composición transparente que nos confundía o refundía nuestros rostros y cuerpos, haciéndolos uno y contrastándolos, no solo al contacto de la piel, también en sus olores, en la fragancia de su pelo al salir del baño la noche anterior, en todas las efusiones internas de nuestros dos cuerpos sacudidos. Se había puesto como turbante una toalla en la cabeza al salir del vapor bajo la regadera, goteando.

—Está muy fría el agua —me decía—. ¿Cuál es la caliente?

Entonces daba la vuelta a la llave del agua caliente y se envolvía en vapor.

—Es malísimo para la circulación —le advertía. Pero ella prefería el agua que, hirviendo, le caía en la nuca.

—Las mujeres se ponen de espalda a la regadera —me decía—. No delante. Los hombres se bañan de frente, con la cara contra el chorro que masajea los músculos faciales.

—Te vas a hervir —le decía—, como pollo.

Del vapor, el turbante en la cabeza como una princesa islámica, salía buscando las toallas.

—¿Por qué tantas toallas? Qué maniático eres. Una para los pies, otra para la espalda. Otra para la cabeza. Otra para la cara.

—Siempre, de todas maneras, queda una gotita por ahí que luego sale en la blusa.

Después comimos nueces. Debíamos caminar con cautela al levantarnos y alcanzar la ropa esquivando las cáscaras de nuez. Ella se volvió sin decir nada. Me dio la espalda y no nos volvimos a hablar hasta el momento en que dejamos pasar la tarde viendo cómo el mar empezaba a confundirse con la niebla y sentados en las sillas de lona. Pero en aquel instante de enmudecimiento repentino no tuve la sensación ni la vaga sospecha sino la absoluta certeza de que Beverly jamás había estado viviendo conmigo. Nunca, en ningún momento, en ningún sentido, ni siquiera como un remedo de compañía. Quedé con los brazos caídos, idiotizado, gritando como un tribuno romano arriba de la mesa. ¿Qué clase de monólogo o diálogo fraguaba conmigo mismo? Me trastornaba no poder desentrañar suficientemente si su estancia en aquella habitación tuvo en verdad algo que ver con la Beverly que llegó al aeropuerto, con aquella mujer de ojos grandes, muy separados, de traje sastre y un poco despeinada, el cuello abierto, un cigarro sin encender en los labios, los cerillos en las manos... ¿Qué motivo de furia escondían aquellas cejas fruncidas? ¿De dónde brotaba aquella rebeldía fundamental, aquella contradicción compleja y difícil?

En esos días me habían hablado de la violencia de la ciudad. Grupos de policías custodiaban las esquinas. Tropa en las calles. Presagios ominosos. Escaseaba la iluminación pública y las noches eran muy largas. Alcanzar la puerta del bungalow no me proporcionaba ningún alivio; todavía mediaba la peligrosa ascensión de la escalera o el encuentro probable con una mano y un cuchillo. El único refugio estaba allá arriba, después de abrir la puerta de ventanales góticos y cerrarla con varios candados. Era el único lugar seguro del mundo, el recinto adorado por ella, por sus manos infatigables que habían puesto orden en los estantes, el baño, los armarios, la cocina. Sus prendas personales estaban por todas partes. La primera vez que entré, fatigado, miré los muebles sin fijarme en los detalles. Me aterrorizaba la posibilidad de que alguien irrumpiera tumbando la puerta a patadas o me sorprendiera por una de las ventanas. Desconecté el refrigerador

para eliminar el zumbido del motor y poder despertar ante el menor ruido extraño.

Pero después de aquel itinerario fantasioso, después de aquel simulacro de nuevas y buenas intenciones, la vi descender de un taxi, recorrer los puestos de naranjas y tajadas de sandía en el mercado, posar en un terreno baldío lleno de cascajo y escombros cuando yo la fotografiaba, correr descalza hacia la parte posterior de la casa y desfallecer en la alfombra, entrar en la regadera, limpiar la ventanilla del auto empañada un domingo lluvioso en la autopista, acomodar los discos en sus fundas, ahogar en silencio el rubor de evocaciones inoportunas que surgían de la música, del viejo álbum de Jacques Brel, del *pian pian piano in the next apartment* de Greta Keller, mirar de reojo el autorretrato mancillado, los dibujos de caligrafías ilegibles, tocar los objetos desgastados por innumerables manos.

La vi bajar del taxi y me puse a seguirla. Era una hora cualquiera del atardecer: la indefinida, dulce secuencia de los minutos en penumbra que precede a la noche. Y en esa noche entró ella: atravesó el camellón, apuró el paso; dejó, sin saberlo, ver la bolsa de lona, la mascada, la chamarra de franela y el pelo rubio y castaño, rubio y castaño. Me impulsé en el instante en que identificaba su espalda, me llevé las dos manos en concha hacia la boca y apenas pude proferir, embelesado, su nombre. Pero súbitamente enmudecí. Contraje los pasos que me arrojaban hacia ella; me mantuve estático, congelado en el gesto, y le di rienda a mi presa... Beverly alcanzó la orilla del paseo lateral; ganó a saltos la banqueta, adoptó un paso pausado, seguro, con una indudable dirección fija, con un rumbo preciso, a lo largo de la acera contraria a la que yo transitaba: la vista de lado, fija en ella. Bancas y árboles se interponían por delante. Imaginaba que recogería su auto estacionado en alguna esquina: Beverly pasaba sin ver los coches negros enfilados en la calle; no entraba en el edificio situado junto al gran parque; seguía el ritmo de sus propios pasos sin detenerse. La persecución me sometía a un movimiento sin control, animal. A diferencia de mi cuerpo que se desplazaba entre los transeúntes esquivándolos por reflejo, mi rostro de hielo, paralizado, en celo, se vio irresistiblemente atraído por el inconfundible revuelo de los saltos de aquella gacela que seguía avan-



zando por la acera izquierda de la calle. Yo la perseguía públicamente con la mirada; me creía el héroe en una secuencia cinematográfica de espionaje. De pronto, al entrar en mi campo visual carteles, letreros luminosos, postes, árboles, automóviles, parejas tomadas de la mano, bicicletas y autobuses, las calles se volvían una multitud impersonal y monstruosa. Detrás de un puesto de periódicos pude reconocerla de nuevo. El gran corredor del parque nos alejaba al avanzar ambos. Yo la divisaba a través de los chorros y el rocío de las fuentes: doblaba por una esquina. Corrí tras ella. Volví a descubrirla. Me detuve: estaba demasiado cerca. La dejé ir. El gran parque abría en curva el trayecto paralelo de ambos. Le di rienda a mi presa. Beverly cambiaba de calle diagonalmente. Una esquina la ocultó. El punto de intersección de dos avenidas me impedía encontrarla. Creía verla desaparecer tras la puerta de un salón de belleza. Temí confundirla con una mujer que furtivamente entró en un hotel. Sentía contraérseme el estómago al corroborar que no, no había nadie en un callejón oscuro. Vi un edificio de consultorios médicos, un estacionamiento, tiendas de ropa, cafés con las mesas vacías en la acera. Recorrí con los ojos las ventanas de un edificio de departamentos. La había perdido definitivamente de vista. Volví sobre mis pasos, los pasos míos, de mí sin ella, con las manos húmedas, sin nada que ofrecer ni ofrecermé, fustigado por el dolor incomprensible y deliberadamente buscado, muerto de miedo y tembloroso ante la preferencia tajante de propiciar la incertidumbre antes que el encuentro gozoso seguido del grito espontáneo, del reconocimiento casual en la calle.

Recorrí la misma calle de regreso, pasé bajo el rocío de las fuentes, cedí el paso a los autos y volví a oírla decir “no hay nadie limpia de pasado, pásame el azúcar”, volví a oírla reconsiderar su vida descubierta en otras vidas; tengo que irme, despertar a media noche junto a ella, nos veremos algún día, compartir el duermevela de la insustituible felicidad truncada, verla quitarse las pestañas postizas, alzarse el pelo, oírla decir “estoy muerta”, frente al vaho del espejo que transfiguraba su rostro ausente, adherido a otro mundo, verla leer en el silencio de la sala, acomodar los estantes en el vacío del estudio o verla llorar en la mesa, sin venir aparentemente al caso, decirle qué incomprensible

fue todo en los últimos días, qué sombras tan cerradas en los árboles, qué años los últimos en que nunca nos vimos, qué desajuste en el tiempo, qué falta de coincidencia en nuestros respectivos instantes; oírla murmurar “tú, finalmente, no has sido lo más importante en mi vida”, responderle nada, decidir no volver a verla jamás; preparar, sin consumarlo, un encuentro socialmente justificado; escribirle cartas que terminaban en el desagüe; seguirla a lo largo de fosas recién cubiertas de tierra y tumbas sin lápidas, desfloradas, a través de canchas baldías donde jugaban básquetbol muchachos de las afueras; verla descender de un taxi, atravesar pisoteando las flores del camellón y escurrirse en la noche.

## 11

Los suyos fueron los primeros pechos que vi. Beverly tenía 14 años; yo, más de 14 y vivía en la azotea de una casona blanca, segregado como un animal contagioso. Despintaba y pintaba mi bicicleta a la que luego atornillaba luces de colores en todo su cuerpo; la raspaba antes de volverla a pintar con pistola de aire, ora color naranja, ora morado, ora blanco. Con el tiempo la bicicleta fue quedando arrumbada y el hule de las llantas podrido. Había sido mi única adoración; en ella me aventuré por primera vez más allá de los confines prohibidos de la ciudad, por los caminos de terracería y las carreteras que llevaban al aeropuerto y al mar. Era como una diosa blanca y secreta, un ser que impedía convertirme en un hombre doméstico, encerrado entre paredes, enconchado, pues no otro había sido mi modo de defenderme de aquel mundo hogareño de mujeres y pandillas que aterrorizaban el barrio. Conocía de oídas las batallas campales en que culminaban a veces los partidos nocturnos de basquetbol, supe de la muerte del Zambo, molido a patadas en un estacionamiento, algunos compañeros de escuela habían quedado en las playas del Pacífico, en Normandía, Corea, Vietnam, y no era infrecuente, un día por la mañana, ver llegar de la base naval de San Diego el conocido automóvil verde olivo que tras una nube de polvo desplegaba su rauda incursión hacia los cerros transportando a un oficial o a algún almirante. La madre recibía sin mucha ceremonia el corazón púrpura u otra medalla póstuma por su hijo muerto en el campo de batalla.

No quería participar en esas vidas particulares. El conocimiento accidental que tenía de ellas apenas me turbaba y me envolvía en desesperadas conjeturas, acaso porque el ámbito que habitaba no se alteraba con el paso del tiempo y los demás, no yo, eran los verdaderos protagonistas de las tragedias o los triunfos. Quise tomar parte, asumir las calles y la noche con valor, pero fue en vano. Recorría de vez en cuando, uno a uno, los cabarets del río un poco oscuros y sin clientes. Algunas veces, como maestro de ceremonias del Waikiki, anunciaba la actuación de Rosa Carmina: (*Yes, siiir! Rosa Carmina! The greatest ballerina from Mexico City!*) y a la entrada, en el pórtico, hacía propaganda (*Take a look inside, folks! No cover charge. The show is on, the show is on!*), hasta la noche aquella en que alguien me enfrentó con desprecio y arrojó frente a mí una moneda de plata que fue a dar a la palangana de los escupitajos... me arrodillé y rescaté con la mano el dólar metálico de la escupidera.

A partir de entonces me fui aislando. El cuarto de la azotea constituyó el lugar ideal para mi encerramiento. Según el inapelable veredicto familiar, no tenía más remedio: quedaba condenado a pasar el resto de mis días arriba de la casona. De la noche a la mañana me sentí en un castillo blanco circundado por la oscuridad, amurallado. Era el sitio más seguro, inexpugnable, mi único refugio y, por una providencial casualidad del terreno, el que mejor dominaba la zona: un observatorio organizado hacia los cuatro puntos cardinales, como una fortaleza. Veía a lo lejos las lomas entrecruzadas mientras el tren, largo y agusanado, discurría como una luciérnaga ascendiendo las colinas en espiral y encajándolas. De vez en cuando Beverly podía escabullirse hasta mí y llorar en mis brazos muerta de miedo. Nos mirábamos.

Muy espaciadamente, cada vez menos, Beverly se asomaba desde el terraplén y me saludaba risueña.

Al cabo de algunas semanas me decidía a salir, casi siempre de noche. Trataba de recorrer las callejuelas oscuras, asomarme desde lejos a los cabarets, sentarme en el basurero inmediato al barranco y poner en claro de una vez y para siempre si aquellos lugares eran los mismos que aparecieron de pronto bajo el ventanal abierto, entre los matorrales y el pirul caído. Caminaba dejando atrás el caserío

mientras el mundo, por lo menos a esas horas y en aquellas tierras, a pierna suelta, dormía.

Un viejo chaquetón de marinero, con botones dorados, me defendía del río. Quería cerciorarme de que lo que pareció entreverse en los momentos que anteceden al sueño tenía en verdad algo que ver con las voces y los árboles donde Beverly solía ocultarse. Me miraba a mí mismo, del pecho a los pies. Me reconocía vestido y aceptaba libremente que bajo las sábanas, unos cuantos segundos o minutos atrás, me había desprovisto de todo ropaje, y solo me empeñaba en corroborar el dato sugerido en el fondo infinito de mis ojos cerrados y la nuca hundida en la almohada. Acariciaba el presentimiento revelado en ese instante en que todo control se escapa suave, dulcemente hacia la oscuridad. Quería cotejarlo, guardármelo para no compartirlo con nadie, pero solo en la medida en que la sensación de jugar con cada una de mis visiones al empezar a dormirme significara la repetición incesante de mi más íntima y desvaneciente historia, el mismo reiterado relato desde el principio, el súbito recuento de todas las cosas que viví o creí vivir desde niño y que en ese preciso momento parecían concentrarse en la perdidiza silueta de Beverly cuando corría en la playa o abría las piernas, enmudecida, junto a los baños de aguas sulfurosas.

Sentía el olor al encierro del cuarto debajo del chaquetón. Oía aún la puerta rechinante en la azotea; el cuarto se limpiaba con el viento... Me senté a fumar en el primer tronco que vi, luego de abrocharme el chaquetón y palpar las iniciales del nombre de mi padre en los botones dorados. En un cierto momento olvidé mi búsqueda de Beverly. Tuve la sensación de que mi padre pasaba nuevamente frente a mí, por el mismo sendero del barranco, como un aparecido. Antes de que se perdiera por la bajada, lo había visto clavar con un martillo los números de lámina sobre la fachada de la casa: enmendaba sumiso cualquier desarreglo, se hacía su propia comida, cambiaba el agua a los frascos de aceitunas a punto de curtirse, sacaba con una cuerda el gato ahogado en el retrete, y luego se iba cuesta abajo con sus pasos apurados, medido en su chaquetón. Marineros y taxis rodeaban la casa de la colina en las afueras de Tijuana. La noche en que mi padre se perdió de vista, me acuclillé en el suelo: vi la barda pintada de amarillo y blanco, los

tabiques alineados que sostenían las rejas y divisé entre ellas los hierbajos dispersos en el patio, el olivo sucio y las aceitunas negras, babosas, pisoteadas en el suelo.

Siempre me había seducido la idea de enfilarse hacia los alrededores prohibidos de la ciudad, pero en aquel momento me mantuve inmóvil sobre el tronco, a solas, con la tentación de vagar por los mismos senderos que había recorrido mi padre. Sentado en el tronco, fumando, los brazos restregando la pechera abotonada, miraba las lomas y la casita de lámina cercana a la vía. El tren carguero corría y penetraba las colinas desapareciendo, como si lo tragara la composición geológica de los cerros. Caminé hacia el barranco y me sabía más seguro, más tranquilo, al comprobar que nadie intentaba verme a esas horas. El camino polvoso concluía en la caseta de lámina. Avancé arrojando piedras contra los terrones resquebrajados en las orillas secas del río. La caseta y los tanques de aceite adquirían una forma cada vez más concreta. Lancé una piedra y no respondió nadie. Dentro de la caseta se arrumbaban fierros oxidados; en la pared, en el lugar de la estufa, se levantaba una mancha de madera quemada y, a lo alto, colgaba la mugrienta gorra del guardagujas. El suelo brillaba ennegrecido por el aceite. Al oscurecer totalmente, reincidió en mí la urgencia de volver a tener a Beverly conmigo. Difícilmente podía deshacerme de la sospecha de que se ocultaba en algún lugar cercano, pero, con todo y eso, logré calmarme. Crucé los brazos y sentí mi cuerpo caliente; me toqué una a una las costillas, las caderas y, ovillado en uno de los rincones, me contemplé los dedos de los pies. No me inquietaban la oscuridad ni las láminas rechinantes. Nadie me espiaba, nadie, ni Beverly: permanecí largo rato con la vista fija en las extremidades velludas de mi cuerpo. Sentí helarme. Me regocijaba en el frío silencio de la caseta. Recorrí la vía de regreso. Ningún ruido. No aparecía ningún reflector, ningún tren. Equilibrándome en la vía, alcé los brazos como alas. Miré a un costado y una mujer con los muslos de fuera pisaba una charca: Beverly se reclinaba sobre la hierba, extendida como una estatua de hierro. Me ofrecía un billete de 10 dólares, luego un caramelo... los dedos rozándome el antebrazo. No llevaba zapatos; dejaba caer la toalla que apenas la cubría, se quitaba las pestañas postizas, se frotaba

los pies arrugados por el agua. Y al descender por la breve pendiente del camino, me ordenaba:

—Vístete de griego, de guerrero.

Me puse encima una coraza de hojalata.

—Quítate los zapatos.

Arrojé a un lado los zapatos.

—¡Qué maravilloso sería tener unas zapatillas doradas!

—...

—Te oigo los latidos del pecho: son las burbujas del corazón.

La alcé en brazos. La recosté sobre la hierba, entre los geranios. Beverly sonreía cada vez menos, tierna, tibia y luego... helada. Ya no estaba conmigo.

La pesadumbre y el grueso chaquetón de marinero me maniataban al suelo frente al pequeño valle iluminado. Apenas unos ruidos distantes reavivaban de alguna manera la presencia de la ciudad. La casona sobresalía blanca entre los pirules. Me levanté el cuello y las solapas del chaquetón al empezar a alejarme más y más de aquella visión. Árboles y huertas desaparecían al mismo tiempo en que me ponía a caminar por debajo del terraplén rumbo al cerro porque allá arriba, en la punta de este, podía sentirme más cerca de los aviones.

## 12

Traían en la espalda bordado el dibujo de un caballo alado que saltaba entre las nubes junto a las letras Pegasos. Solo en excepcionales ocasiones se quitaban sus chamarras rojas con mangas blancas de cuero, como cuando montaban los hombros del sátiro de la fuente que echaba agua por la boca o estaban tendidos secándose al sol, cínicos intrusos, dueños únicos de la alberca de Agua Caliente. Uno de ellos volaba desde el trampolín extendiendo los brazos y caía sin salpicar una sola gota sobre la superficie verdosa de la piscina. Se lanzaba de nuevo y repetía el crucifijo fabuloso al hundirse en el aire. En el instante en que desaparecía bajo el agua, me levanté impulsivamente y caminé en dirección del trampolín. Tomé con ambas manos los barandales de la escalera y empecé a subir muy orondo, exhibiendo mi flaca y encorvada musculatura y mi calzón de baño anaranjado.

Aseguré el elástico de la cintura y miré hacia abajo: pequeñuelos, enanos, insignificantes hormigas, bestias somnolientas echadas sobre el césped, los Pegasos guardaban silencio y miraban incrédulos cómo yo, tranquilo, dominaba la plataforma mayor. Estaban despatarrados bajo el sol, unos en las bancas, otros jugando o lamiendo paletas de hielo cerca de las palmeras. Todos ellos de panza o bocarriba. El que había hecho el salto espectacular ya había salido del agua y empezaba a secarse con cuanta toalla encontraba a su paso, desafiante. Una hilera de clavadistas esperaba turno en el trampolín inmediato inferior desde el que se lanzó uno de los Pegasos... Y un instante después iba volando por los aires extendiendo los brazos como Cristo en la cruz, pero de repente di vueltas, sentí los pies arriba, la boca abajo, la cintura arqueada y el bloque de agua verdosa se vino de golpe en contra mía. Quienes estaban recostados en el pasto se levantaron rápido para no perderse ni un solo detalle, ni una oportunidad de mofarse, con la sonrisa y la baba a medias, y luego la carcajada total y estruendosa. Y yo a punto de mojarlos a todos, a medio salir del agua, con el gesto despreocupado y la piel de las piernas enrojecida, foco de la atención pública en medio de la piscina del excasino, sin ánimo ni fuerzas para levantar los brazos. Apenas alcancé la orilla de mosaicos. Al erguirme en el borde resbaladizo y empezar a caminar caí de espaldas, pegué con la nuca en el suelo y el dolor de la cabeza parecía vertírseme por la nariz. Sentí semihundido el tabique nasal y la espalda ardiente. Me enjuagué el pelo, me lo sequé con una camisa cualquiera que encontré en el primer escaño de la escalera donde me senté. Una nube cubrió parte del sol y sentí escalofríos. Instantáneamente me puse de pie y caminé de nuevo rumbo al trampolín. Pero alguien me detuvo a tiempo, de los hombros, y me jaló con los dos brazos para sentarme afectuosamente en el escaño otra vez. Alguien más me frotó la nuca. Me dieron a oler alcohol y minutos más tarde estaba poniéndome la camisa sin camiseta, los pantalones sobre el calzón de baño mojado e iba, sin peinarme y con los ojos irritados, caminando sobre la vía del tren y más adelante sobre la cuenca del río seco. Empecé a subir la rampa del malecón, ligeramente inclinada. A lo lejos, sobre el mar invisible, se elevó majestuosamente una columna de humo negro. Algo

se incendiaba... Un bombero de capa roja y casco negro montaba su helicóptero colorado como si jineteara un caballo; llevaba como lanza de don Quijote una manguera que arrojaba a presión un chorro de agua. Volaba por encima de la nube negra, apenas se aproximaba, se hacía atrás y adelante, luego desaparecía entre las nubes que lo envolvían. Se incendiaba un barco de carga y pasajeros. Los náufragos remaban desesperados; se bajaban de sus lanchas salvavidas, brincaban al muelle, pero en lugar de muelle se extendía un enorme tapiz de plantas, dedos y cuerpos sumergidos, como una superficie de muslos blanda en la parte menos profunda de la costa.

—¡Corte! —gritaba alguien—. ¡Corte! Basta por hoy.

Avancé entre la multitud de actrices, actores y extras.

—Pero yo no soy extra —les dije, y caminé sobre la alfombra de dedos. Hundí los pies en el agua viscosa. El tapiz era un cuerpo de mujer, un cuerpo de espaldas que me hacía resbalar. Besaba los senos de la mujer, ella me besaba; creí que fingía, y entre los apretados labios de nosotros dos se interponía un mechón de pelo rubio y castaño.

En cuanto me ponía en contacto con ella todo se bifurcaba, todo parecía descomponerse en miles de colores y resonar en innumerables, inaudibles casi, vibraciones y ruidos. No volvía a ser el mismo. Así, sentía que pisaba con sumo cuidado las venas de la península, como si recorriera un tronco vivo y azulado, pleno de ramificaciones nerviosas, ríos, veredas, como en la distribución de los nervios espinales. Y todo esto, claro, poniendo con extremada precaución la punta de los pies para no despertar a esa protuberancia carnosa y semoviente.

Antes de llegar a mi casa vi en la calle un choque de autos. La vecina que una vez me regaló unos zapatos discutía acongojada con un policía. Miré a todo mundo sin interesarme. Entré en la casa y fui directamente a la cocina. En la mesa aún estaba el avión no terminado de armar: un esqueleto de pescado y alas de tablillas; junto al tubo de pegamento, el papel de china, los mapas de ingeniería aeronáutica. Calenté la comida de mediodía. Empezaba a oscurecer y sorbí la sopa a grandes cucharadas mientras oía el café calentarse. Vi afuera de la casa por la ventana y alguien gritaba. Volvía a ser la vecina que una vez me regaló unos zapatos de charol, y era muy hermosa. Buscaba una taza



para el café cuando oí la sirena de una ambulancia que se aproximaba. El sonido zumbaba en mis oídos, aunque después iba disminuyendo gradualmente y se perdía en las faldas de las lomas por donde el tren pasaba, rugiendo, todas las noches. Y vomité.

Horas más tarde desperté. Levanté la cabeza del papel de china y alejé con el brazo las partes de los aviones semiconstruidos. Oí voces procedentes del callejón. Ya no se trataba del escándalo de la vecina. Ya nadie se ocupaba de consolarla ni de salvarla. La gente corría y murmuraba entre sí; se hablaba de la policía, de la familia de alemanes que había sido detenida. A lo largo del callejón y hacia el filo del barranco muchas mujeres y niños acudían con baldes y frascos a la casa de los alemanes. Por todo el barrio flotaba un fuerte olor a perfume. La gente colocaba botellas, botes, latas palanganas, cafeteras, y recogía el chorro de perfume que brotaba del tubo del desagüe. Varios agentes policíacos rompían garrafones en el traspatio y el líquido se deslizaba por el suelo enmosaicado e iba a dar hacia el caño que desembocaba en el callejón. El olor a perfume adulterado se difundía y empezaba a marear a los vecinos... Me quedaba viendo a las mujeres desde la ventana. Volví a concentrarme en el avión a medio construir. Poco a poco iba oscureciendo, pero no me di cuenta del momento exacto en que se hizo de noche. Estudié el plano del Spitfire. Debía ponerle unas insignias inglesas que no tenía. Dibujé el croquis de las letras RAF venciendo de nuevo el sueño. Pensé en el espectáculo que di en la alberca del casino y las risas de los Pegasos, la caminata entre las vías del tren contando los durmientes y al margen del río seco, las ramas del pirul caído y el hambre de esa tarde.

Mucho más noche, la casa de junto empezaba a quedarse sin luz, excepto en la parte trasera. Pude ver desde la mesa cómo alguien se movía dentro de la recámara tras las persianas. Me le quedé viendo a ella, a la vecina que una vez me regaló unos zapatos. La mujer se desvestía nerviosa. Era delgada. No alcanzaba a verle el rostro. Dejé el papel y las tijeras en cualquier parte de la mesa. No podía seguir recortando ni detener el tiempo que tal vez debía aprovechar en dormir. La intrusión de la vecina hacia la parte lateral de la persiana entreabierto me apuró a apagar la luz. Y la vi. Se reflejaba desnuda en el espejo. De pronto

una mano surgió de abajo, desde el marco inferior de la ventana, y ella la tomó con la suya reclinándose y desapareciendo bajo las líneas horizontales de la persiana. Imposible seguir untando papel, dando forma y puliendo las piezas de madera balsa. Divisé de nuevo la ventana de la vecina a la vez que me limpiaba el pegamento de las manos. Pero no se volvió a ver nada. A medida que seguía con los ojos abiertos en la oscuridad, se delineaban en penumbra el mantel y los recortes, las tiras de madera, las llantas de hule y plástico, los mapas de la península, las cartas de navegación aérea, los moldes trazados como proyectos de arquitecto, los aeromodelos. La caja del Spitfire evocaba en colores la batalla de Inglaterra, anunciaba en un costado la serie de Hurricanes, Mustangs, Messerschmidts, Tigersharks. Las líneas aerodinámicas del Spitfire se perdían en perspectiva junto a las del Hurricane y los Zeros japoneses, y en una de las cajas de cartón se veían varios pliegos de papel de china color canela, listos para pegarse en el armazón que había estado construyendo durante todo el verano. Veía el escuadrón de Tigres Voladores que se alineaba en el estante. Los Zeros japoneses con sus banderas del sol naciente eran mis aviones de cabecera, con sus soles amarillos y encendidos en los costados y las banderitas de barras y estrellas que el piloto samurai iba añadiendo a su récord de combate. En aquel tiempo los japoneses planeaban atravesar en submarino por debajo de la península hasta lograr ponerse a salvo y atacar por el mar de Cortés. Secretamente cavaban un túnel y el ataque definitivo sería por debajo. Torpedearían las instalaciones militares en el cañón del Colorado, en los desiertos de Arizona, y bombardearían los cuarteles de adiestramiento en Jacumba, Point Loma, las fábricas de la Boeing y la base naval de San Diego. Decían que los japoneses llegarían por tierra y por mar, que rodearían por las costas de San José del Cabo si fallaban los túneles y serían el terror del golfo de California. En los años subsiguientes solo comeríamos arroz. Pero, más tarde, el enemigo sería de signo contrario. La defensa antiaérea abatiría a tres octorreactores B-52 y a cuatro cazabombarderos Phantom F-111, de alas plegadizas. Sus tripulantes serían conducidos a la Rumorosa y fusilados de inmediato. Durante toda la noche, una sirena de alarma seguiría a la otra. Los cazabombarderos sobrevolarían a menudo a baja altura y a

cada explosión se sacudiría todo el centro de la ciudad. La reanudación de los bombardeos, sin embargo, no lograría arrebatarse a la población civil su pasmoso valor ni su calma tradicionales. Sin perder sus reflejos, niños y adultos se ubicarían ante los refugios individuales y colectivos cuando comenzara a sonar una alerta, y se introducirían en ellos en cuanto empezaran las primeras explosiones. Una bomba caería en un cine atestado de gente. La explosión y el derrumbe matarían a nueve personas y herirían a unas 100. Otras bombas dañarían el hospital civil que ya había sido bombardeado con anterioridad. En la madrugada se produciría el ataque más violento. En muchas de las casas derruidas se encontrarían fragmentos de cuerpos de mujeres y niños. Los agresores lanzarían repetidamente oleadas de aviones, inclusive B-52, a fin de arrasarse muchas zonas pobladas y reventar la presa Rodríguez. La defensa antiaérea combatiría con cohetes tierra-aire. Orgullo de la aviación norteamericana, los B-52 pesarían casi 218 toneladas y medirían 56 metros de ala a ala, 48 metros de largo y 12 de alto. Su velocidad máxima sería de mil 200 kilómetros por hora, aun cuando atacaran desde 12 mil metros de altura, y tendrían además una autonomía de vuelo de 14 mil kilómetros. Técnicos muy especializados, sus seis tripulantes jamás podrían ver los objetivos sobre los cuales dejarían caer las bombas. La nave estaría dotada de un complejo y ultrasecreto instrumental electrónico. Siete millones y medio de toneladas de bombas dejarían caer las estratégicas superfortalezas en el corazón de la ciudad y en las colinas que la circundan. Años más tarde, los refugios antiaéreos serían una mezcla de alambre de gallinero y fierros retorcidos.

A la mañana siguiente, muy al amanecer, el callejón se veía deshabitado. Un viento seco, un cambio de presión en el ambiente, se sentía en los tímpanos y me vi de pronto metido en un taxi en dirección al aeropuerto. Como el movimiento ya no dependía de mí, pude relajarme esperanzado y me alegré de que en unas cuantas horas me encontraría de viaje. Pensaba que el avión no era peligroso, cuando el taxi se detuvo en un crucero. Vi un edificio en medio de la bruma. El chofer dio un viraje y entramos en un estacionamiento.

—Perdón, pero organizan todo para que el cliente pague; sé que es caro —dijo al cobrar.

Pagué y bajé.

—Me parece que dije al aeropuerto. Esta es una estación de autobuses —dije al chofer con energía y me subí otra vez al taxi. Un cortejo fúnebre de autos encabezados por una carroza nos cerró el paso.

—¿La conocía usted? —dijo el chofer.

—Sí —contesté—. Era la vecina. Murió anoche. Tomó barbitúricos.

### 13

Luego de la amputación de una pierna, uno cree que su cuerpo sobrevive completo. Sin embargo, cuando me separé de la cámara sentí que una parte de mí mismo se había desprendido. Caminaba hacia las lomas que circundaban las ruinas del casino. Con la sensación de haber dejado atrás algo, de haber olvidado rasurarme o bañarme, volví apresuradamente sobre mis pasos, recogí la cámara y me la colgué del cuello una vez más. Distinguía a lo lejos la entrada a los jardines. Avancé sin prisa. Se me aceleraba la circulación de la sangre y me detenía, procuraba un acercamiento gradual al casco informe del casino que sobresalía entre pirules y palmeras. Gente de todas las edades se congregaba ante las rejas del jardín principal.

Era uno de los primeros domingos del verano. Todas las escenas que ininterrumpidamente se iban formando ante mis ojos cobraban vida en móviles franjas de colores o globos. Las faldas de las mujeres, las camisas a cuadros de los padres y los niños, aparecían con cierto sosegado orden delante de mí, frente a mis furtivas miradas. Sin prestarme demasiada atención, forzándome a no pensar más en mí, me deshice en cuanto vino de un sentimiento incómodo y súbito que me acusaba de estar fuera de lugar. Los desayunos en el parque y los juegos de pelota en el césped fueron parte de mi mundo más de 20 años atrás y aquel pasto crecido, aquellos jardines, dispuestos como en un tejido de laberintos, reproducían a grandes rasgos aquel antiguo espacio infantil que ahora yo profanaba sin ningún derecho. Tal vez mis pasos sin dirección alguna, mi destreza para evitar que la gente advirtiera que la observaba —el rostro inexpresivo que oponía a los cuerpos de las mujeres de espalda—, me permitían caminar sin que nadie reparara en mí por los senderos que a mi paso emergían

envolviéndome de gritos, rostros felices, porque en nada me diferenciaba del común de la gente, excepto quizá por andar solo; nadie nos sigue a quienes andamos solos, pasamos y en cierta forma somos invisibles.

Antes de sumergirme en la leve hondonada del excasino, cargué la cámara con un rollo y me eché muchos más en los bolsillos mientras fijaba la vista en los colores, las caras de las mujeres, los vestidos que surgían dibujados, sobrepuestos en los muslos, desde las páginas de las revistas en un puesto de periódicos. Tomé un ejemplar y examiné página por página su contenido, embelesado, como si absorto totalmente tuviera acceso a un mundo desconocido y lejano, misterioso y prohibido. Me vi entonces en la azotea de mi casa, donde hojeaba revistas de modas. El pelo largo y los diversos maquillajes de aquel tiempo eran objeto de mi más minuciosa observación. Durante uno de aquellos veranos que para mí transcurrían en las afueras de la ciudad, cerca de la playa, descubrí entre unos arbustos unos ejemplares de revistas dobladas, con escaso texto e innumerables fotografías en sepia, imágenes de esculturas y dibujos. A través de la hendidura de una puerta, una mujer golpeaba a otra con un látigo. En una ceremonia religiosa, aparentemente africana, la más anciana de la tribu evolucionaba sosteniendo un cuerno entre las piernas mientras la seguían en trance jóvenes desnudas y niñas. La reproducción de un óleo renacentista mostraba a una dama de cabello alzado y mirada serena que con la punta de los dedos tocaba el pezón de su hermana. A veces las revistas caían en mis manos sin cubiertas ni títulos. Empezaba a asomarme a recámaras oscuras, velos, sonrisas que se dirigían a mí procedentes de rostros inertes. Me acompañaban. Recibía de aquellas imágenes mi temerosa iniciación, el modelo a seguir, el instructivo que, sin exponerme a ningún riesgo, me orientaba en la vida. A partir de entonces podía identificar la pintura labial cuyo trazo o desgaste delataba a esta o aquella mujer en el autobús o en la calle. Cierta exceso de color en el borde de los labios me ofrecía el tipo exacto de mujer en la novia de mi padre que regenteaba los balnearios de aguas sulfurosas. La sospecha de tener en las manos una revista inapropiada me impulsó de inmediato a indagar a mis espaldas la posible presencia de alguien.

Devolví la revista a su lugar y seguí caminando rumbo a los jardines del casino. A lo alto de un promontorio se elevaban las paredes lisas y cóncavas de la torre de Agua Caliente. Me introduje por una de sus esquinas y empecé a subir a oscuras por la escalinata interior, metálica, que ascendía en espiral. De pronto vi a través de las primeras ventanas del campanario las banquetas de abajo y el tránsito, la ropa ligera de los peatones y el calor de las calles. Parecía que algo se incendiaba cerca por la manera en que el viento y el sol pegaban contra los rostros. Húmedo, el aposento del campanario en nada contribuía a mitigar el torpor y el bochorno. Con la vista fija, distraído por la gente y los árboles torcidos que sobresalían abajo, parecía diluirse en mí aquel sentimiento inquietante que me invadía al examinar una revista de mujeres desnudas. Aceptaba sin ningún gozo el hecho, por lo visto cierto, de vivir solo a través de mis ojos. Había perdido ya el sentido de la profundidad del espacio o lo había renovado; creía sentir también que el sonido proveniente de un radio portátil únicamente se desplazaba en una dirección fija, delgado y pastoso, hasta metérseme en la cabeza e invadiendo todo mi interior, como si súbitamente con ello volviera a recuperar la sensación de volumen que para mí los sonidos siempre habían tenido. Seguí subiendo por una de las escaleras de madera que se distribuían a los cuatro costados hacia el pequeño ático de la torre. Era la alcoba señorial y alfombrada, el refugio más íntimo y alejado del palacio: Beverly y yo estábamos en la parte más alta, tenuemente iluminada, por encima de todo el paisaje del casino en ruinas y sus devastados jardines. El sol entraba por las rendijas que se iban formando alrededor entre los pilotes cortos y las tejas del techo. Y Beverly quedaba frente a mí, debajo, recostada. Una y dos veces intentamos unirnos, pero la penetración no prosperaba. Se levantó bruscamente y me dijo que no, que él se enojaría, que no estaba bien, que era una deslealtad imperdonable. Bajó de la cama, de espaldas, y empezó a ponerse las medias y los calzones. Pero muy pronto, de la misma manera abrupta y caprichosa, se volvió hacia mí y caímos los dos en la cama. Estaba entonces encima de mí, de rodillas, y tomé con la mano, toqué apenas, la cabeza rala y húmeda, en forma de hongo, de un bebé que salía de su sexo, apuntándome...

## 14

El aire y el sol que se desparramaban por encima del casino me remitían a otros intereses. Era muy agradable pasear entre la gente, ver las caras de los niños, detenerse a beber un refresco.

Un jardín público generalmente se compone de veredas y curvas, matas y arbustos descuidados, encrucijadas, invernaderos que cubren las salidas. Uno camina según los objetos que llaman su atención y se pierde. En el punto más céntrico del parque, jaulas con pájaros colgaban de los árboles. Los cardenales y los pericos de Oceanía posaban altivos e inmutables frente a sus admiradoras. En una esquina, varias niñas de unos 12 o 13 años se acercaban en fila a una muchacha mayor que ordeñaba a una vaca y las invitaba a imitarla. Una a una las niñas iban tocando las ubres de la vaca y sonreían, serias, al ver brotar la leche. Varios rostros de personas contemplativas y alegres entraron en el vientre de mi cámara disparada aparentemente en otras direcciones. Del segundo rollo que habría de utilizar más tarde saldrían muchos pares de piernas y faldas muy cortas. En el estanque de las focas otras niñas estiraban las manos, reflejándose. Las focas jugueteaban. Una de ellas nadaba boca arriba. Subí a una banca y desde allí apunté la cámara contra aquella especie de lobas marinas que emitían gritos como de perros recién paridos. Se pasaban hora y horas tendidas al sol proveyéndose de un calor que solo irradiaban en ínfimo grado, tal vez porque estaban revestidas de una capa lardácea entre la piel y los músculos. Tenían las orejas pequeñas o solo una protuberancia apenas tangible y triangular. Sus cabecitas sobresalían de un cuello inexistente o casi imperceptible, mientras sus patas se dividían en dedos y falanges completamente móviles y apenas unidos por membranas natatorias. La cola: atrofiada hasta ser poco más que un muñón. La coloración: de un pardo o gris verdoso con partes rojizas o amarillentas. La piel: lustrosa, resistente, gruesa, cubierta de pelos cerdosos. Sabía que la fórmula dentaria no solamente la utilizaban para triturar, sino también para cumplir las funciones de sujeción y presión. El pelaje de las crías era distinto al de las focas mayores, recubiertas por un manto blanco, espeso, delicado, que les permitía flotar. Sus cuerpos se desplazaban nadando, cilíndricos y adelgazados hacia atrás. Rebullían. Se movían

con trabajo impulsándose con las aletas posteriores y las patas delanteras, recogidas y cortas, como a saltos y espasmos. Casi todos los especímenes tenían la estatura media de un hombre o de una mujer y para andar se erguían lenta, gradualmente, como inflados de sangre, primero sobre las extremidades anteriores arrojando el cuerpo hacia delante a sacudidas y contrayendo luego los miembros y echándose sobre el pecho a fin de encorvar el dorso y proyectar el cuarto trasero. Su avance era penoso, pero no tanto como para invalidarlas o anular su pesado deslizamiento, que asumían incluso, a veces, con cierta gozosa agilidad. Una de ellas moría y se iba a pique. Las demás, cautivas, parecían amansarse poco a poco ante los espectadores, perdiendo su natural recelo. Perezosa, una foca parda deglutía peces que atrapaba al vuelo; se zambullía juguetona y emergía nuevamente para exhibirse y ser contemplada. Clavando perdidamente la mirada en ellas y en sus juegos, vi que nada tenían que hacer tan lejos del mar, que no era ese su sitio adecuado, sino el de la línea divisoria que empieza y termina en las playas. Seres a medias: metamorfoseados, fronterizos, en medio del camino hacia la vida terrestre, habitantes risueños de las olas, muñecas flotadoras, somnolientas, mudas, seres andróginos y en apariencia asexuados, las focas reaparecían y desaparecían bajo el agua cristalina.

Detrás del estanque, una niña de pantaloncitos cortos se asomó de repente junto a una estatua; se recargaba contra el pedestal. La figura moldeada en fierro se cubría el cuerpo con una capa majestuosa que, enrollada, la hacía aparecer gigantesca y gruesa, oscura y diabólica. Tomé una fotografía de la estatua y la niña... No tenía más de 12 años; miraba constantemente a la cámara. Caminamos juntos por un momento, luego corrió y fue a reunirse con un grupo de niños y mujeres.

Desde una de las bancas empecé a ver la pequeña multitud que desahogaba los jardines. Los corrillos que se formaban en las puertas de salida eran una masa compacta y gris. Cuando enfoqué la cámara en dirección a la gente, distinguí la figura de la niña que caminaba volviendo de vez en cuando la vista hacia mí, muy seria, muy triste, muy importante. Los colores de las ropas cobraban movimiento y gracias a ello podía encerrar en un cierto encuadre a los seres más atractivos, las partes de sus cuerpos más acordes con mis necesidades visuales.



En un lugar ligeramente apartado de los jardines me esperaba Beverly. Era un sitio sombreado por pirules y palmeras, el mismo que años atrás, cuando éramos estudiantes, nos aislaba de todo y nos protegía de miradas malintencionadas. Y eran las mismas ramas, el mismo olor a pimienta y el mismo suelo cubierto de hojas y salpicado de dátiles maduros: Beverly yacía sobre la hierba, como una estatua reclinada; alzaba la mano a la altura de la frente para protegerse del sol. No hablaba. Empezamos a dar un paseo bajo las jaulas de los pájaros y en ese momento un cardenal escapaba por una puerta caída, salía disparándose a sí mismo, pero por un instante se quedaba paralizado en el vuelo; no podía seguir volando y cayó verticalmente contra el pasto. Beverly miraba los últimos latidos del pájaro rojo que saltaba cerca de sus pies; lo recogió sin hacer comentarios, muerto. Luego lo sostenía con las dos manos aconchadas y lo colocaba al pie de una palmera. Mientras Beverly se alejaba sola y muda por los jardines, tomé al pájaro exangüe, tibio, lo introduje de nuevo en la jaula y cubrí la puerta con una toalla húmeda. Me quedé solo entre las jaulas. Beverly regresaba a su refugio del bungalow en la playa y pronto la imaginé allí, la recordé tal como estaba la noche anterior: recostada sobre la cama, mostrando los labios de la vagina. Junto a ella, del otro lado de la cama sobre una mesita, se veían utensilios para practicar abortos.

## 15

—Ve a la esquina y compra un cono de nieve.

Después paseábamos. Los lugares que conocimos siguen allí. En nada han cambiado. De tanto en tanto el zumbido de las hélices me recuerda la Piper Comanche en que llegó, pero a no ser por los sonidos, los días transcurren como una prolongación de sus primeras ausencias. Ojalá que algún día vuelvas a recorrer estos lugares, esta parte de la ciudad deformada por autopistas y de alguna manera atada al esplendor de una época que, desteñida, apenas se deja ver en las paredes resquebrajadas de los bungalos y los moteles en proceso de demolición. Vivo en una de las casas empotradas a lo alto de los cerros, precisamente en la parte elevada donde termina el cementerio y entra una nueva carretera hacia el mar. Desde acá puede divisarse la

línea fronteriza, las luces de la bahía de San Diego y las patrullas de helicópteros policíacos. Es una zona parecida al sur de Italia, paralela al Mediterráneo. Viñedos, olivos y árboles de durazno crecen a los lados de la carretera. Hay flores de mostaza y en ciertos momentos del día las islas Coronado se delínean nítidas contra el mar. Rostros flacos y demacrados merodean al anochecer, vuelven de la playa y siguen su camino. El resto de la península, hacia el sur, es árido y montañoso.

No es del todo imposible que a estas alturas Beverly haya reanudado sus vuelos en la Piper Comanche. Es probable que sobreviva entregada a sus aficiones. Ya habrá superado la etapa preliminar de despegue y cumplido con las horas reglamentarias para poder volar sola. Durante algún tiempo, las prácticas consistían en subir y bajar sin que permanecieran las llantas más de unos cuantos segundos tocando la pista. La avioneta apenas rozaba la superficie en un tramo de 20 metros a lo sumo y volvía a elevarse. Siempre que una avioneta cruza el cielo es posible que allí, en la cabina de mando, esté Beverly en poder del aparato.

Una Piper Comanche toma rumbo hacia el mar y al trasponer el perfil de la costa da la vuelta en redondo y entra de nuevo, a baja altura, en la costa. La naturaleza del terreno es agreste y accidentada. Vientos secos empolvan las afueras de la ciudad. La vegetación es nula. Beverly puede llevar esa avioneta, puede sobrepasar las montañas rojizas del desierto y aparecer a lo alto el valle sobrevolando la ciudad inmersa en un cráter profundo. Más pasiva que trabajosamente, la avioneta se va dejando llevar por el viento y parece flotar. Antes de vislumbrarse el litoral de las salinas, la tierra cambia de color: de un pardo gris brota la cresta de otra montaña seca y, súbitamente, la línea definitiva entre la tierra y el mar. En una extensión no mayor a 50 kilómetros, el campo se sucede en diferentes tonos. A lo largo de una sola área del valle pueden contarse diversas posibilidades geográficas: la piedra plomiza de los acantilados, el amarillo verdoso de los matorrales, las rayas de asfalto acurvadas entre pueblo y pueblo, el cielo azul y el mar azul. La ciudad se dispersa hacia las colinas que forman la cuna del valle. Casas de madera construidas con desperdicios de la guerra, techos rojos, tina-cos para el agua, árboles recién plantados y débiles se vuelven manchas

menudas sobre las faldas de las lomas. Del terreno baldío situado entre la ciudad y la costa emerge la parte de una montaña partida como una rebanada de pan: la autopista se abre camino hacia abajo y a los lados, a lo alto, palas mecánicas y tractores intentan cubrir los restos de un cementerio sin descendientes. Sobre todos estos elementos, al margen de cada una de estas visiones, se desvanecen las luces de la ciudad adormecida. Pronto se hace de noche. Giran las hélices, los motores se encajan en la espesura de las nubes y el piloto acecha a las hormigas que pululan aterrizadas por todas partes. Beverly sobrevuela una meseta negra, entre cañones y desfiladeros, que poco a poco ofrecen huecos tranquilizadores, asomos de vida aquí y allá.

## 16

Y el B-29, el avión que arrojó la primera bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima, en 1945, era mejor conocido entre la tripulación como Enola Gay. Recibió este nombre de su jefe de vuelo, el coronel Tibbets, debido a que de soltera su madre se llamaba Enola Gay Haggard, natural de Glidden, Iowa. Cuando Tibbets quiso ser aviador, toda su familia se opuso a ello con la excepción natural de su madre, que le animó a sus deseos. La bomba de cuatro toneladas fue bautizada con el nombre de Little Boy. Forebee, a través de su visor, localizó el objetivo a las ocho horas 13 minutos, 30 segundos. Como bombardero responsable tenía, pues, el dedo sobre el botón de lanzamiento para el caso de que el mecanismo sincronizado no funcionará. Poco tiempo antes, Parsons se había metido en el tubo lanzabombas y mientras su ayudante Jeppson le alumbraba y le pasaba herramientas, introdujo con grandísimo cuidado la carga explosiva de los detonadores en la cola del Little Boy y puso en condiciones el dispositivo de doble conexión. En ese momento, Jake Baser dormía profundamente. Y al final no le fue preciso a Forebee apretar el botón de deyección: a las ocho horas, 15 minutos 17 segundos, se abrieron las compuertas exteriores del tubo lanzabombas y el ingenio empezó a hundirse en el aire, como un clavadista perfecto y magistralmente estirado. A las ocho horas 16 minutos se produjo la deflagración.

Todo se interrumpía de pronto. El año parecía suspenderse de junio a septiembre. Como un paréntesis violeta, el verano encerrado entre dos medias lunas cancelaba tajantemente la rutina y el paisaje del barrio, la visión del aeródromo sobre la colina, la caseta del guardaguasas, el tren remoto e invisible de todas las noches al empezar a dormirme. En aquel tiempo la presa se había secado. Los grifos de la ciudad soltaban un agua lechosa y sucia. Pero nosotros solíamos ausentarnos durante los días más calurosos de agosto. Pasábamos las vacaciones en Navojoa y Huatabampo. Nuestra casa se quedaba sola, al cuidado de mi padre. Solo por las conversaciones de los mayores se sabía de la guerra, del Escuadrón 201, de la bomba atómica. En los alrededores de Navojoa las avionetas fumigadoras rociaban los algodones. Día y noche los piscadores recogían las motas de algodón que iban acumulando en largos sacos de lona. Dormíamos al aire libre, en catres, bajo las estrellas. Íbamos a un cine sin techo y a caminar en la plaza y, en las tardes, sobre los catres y bajo una sábana, conocíamos el silencio y el letargo al que nos sometía el horno del valle.

Con la misma mansedumbre con que había llegado, los últimos días de agosto se nos escurrían sin darnos muy bien cuenta del dilatado cambio de estación. Bruscamente también fenecían de un instante a otro. Y emprendíamos entonces el regreso a Tijuana. Cada vez serán menos los días de viaje entre el desierto de Altar y la costa. Como no había carretera asfaltada ni trenes, los autobuses picudos (también los había chatos) daban el servicio con todos los riesgos implícitos para ganarse el derecho a la ruta cuando las condiciones mejoraran. Ni atrás ni adelante se advertían los faros de otros vehículos, nos adentrábamos solo en la oscuridad. El conductor del autobús quedó de pronto vencido sobre el volante y no pudo más. Un pasajero voluntario tomó su lugar. Yo dormía apoyando mi nuca en los muslos de mi madre o me dejaba caer muerto de miedo en la almohada que se formaba entre mi madre y mi hermana pequeña. A esa edad tuve una impresión, la primera, muy concreta de la inmensidad. La brecha se dejaba corretear por el desierto; se perdía curvándose entre los chaparrales; había que seguirla contra el calor y el sol que, a punto de disolverse, se acostaba

en la lejanía de enfrente. Más tarde, durante horas y horas, mis ojos trataban de atrapar la mano de luz ámbar que salía del reflector reconociendo el camino la marcha amarillenta, era el único rastro de vida entre la brecha perdida del desierto y mi madre dormida a mi lado. El hombre de volante encendía cigarrillo tras cigarrillo y trataba de hacer plática con las mujeres de atrás. Pasada la media noche; los pasajeros dormían y el chofer silencioso se encontraba en el camino... y en sus cosas que yo, a esa edad, no podía adivinar.

La noche en todo su esplendor y su silencio, el cielo abierto y estrellado, me sumía en una meditación suave, como en duermevela, que por un lado dejaba atrás la placidez de una casa solariega y limpia y cálida, la de mis abuelos en Navojoa, y por otro, ponía delante de mí el enigma del retorno a un barrio abandonado y la repentina, segura, aparición de mi padre en la terminal de autobuses donde me esperaba regalándome unos chicles. Lo recordaba, sin embargo, en momentos de exaltación y locuaz: la brusca intrusión en la casa cuando todos dormíamos, el violento encendido de las luces, sus discursos, sus irrefrenables monólogos que nos imponía a gritos y tensas pausas, su invitación forzada a tomar café.

El anaranjado amanecer del desierto volvía muy tenues aquellas impresiones. El sueño a medias, dulcemente interrumpido por el camino en recta y las muy infrecuentes curvas, la posibilidad gozosa de sentirme transportado y la sensación de desvelo, equivalían al paso de la noche a la mañana, a la recuperación de mi casa, la leche tibia, los juegos con mis hermanas y el pirul caído en el barranco, donde nos escondíamos, pero así mismo auguraban un infierno ineludible, acaso momentáneo, que no podía explicar. Sentía que me acostaba en el mundo. Sedante, el efecto de la luz sobre la ventanilla, la quietud de los cactus y las chollas, me despabilaba y solo tenía ojos para contemplar el futuro inmediato, para corroborar si todo estaba como lo había dejado.

El autobús rojo se detenía en las curvas agudas, retrocedía y volvía a correr eludiendo los precipicios de la Rumorosa. Al despertar, una carretera lisa y recta significaba el fin del verano: los campos de algodón, las avionetas fumigadoras, el reconocimiento del barrio, las nuevas amistades, la bicicleta empolvada en un rincón. Una rocas

majestuosas y blancas parecían recién esparcidas separadas unas de otras por el vómito volcánico de las montañas que se dibujaban en la lejanía morada y oscura del horizonte. En las estribaciones de Tecate, al lado de los viñedos y los interminables Olivares de Matanuco, el terreno verdeaba en algunas partes apenas rociadas por una lluvia mezquina. Y la cortina de la prensa marcaba, acaso sin saberlo nadie más que yo en el autobús, el mismo punto de partida y de regreso, de abandono y de reintegración, un desprendimiento nunca definitivo y siempre postergable.

Al pie de los olivos, negras, se pudrían las aceitunas. Pregunté por Beverly y no encontré más respuestas que la gravedad y el silencio de los rostros. Pedalee hacia su casa siguiendo el atajo del callejón. Dejé la bicicleta en el traspatio. Alguien me puso en las manos una caja de chocolates para que no entrara con las manos vacías. De pie, absorto, sin decir nada, pensé en la posibilidad de que Beverly estuviera hecha pedazos. Bajé por la escalera y vi los restos de un gran festín: un mantel y una mesa pletórica de platos, pasteles, una especie de gran bandeja de plata donde, como un guajolote dorado, yacía Beverly con cara de lechuza, mutilada y vejada, el ojo agelatinado y casi desprendido, y todo su cuerpo se veía tostado, sus extremidades estaban rotas y saltaban como patas de gallina; junto a ella, un niño se aproximaba a gatas tratando de sujetarla o consolarla o protegerla y la veneraba, la adoraba, y ella lo miraba. Vi sus ojos, vi dentro de sus ojos una expresión dolorosa, enloquecidamente dolorosa y acongojada, la mirada de alguien que sufre irremediablemente, de alguien que sabe que no tiene salvación. Me pregunté, ¿por qué vive? ¿Por qué no la matan?

Eran como un pavo asado.

## 18

Vago uncido a mi cámara fotográfica. La siento como un instrumento de relación. Me parece que no puedo seguir viendo a nadie, a ninguna mujer, con el único, desvalido, pobre recurso de mis ojos. De nada me sirve mi mirada desnuda: veo sin ver, veo sin aceptar la vida de los objetos, la palpitación incesante de la gente, sin conceder valor a la vida que pasa por la calle, al margen mío, en la que no he podido participar. La

niña de pantaloncitos cortos se sintió tomada en cuenta, se le daba un lugar en el mundo. La retrataré como parte del conjunto, sin percatarme siquiera de que ella, individualmente, vibraba en medio de la composición de estanque, niños, senderos, estatua... se aisló, se fue alejando poco a poco de aquella parte del jardín y de aquel grupo de mujeres para alcanzarme y volver a caminar a mi lado y observarme de reojo. Se que me miraba y me veo de perfil junto a ella. El teleobjetivo de repuesto, cilíndrico y alargado, añadido a la cámara, salía de curso y entró en foco al separarse de mí, disparé. Disparé varias veces. Varias veces. Volví a disparar hasta quedarme sin película y sin aliento, hasta que el mecanismo que hace girar la cinta de película se trabó.

No tenía otra manera de mirar que a través del teleobjetivo. Buscaba una pareja y calculaba la toma; esperaba el instante del encuadre perfecto y al caminar y comprobar que la pareja me daba la espalda, reaccionaba instintivamente y hacia el disparo. Ese momento único muchas veces coincidía con la música de algún radio y bastaba esa intrusión inoportuna para impulsarme a reaccionar de inmediato y disparar el obturador como si pudiera fotografiar el sonido. Aprestarlo, detenerlo. Paralizarlo como ansiaba congelar las imágenes.

El cuarto oscuro del laboratorio olía a limón y allí fui guardando los cartuchos usados de película. Durante meses mi límite era almacenarlos. Solo entraba para fotografiarme como todas las mañanas delante del atril y cargar de nuevo la cámara. Salí a la calle, atento a los ángulos imaginarios que se formaban desde arriba del puente por donde el tren pasaba todas las noches. Abajo las casas de Agua Caliente no alcanzaban a ocultar sus techos rojos entre los pirules. Era como un domingo en el patio de recreo de una escuela, lo rodeaban encuadres silenciosos y tristes.

Los búngalos del casino, las banquetas de madera, las canchas de tenis, se veían sin gente. Tampoco en la playa vecina ni en las cercanías de los baños sulfurosos se asomaba muestra alguna de vida. Solo alguien, pequeño y ligero, rebotaba un balón en la cancha de básquet, tras la alambrada. Blanco y negro, el jugador solitario se movía frente a mí sin salir nunca hacia los lados y, a pesar de la sudadera blanca y roja del club Pegasos, su imagen era una mancha en tonos grises. El

jugador ensayaba varios tiros, saltaba corriendo, botando la pelota contra la cancha de arcilla, se alzaba de puntas y en la fracción de segundo que permanecía en el aire, en ese preciso e impremeditado instante, resultado de un movimiento perfectamente estudiado, lanzaba la pelota a la cesta. El tablero quedaba temblando, tambaleándose un poco y rechinando. No me puse a disparar la cámara descaradamente. No. Me recosté en una banca y pronto me vi dentro de cuatro alambradas, como en el interior de una jaula en la que los rebotes de la pelota resonaban distantes.

Durante todo el tiempo que estuve sentado nunca caí en la cuenta de que el jugador, que debía tener entre 12 y 15 años, zapatillas blancas de tenis y el calzoncillo rojo de los Pegasos llevaba puesta una gorra como de golfista, una de esas cachuchas irlandesas de lana cosida a gajos que se estilaban en las películas de Chaplin y que, sin embargo, no era ninguna de esas cosas, sino una bien definida gorra de *jockey*. Por un momento y, sin venir aparentemente al caso me puse a pensar en las fotos que había tomado de Beverly (cuando ella se vestía en el cuarto del hotel y yo le dije: “espérate, siéntate en ese sillón y déjame que te retrate”) y que con los años perdieron su color en un archivo absurdo de cartas de objetos inútiles. Seguí sentado viendo al jugador solitario que seguía rebotando el balón infatigablemente. Crucé la pierna allá enfrente, a 50 metros más o menos desde el marcador de la cámara, continuaba jugando la diminuta y delgada figura del *jockey* que poco a poco surgía delineándose a través del visor de la cámara hasta distinguirse con claridad. La silueta más o menos distante quedaba recortada en sus contornos y paulatinamente se iba centrado en el encuadre que yo elegía: el jugador golfista, o jinete, o enano, estaba listo para ser atrapado definitivamente, para ser grabado en el celuloide sin que nadie pudiera evitarlo. La pelota cruzaba el aire. El jugador, exhibiendo la sudadera con las letras de Pegasos bordadas, saltaba a recuperarla. El remate era perfecto. El salto de águila, impecable. El tiro desde atrás de la nuca, sin tocar el aro. De rebote. Desde la raya blanca, desde la esquina más alejada de la cancha. El rebote continuo entre las piernas. La bola girando en la punta del dedo. El *jockey* corría hacia dentro de la cámara, iba, venía, volvía, daba un salto largo como el



salto triple de los atletas y ponía, colocaba, depositaba la pelota dentro de la cesta. Tiros libres. Tiros de media cancha. La cámara fotográfica dejó de funcionar. Volví a ponérmela sobre el pecho. Devolví el obturador al máximo como quien pone seguro a una pistola y guardé la cámara en su funda de cuero. Salté entonces una a una las campanas de la torre de Aguacaliente que habían sido colocadas en el pasto después del incendio que consumió la tradicional boca de entrada al casino. La torre tenía cuatro arcos mozárabes en su base y descollaba mostrando la arquitectura de una mezquita turca un tanto híbrida al descomponerse en un vago estilo californiano, ya por sí mismo un poco colonial y andaluz. Por debajo de la torre entraban las caravanas de autos en los patios del casino y más tarde, cotidianamente, los camiones escolares y los autos de los profesores que fueron alojados en la antigua construcción. La torre valió también como símbolo a los estudiantes que mañana a mañana la atravesaban por sus cuatro pórticos ovalados al dirigirse a clases. Los suéteres guindos de los estudiantes cubrían a veces los escombros de la torre que, muchos años atrás, cuando al otro lado de la frontera se apareció la ley seca contra el licor, había sido erigida sobre una frágil armazón de madera forrada de la tela de alambre y estuco. Varios fragmentos del interior de la torre, especialmente las campanas, estaban marcadas con gris. Los nombres de los estudiantes, fechas, parejas recién enamoradas, recuerdos y sobrenombres, habían sido inscritos de una manera secreta y comunicaban en clave a quienes, en horas de clase, se escabullían a esconderse a través de escaleras interiores en el vientre de la torre y fumaban y platicaban y reían y se aburrían y dormían y deseaban tener a Marta, a Celia, a Elsa, allí adentro con ellos hasta que la noche cerrara el cielo y terminaran las clases y desaparecieran para siempre maestros y autobuses en aquellas partes periféricas de la ciudad, en aquella colonia semihundida donde se encontraba enclavada la escuela en lugar del antiguo casino de Agua Caliente. Solo por la actividad y la vestimenta de los nuevos habitantes se distinguía el centro escolar del excasino. Antes y poco después de 1930, el movimiento era distinto. El ritmo de los visitantes ascendía los fines de semana, particularmente durante el verano los turistas venían de La Jolla, Santa Mónica, San Bernardino, San Juan Capistrano,

pasaban el día en las playas o en las piscinas; se protegían del sol debajo de las palmeras traídas de Hawái que se sucedían a lo largo de las callejuelas del casino, y posteriormente asumía la noche en sus más ardientes etapas. Autos de lujo negros y color crema entraban por debajo de la torre después de desprenderse de la línea fronteriza o del aeropuerto de taxis aéreos y correr veloces por el bulevar.

Al trasponer el arco debajo de la torre, los autos bajaban por la rampa junto a los camellones adornados con palmeras. Elegantes mujeres descendían de los Packard y los De Soto frente a los pórticos del Salón de Oro, se detenían por un momento en el vestíbulo mientras el chofer alejaba el auto y alguien, si no llevaban pareja, se acomodía a introducir las en el salón. Mi padre vestía entonces un traje de pana, zapatos blancos atravesados por un trozo de piel negra, y era uno de los telegrafistas que empleaba el hipódromo del casino en sus apuestas a larga distancia con los aficionados de California. Del hotel y de los bungalos salían parejas o entraban. Luego, apenas se oía el rumor del tránsito en el silencio del campo y la algarabía en las salas de juego. En el patio enmosaicado del Salón de Oro un portero viejo y de pelo algodónoso despedía al amanecer a los jugadores y a sus damas. De esos años hay una fotografía en la que mi padre está rodeado por un grupo de amigos al pie de un avión trimotor cuya ala parece abrazarlos a todos. En el labio superior de mi padre, mientras se acariciaba la nariz, se ve una herida que más tarde habría de descubrirse con un bigote pelirrojo. Los sábados buena parte de la población de California se vaciaba en la ciudad. Veía pasar los carros último modelo por el bulevar. Los lunes era distinto: la ciudad se veía despoblada, como si hubiera sido objeto de una rápida evacuación. Los baños sulfurosos y los campos de golf aparecían desolados. Sin embargo, este proceso de superpoblación flotante de viernes a domingo siguió repitiéndose como una manera natural de ser de la ciudad cuando el casino fue clausurado por el presidente Lázaro Cárdenas y convertido en escuela.

## 19

Me tiemblan los labios.

Siempre fuiste la misma con diferentes nombres, la niña del barrio, la

compañera en la escuela secundaria, la señora joven recién casada, la prostituta del casino, o la misma, tú misma, cuando a cierta distancia te dejaste perseguir por los andenes del aeropuerto momentos después de que te viera descender de los de la avioneta amarilla. Puedo suponer, asimismo, con toda la confusión a la que no puedo escapar y que inevitablemente me impide ser espontáneo, que de alguna manera has tenido que ver con todas las mujeres encerradas en las casas de los baños sulfurosos, con aquel mundo en el que reinabas tú y no dejaba salir a nadie, aunque tú hayas figurado individualmente entre ellas y a pesar de que ya no estés para al menos escucharme. No descarto que tú sigas siendo el cuerpo sigiloso y el rostro de mí mismo contemplando en el espejo porque he vivido conmigo desde que nací y aún ahora no he podido, de una manera total, salir de mí mismo. Pero lo sabía perfectamente, con una claridad aterradora: el día en que partieras, te empezaría a querer. Trataría de buscarte por todo el mundo. Abrazaría a un gato en un sueño días, semanas después de haberte visto partir. Qué extraño, me diría, vuelvo a descomponerme; o qué bueno, vuelvo a necesitarte, a verte venir sola en los corredores de la escuela nocturna y despeinarte, y otra vez el gusto de pasearnos entre calles y calles, y el hábito inagotable de meternos en aquel restaurante español a tomar cerveza del mismo tarro. Las carencias, Beverly. Todo lo que no tuviste. No te enseñaron a darte cuenta, no te dijeron que tú también tenías derecho a todo, a irte de tu pueblo porque así lo deseabas, nadie estuvo cerca de ti para decirte que no tenía nada de malo. Nadie estuvo ahí para escucharte y comprender que lo que tú decías era cierto para ti. Te miraste ante el espejo, te sentiste los huesos de la cara, las arrugas incipientes en los párpados. Era la primera vez que estaba contigo, pero no tenía la absoluta certeza y viste en el espejo que ya había crecido. Trato de definirte y fracaso trato de relacionarte, de registrarte, y me atiborro de palabras, exactamente igual como cuando intenté escribirte muchísimas cartas fallidas. Quise hablar de ti como si existieras o como si no me dirigieras a ti, pues de la noche a la mañana, en una fecha ya ida, me quedé hablando solo, mencionándote en tercera persona, e inclusive, diciéndote en voz alta paseando por la playa, entre rastros, que ese lugar y lo que había vivido contigo me

habían transformado y hecho a la vez añicos; me dije que poco a poco, con el tiempo, me reintegraría y juntaría los pedazos de mí ser disperso hasta recuperarme, entenderme y crecer. Tuve mucho miedo de la muerte, pensé en ti, pero pronto llegué a tener la sensación de que la única muerte que me había importado era la mía propia. Te me escapabas, te me vas y trato en vano de tenerte otra vez aquí conmigo, trato de condicionarte o inventarte en cualquier lugar del mundo o del pasado. Comeríamos otra vez pescado ahumado en aquella playa, te imaginarias sola y podría presentir cada una de las cosas que harías allá lejos, sola, cada mañana, cada tarde, durante todo el transcurso del día, y te ubicaría triste y deprimida quizás solo porque de esa manera te reconocería de mi parte; o le daría otro sesgo a mis delirios y me diría que no, que jamás volverías a permitirte estar triste, porque no, nada más porque no debe ser, es malo y mientras tanto, por ahora, cuando menos, estás viva. En muchas palabras, te inventaría. Ya me las arreglaría para hacer de ti una enemiga irreconciliable y así tenerte afuera, mía.

## 20

- Pásame el azúcar...
- Tus cartas, nunca debí haberlas visto.
- No tenía ninguna importancia. Yo nunca lo hubiera hecho. Me aburriría... —Perdóname.
- Apenas nos tocamos.
- Supongo que nunca te hiciste una idea acerca de mí.
- Es probable.
- Me pregunto a veces si realmente te conocí.
- Me gustaba mucho caminar descalza en la arena.
- Los médanos, decía, yo nunca había oído esa palabra...
- Los hornos para el pescado ahumado, las hojas de eucalipto, el humo...
- Poco o nada nos pertenecíamos ya, entonces...
- Recuerdo la sequedad de tus labios.
- No entiendo esta reacción retardada.
- Viví unos meses en blanco. Me entretuve en viajes absurdos... era como una incapacidad de sentir, en general.

Pero, claro, no se puede vivir siempre en éxtasis, no se trata de eso. Uno no aprende todavía. Yo no aprendo todavía.

—Probablemente no supe verte. Y me juraba que nunca sería insensible ante una demanda...

—Es muy posible que a estas alturas no haya logrado expresarme... Y luego, perturbar tu vida presente, cuando ya habías dejado atrás una experiencia trunca y a la larga sin valor alguno... No llamarte, no verte, me parecía una obligación, lo menos que podía hacer. Pero no pude evitarlo.

—Nunca me parecerá un sueño.

—No sabía si mi mano era tu mano, si eras tú la que se movía o yo. No sabía si algo lo había pensado yo o tú.

—Éramos un monstruo, pues.

—Sí, un solo cuerpo.

—A no ser que me recostara en tu pecho y oyera tus latidos...

—Lamíamos del mismo cono de nieve.

—Inexpresivo, siempre sin decir nada...

—Pero, ¿por qué todo había que formularlo en palabras?

—No sé. Vas a un lugar a donde la gente se está jugando la vida y en lo único que piensas es en tu libertad, que siempre es falsa, además. Te preocupa. Te imaginas que tiene alguna importancia.

—Yo lo que digo es que no puedo decir nada. O les gusto o no...

—Pero no se trata de eso.

—No, no entenderías.

—Ya no seas tan flojo, por lo menos. Digo.

—A ti también te encanta dormir.

## 21

Cada una de las paredes del casino tenía un metro de ancho. Era el tipo de construcción acostumbrada antes de la guerra: altos, gruesos muros de mampostería forrados de estuco y enjalbegados. Las tejas color ladrillo se imbricaban como viseras de los bungalós y a lo largo de las bardas que encerraban las fuentes de agua termales al otro lado del puente por donde el tren pasaba, silbando, todas las noches. De la parte de grava interrumpida por el terraplén se desprendía la vereda

que llevaba a los balnearios, a los manantiales de agua bendita y temperatura elevada, de agua remedio, a los baños sin virgen de Lourdes. Más allá de aquellas paredes que ocultaban a los nudistas extranjeros, varias mujeres salían de los compartimientos de concreto en que estaba dividido el estanque y entraban en las casetas de junto. Anuncios de cerveza y refrescos, letreros sobre lámina, tapizaban los portones del balneario. Allí, afuera de los baños y a unos cuantos pasos de los cabarets del río, convergían diversos caminos. Entre una clase y otra, veíamos desde el Instituto de Agua Caliente llegar taxis amarillos y marineros uniformados en cuanto empezaba el verano. Diminutas y distantes se distinguían las mujeres que los recibían, jóvenes y viejas recién salidas del agua, todavía secándose el pelo, el cepillo en la mano, olorosas a jabón corriente. Gordas, en pantalones unas, otras en camisión, las mujeres se desperezaban estirando los brazos y aspiraban profunda y placenteramente al bajarse de los catres o al emerger desnudas de la primera zambullida en las aguas sulfurosas. De noche, el panorama era menos abierto: apenas se adivinaban las luces traseras de los taxis que corrían rumbo a las casas del balneario señaladas por pequeños e intermitentes focos rojos.

Pero, ¿en qué parte o a quién podía preguntar por Beverly si cuando llegó por primera vez a ese lugar de la colonia solo existían restos del antiguo casino y los manantiales se habían secado? ¿De qué servía, ahora, la proximidad del mar? ¿Qué sentido tenía para mí contemplar alelado el bungalow donde había estado unos días, unas noches, sola, conmigo, totalmente divorciada de aquel mundo remoto en que vivió?

De nada. Caía contra mis ojos una hilera de capas prefabricadas y el reflejo de algunas letras luminosas: Blue Fox, Aloha, Waikiki. Estacioné el auto sobre la cancha de tenis, saqué de la cajuela varios rollos de película que me distribuí en los bolsillos. Quité el estuche a la cámara y me la colgué del cuello. Me la puse en el corazón como preparando una segunda posibilidad de mi vista, otra cuenta de mis ojos, otro recurso, un artefacto óptico adicional que me sirviera para captar y fijar aquellos edificios en ruinas que no podía detenerme a considerar debido a la mirada suspicaz que me lanzaba el soldado de la brigada militar acantonada allí en la escuela, allí en el excasino, guardia

pertrechado detrás de una palmera. Me detuve ante el pórtico arábigo del Salón de Oro. Vi mi rostro en el agua. Un tablón húmedo y sin forma se hundía dentro de la fuente: en el fondo encharcado flotaban bolas de papel y flores podridas que no obstruían el espejo de la cabeza del caballo afilegranadas y apenas fijas en el arco oxidado de la pila. La hierba semicubría los adoquines comidos por el tiempo. Adornado con azulejos, el enorme pórtico ceniciento concluía pronto en otro portón clausurado con trancas y ventanales destruidos. Una cadena prohibía el paso. Introduje la cámara a través de los cristales rotos y traté de alcanzar con la mano uno de los carteles fijados al desteñido mosaico azul que empezaba a desprenderse debajo de unos tabloncillos quemados. En el cartel se insinuaba aún, borrosa, la imagen de Rita Cansino. Al fondo todo era escombros, huellas de bomberos, cajetillas de cigarro aplastadas, latas de cerveza, sobrecitos vacíos de preservativos, revistas mojadas, trozos de papel periódico con excremento y arrugados.

El edificio vecino había servido de hotel y comedor y allí precisamente, entre puertas y dinteles, resaltaban grabadas las palabras de los estudiantes, las malas, necesarias palabras que todos debían poner para expresarse, insultos anónimos contra el prefecto del internado o declaraciones de amor en clave de iniciales. Y sobre estos letreros, sobre estos manchones, sobre estas sentencias, incidían otras formas de integrar las sílabas, de unir las frases, de imponer una tipografía caprichosa y de combinar mayúsculas, tipos góticos e itálicos sobre números romanos y esparcidos ejercicios de formaciones, dibujos, figuras, coordenadas de versos obscenos.

En los bajos recintos del casino se prolongaban túneles inescrutables. Entre horas de clase, o después de la jornada cuando la colonia se quedaba sin un alma, los túneles que comunicaban los diversos y difusos subterráneos se convertían en el laberinto fascinante de juegos solitarios, de muchachas perseguidas y aterrorizadas. Eran los claustros de risas y voces devueltas por el eco; eran los fantasmas de Rita Hayworth y del amante de Jean Harlow; era la búsqueda adolescente de legendarias fornicatrices. Manteles de paño verde, ruletas, mesas de billar, pianos y pianolas, carteles absorbidos por el estuco

como frescos renacentistas. Y en ese lugar habría de encontrarte nuevamente. Estarías sentada sobre el pasto, cerca de las canchas de tenis. Años más tarde me dirías que en aquella ocasión, cuando estábamos a punto de terminar la secundaria, me ibas a regalar la fotografía de tu credencial; ya estábamos en tercer año y después de exámenes no nos volveríamos a ver. No me atreví a pedirte la foto ni a dirigirte siquiera la palabra. Más noche te sentaste entre el público, sola, sin verme, ya empezando el concierto de Schubert que se ejecutaba en la sala de conferencias del Salón de Oro. Una vez más las paredes y el cortinaje nos ponían con sus dibujos a pensar a cada quien en su mundo; llevaban nuestra atención a otras cosas lejanas, a las mujeres y a los vestidos pintados en el cielo raso; se nos perdía la vista en el tapiz atestado de filigranas, costras en caída, imágenes que perturban una cena de gala en un casino disuelto en el tiempo.

Ya en desuso, las cortinas de terciopelo que antes cubrían y descubrían el proscenio se mantenían permanentemente abiertas, guindas y empolvadas. El polvo sobre el color cereza y las siluetas de las bailarinas aparecían y reaparecían a la mitad de Rosamunda. Las mujeres acababan de sentarse a la mesa vestidas con transparentes gasas blancas y puntiagudos zapatos de charol. De las copas de champaña se elevaban burbujas, pequeños globos cristalinos de agua y de aire, y las pipas de las mujeres se confundían entre el humo y las risas esparcidas de las conversaciones y los meseros apurados que ordenadamente se desplazaban entre mesa y mesa. Cuello alto almidonado, peinado a la Rodolfo Valentino, mirada de ojeras maquilladas y esbeltos, altos, erguidos meseros atendiendo los caprichos de las mujeres divertidas junto a la ruletas y las máquinas traganíqueles entre el comedor y el Salón de Oro antes, durante y después del baile sobre las tornasoladas alfombras, espumosas y rojas, a medida en que se oían los gritos y se veían las piernas de las mujeres en el cielo raso del salón de conferencias, en las paredes que estaban detrás de Beverly y la mirada de Beverly; el cuello alto, la bolsa de lona, la chamarra de franela, los ojos amplios y casi romboidales como en las figuras de Modigliani, porque el cuello alargado y suave, y el pelo rubio y castaño cubriendo los pabellones de las orejas integraban a Beverly al conjunto de las



pinturas, destacándola del resto de los concurrentes al concierto, por encima de las cabezas y los cuerpos en la oscuridad del fondo. ¿Y el sillón Recamier donde posaste como una maja? Retrátame, me dijiste. Puertas cubiertas de seda y espejos de pared iban del suelo al filo de las lámparas de araña. Oprimí varias veces el disparador de la cámara y surgiste entre sombras, oscura y distorsionada como si no hubiera habido suficiente luz en aquel cuarto... Pero nunca habrás de ver esas fotos. Afuera del hotel, por la ventana, se ve una cancha de tenis, el pasto crecido y un jugador solitario de básquetbol, el mismo que se repite en las fotografías que revelé más tarde. Las palmeras contra el sol no fueron registradas; la luz, directa, vino a velar la película; apenas se percibe una palma descompuesta y nebulosa. Sobre el casco del casino salta la torre del antiguo aeródromo. Es la parte más alta de las ruinas, coronada por sus azulejos, es azul y tiene figurado el marco de sus almenas y los escalones que suben y bajan en las alturas del castillo medieval e infantil. Al pie del minarete, un anciano amontona basura. Parece el guardia de un faro. Da órdenes a un mozo ese domingo en la tarde cuando viste de corbata, pantalón de lana y suéter. Dirige al mozo para que lleve en una carretilla las hojas secas y el polvillo que cae de los árboles, los dátiles maduros, las palmas, y mira pensativo el pequeño montículo de basura que lentamente empieza a quemarse.

En medio del silencio presiento la aparición inminente de Beverly. Creo volver a verla en uno de los túneles del casino. La busco, a pesar de que me consta que la oportunidad de hablarle, o de que me escuche, nunca volverá a presentarse. Sé que supo hacerme callar, que me enseñó a enmudecer. Al encontrarnos en el aeropuerto me dijo que nunca había visto las fotos. “No me digas que nunca recibiste el juego de fotografías”. He estado como tres, cuatro años, decidido a destruir el archivo, a destruir el recuerdo y el pasado a base de rompimientos materiales, dedicado a no conservar nada que tenga relación con lo que ahora se ha desvanecido. Lo que ahora no existe no vale la pena. “Ni una foto”, comentaste. “Hay gente que ni siquiera conserva una carta”. Te observé extrañado. Como ahora, olvidadísimo de ti, porque nunca me avisaste que lo que apareció en aquellas imágenes era absolutamente verídico ni me ayudaste a comprobar que había sido yo, y

nadie más, quién las había tomado. De veras, no salía de mi asombro, particularmente cuando orgullosísimo me puse al revelar yo mismo, con mis propias manos, tus fotografías en el cuarto oscuro, y después de prolongados y fascinantes experimentos, después de haber comprado papel mate de tantos gramos, sin brillo, saqué a la luz un par de maravillosas fotos tuyas: donde estás dentro de una tienda de ropa para mujeres, frente a un espejo lateral, junto una pareja, y otra en que te capté contra un muro lleno de carteles. Justo en el instante de verte descender de la avioneta estaba yo con esa cara de espera, con esa cara de curiosidad tranquila y sin rubor, para solo oírte hablar de esas cosas, y sin decirte nada todavía sobre la necesidad de separarnos, te dejé seguir hablando y esperé una vez más tu respuesta rápida y entusiasta porque me había deleitado mucho trabajando con esas fotos. Te había visto emerger poco a poco del agua. Te cambiaba de un líquido a otro, de una solución a otra, y luego te detenía y demoraba cuando empezaba a distinguirte claramente entre el negro y los grises y los blancos del papel mate, como si nacieras adulta, chorreando, de una concha blanca y generosa, de una espuma marítima y mítica, como una Venus, y repetía el procedimiento con una fascinación o una esperanza prácticamente alquímica.

Te tomaba. Te veía bajo la luz roja y por fin lograba tenerte revelada en el cuarto oscuro donde habías nacido y brotado de unos cuantos segundos de luz y de agua y, nuevamente, arrolladoramente acuosa, quedabas puesta a secar. Te cortaba. Buscaba diversos ángulos y encuadres con la guillotina. Y al día siguiente aparecías bajando de la avioneta amarilla, viva, palpable, saludando y agradablemente tibia en las manos. Fue entonces cuando yo, incontenible, te besaba esperando en silencio oírte anunciar que efectivamente habías recibido las fotos y que te habían encantado, que pensabas que eran fotos de estudio. Pero las cosas ocurrieron de otra manera. Tuve la impresión de que todo se había perdido y supe que vivir sin relación con nada ni con nadie era —tal vez, provisionalmente— lo más adecuado. A partir de aquel vuelo que te sacó del país para siempre, me propuse encerrarme en mi cuarto y no hablar ni siquiera a solas. No le avisaría a nadie de tu desaparición. Los amigos comunes, si los tuvimos, dejaron de existir para mí.

Ojalá que algún día vuelvas a frecuentar esos lugares, las callejuelas de los patios entre los carcomidos grupos de edificios y aulas, los sótanos del dormitorio, atiborrados de muebles y cajas, naipes y mesas de paño verde, sobre ruletas enmohecidas y pianos desprovistos de teclas. Ojalá. Ya no tendríamos miedo. Volveríamos a encontrarnos entre los escombros del casino y veríamos las jaulas de los pájaros en los jardines. Podrías volver una vez más al mismo sitio y yo te esperaría como antes. Ya para entonces se habrían cumplido cuando menos seis meses sin vernos. Llevarías lentes para el sol. Te verías recién bañada, como si acabaras de salir del mar. Pondrías la mano sobre la ventanilla del auto como queriendo asegurar la puerta contra tu cuerpo mientras la luz verde te diera el paso. Las hileras de carros, el sol, exacerbarían mi confusión impidiéndome reconocer que podría tratarse ya, para siempre, de la última vez que te vería. Sin embargo, podría darse otra posibilidad de reencuentro. Un sábado cualquiera: un bar como el Blue Fox, mucho frío, luego tú y él, cada uno por su lado, tú viéndome sin hablar: nos veríamos seguramente más tarde...

Se trata de tu última visita a la frontera. Al fin te veo salir del estacionamiento, donde de inmediato reconozco tu carro y las placas amarillas de California. Miras a la calle y a la gente que pasa y caminas tranquila. Te pones los lentes. Está nublado, pero te ves bien. El pelo largo te cae a los lados de la cara despintada. Parece que acabas de llegar de un viaje muy largo. Nos abrazamos. Pongo mi mejilla sobre la tuya, nervioso, temiendo que la retraigas bruscamente. Meses sin vernos. Nada tienes que decirme. ¿Me contaste que habías estado en una isla de leprosos? La pileta de aguas sulfurosas tiene la lama en el fondo resbaladizo. Ámbitos oscuros, corredores, terrones de sal cristalizada. Agua verde negra. Estás sentada. Los leprosos se bañan. Su piel, azulada, tiritada. Carecen de pelo, se les ve el cráneo inflado y las venas. Entran vestidos en el agua. Titubeas. Te bañas con ellos. Caminas en el agua que te llega a la cintura. Te vas despojando de la ropa. No contagian, te informa alguien... ¿Qué haríamos, cómo sobreviviríamos si nuestro cuerpo no estuviera constelado de huecos, poros, boca? Reventaríamos.

Él, el que te acompañaba frío y distante en la barra del Blue Fox, debe ser el tercer personaje. Tu esposo, tu amado fantasma. El piloto maestro. El capitán. El aviador devorado por el cielo. La significativa ausencia en tu búngalo del acantilado, tu irrecuperable dueño. Me mostraste la fotografía de un monedero en el que estás sentada sobre una fuente, junto a unos árboles, te estás viendo las uñas de los pies; llevas sandalias y no se te ve bien el rostro. En aquellos lugares, me decías, una puede andar descalza por todas partes, incluso cuando llueve porque hace calor y el suelo es fresco. Me gustaba mucho oírte. ¿Dónde estaban los leprosos, en la alberca del casino o en los manantiales de aguas sulfurosas? Agua que alivia los huesos. Agua que suaviza los músculos. Agua que revienta la córnea. Agua donde flotan los leños salvadores para el naufrago. Agua salada de donde me emergen las lobas del mar. A medias. A medio cuerpo. Apenas a flor de agua.

Me decías que yo debía ir algún día a Mulegé, que huele a membrillo, a arroz cocido, a mandarina, que los cerros braman durante la noche. Mientras te escuchaba me propuse visitar los lugares que tú mencionabas, el litoral de las salinas, pueblos con iglesias y conventos franciscanos, misiones jesuitas, playas interminables, verdes y plateadas, hamacas, casetas de todos colores y terrazas a la orilla del mar.

Las dunas, decías, tienen forma de lengua, se forman detrás de cualquier rompeviento. Es un lugar donde atesoran todos aquellos galeones y bergantines en miniatura. Me hubiera gustado verte tocar los frescos y bajorrelieves labrados en los muros: te imaginé sola entre los pequeños jardines centrales que cruzan los conventos, debajo de los arcos, contra las paredes manchadas de pátina. Esa tarde al bajarte del auto, aproximarte a mí, aceptar mi brazo y caminar junto a mí, me propuse no interrumpirte demasiado. Me hice el propósito de no impedirme transmitir lo que en el fondo sentía ni ocultar cualquier pensamiento que me hiciera parecer frío ante ti. Buscaba hacia dónde dirigías los ojos al mover los labios. En tu agenda garabateé un dibujo y escribí tu nombre varias veces. Habías cambiado muchas direcciones; algunos teléfonos me parecían familiares. Vi mi nombre y un antiguo domicilio mío.

Estás metida en una cabina telefónica. Introduces la moneda en la ranura; llevas sandalias y vestido ancho. Doy vueltas a la cabina. Alzas un pie. Dejas una de las sandalias en el suelo; te enredas en el cordón y la bocina. Te ríes; escuchas callada. No sé con quién hablas. No alcanzo a oír tus palabras. Ahora siempre que veo una cabina desocupada siento ganas de entrar, cerrar la puerta para no morirme de frío. Tenías muchas cosas que decir en aquellos días. Otra noche: estás sentada en un café; llevas gabardina azul, la dejas caer al quitártela y te sientas sobre ella. Rasgué una calcomanía del cristal y te vi a través de un orificio; fumabas mientras él te contaba no sé qué cosas. Me fui. Di una vuelta a la manzana y al no encontrarte de nuevo en el mismo sitio corrí a casa. Quise morirme. Golpeé objetos inconteniblemente, salí corriendo agitado y caminé de prisa por las calles y calles sin detenerme. Me puse en una esquina esperando que pasaras. Después de la media noche, camiones y autos surgían bajo el paso a desnivel y vi cómo dentro de ellos la vida pasaba abajo y al margen mío, sin que yo interviniera, sin que yo moviera un dedo, sin participar. Cuando volví a verte en los jardines del casino me dijiste que ya estabas cansada de todo, que simplemente no querías hacer nada, e insistías en lo mismo. Yo he sido muy afortunado, traté de convencerte. Pero volvía al asunto otra vez. Haz algo, vete, lárgate a cualquier parte, decídete por algo, malo o bueno, pero haz algo, carajo, vete a Cuba, a África, dijiste desesperada, aunque sin mucha convicción. Qué profundos estábamos aquella noche, la “típica actitud destructiva”, nuestro “papel en el mundo”, y entonces no hubo más remedio que tomarte a fuerzas de la mano y moverte a empujones para hacerte reaccionar; te golpeé la cara, los labios, y otra vez las frases “nuestro deber de ser felices”, “esto es todo”, “la pareja no da más”. Te subí al carro y te llevé a la parte de la ciudad donde está el depósito de cadáveres. Bastó empujar las rejas de la entrada para meter el auto y alcanzar el centro del patio rodeando edificios y, luego de transponer portones metálicos y corredores fríos, te cerré la puerta del cuarto refrigerado que quedaba al fondo. Te oí gritar durante eternos segundos, golpeabas la puerta y pataleabas. Saliste aterrizada pero más tranquila, me abrazaste llorando y me dijiste que ya no querías hablar de esas cosas, y que esto, y que lo otro, y que es la última vez, y que

te necesito, y que no me vuelvas a dejar sola. Al llegar a casa, al cubrirte con las colchas te dije que te iba a dar de nalgadas cuando volvieras a ponerte de aquella manera.

## 23

Salgo a la calle y al saber olvidada la cámara en el cuarto siento como si una parte de mi cuerpo se hubiese desmembrado. Meto las narices en las páginas de una revista. Clavo los ojos en la sección de modas; me concentro en un párrafo como si en ese momento encontrara un eco correspondiente, un dato de identificación, mi necesidad satisfecha de pertenecer, mi deseo de comunión allí, a la vista, a la mano: allí, en una frase, en las palabras citadas por ella, por Beverly, y ella diciendo que las cosas se diluyen, hablando del uno y el otro amor sepultados, de que siempre se puede subsistir, y luego me vuelvo hacia atrás y camino y veo materialmente dentro de mí mismo mis últimos dos o tres o cuatro años y no sé con certeza si aquellos años al lado de ella fueron los que realmente valieron la pena vivir; presiento que la detesto, que todo es ocioso, que hace más de dos o tres años que no la he vuelto a ver y que si la repudio es porque, para ella, esas cosas sí son importantes. Porque ella no ha sabido vivir sola. Porque yo sí he logrado hacerme de un mundo al que en cierta forma me he acostumbrado; porque ¿cómo satisfacerse solo consigo mismo?; ¿cómo encerrarse, bastarse a sí mismo, regodearse en su propio cuerpo frente al espejo, desnudo, oliendo sus propios sudores? La falta de sueño, la carne de mi propio cuerpo, de mi cuerpo masculino observado hasta casi poseerme a mí mismo. ¿Será acaso que de esa manera estrangulo el deseo que debo tener cada mañana al salir a la calle y observar las piernas de las mujeres, los ojos de las mujeres, las nalgas de las mujeres, esas miradas de las mujeres, esos mensajes ocultos y silenciosos de las mujeres, de todas las mujeres, de las señoras, las divorciadas, las viudas abandonadas, las hermanas, las tías, las amigas de mi madre, las esposas de los amigos, ese frotarme con mi propio cuerpo y sentirme sucio como cuando por primera vez brotó el semen? Y ella sigue aún vulnerable a algunas palabras; es la relación que pudo cicatrizar; es el quedarse sola y seguir adelante. Paso revista a los años posteriores a ella y me duele una grave sensación de

desperdicio y todo lo que significa desecho, desperdicio, yo mismo y las gotas que esparzo inútilmente cada noche sobre la sábanas, el acto que ejerzo a solas para aliviar, cancelar mi posible, mi seguro deseo matutino; rompo la cuenta de los espermatozoides antes de que se acumulen y luego me percibo en mi sueño al verme sentado sobre una hondonada o un puente mortecino en un lago o en los morros del mar. De la mano me cuelga una cuerda de pescador. La punta de la cuerda opone resistencia. Un cuerpo tironea debajo del agua. La cuerda se me unta entre los dedos, los marca, me abre la piel. Jalo hacia mí la cuerda y el objeto unido a ella. Emerge aleteando la figura de un pez visto boca arriba. Lo miro debajo de mis piernas, es mío, ascendiendo en dirección mía, es mío, siguiendo la cuerda entre mis piernas, es mío, y luego el pez agoniza sobre la arena, es mío, aletea, es mío, queda tieso, es mío, húmedo y salpicado de arenilla.

## 24

En un momento, de la noche a la mañana, cambia el mundo. Todo se sale de su sitio y se vuelve extraño. Todo me da igual. A veces lo único que me interesa realmente es comer y dormir, dormir mucho y creer que la noche aquella, cuando sobre la playa aterrizó la avioneta, en realidad la oscuridad nos impedía vernos las caras y conocernos presas del pánico y de la incertidumbre. La tarde que acababa de desvanecerse nos redimió de toda culpa y esperamos que bajara el hombre del maletín y el piloto ocultara la avioneta a un lado de la pista mal iluminada, en el hangar improvisado con tela de alambre y lonas.

Voy al encuentro del hombre que acaba de descender del aparato y hablamos en inglés. El hombre lleva una gabardina negra arrugada. Le abro la puerta del búngalo y lo conduzco al cuarto de Beverly. Los dejo solos. Salgo y camino hacia arriba de los acantilados sin dejar de ver la luz tenue del búngalo. Dejo pasar las horas y me siento en una carrera abandonada. El mar, oscurecido, parece tranquilizarse. Sé que está frío: la corriente de Alaska cae congelando las costas de Baja California; ni siquiera por la luz lunar puede distinguirse la línea que lo definiría contra el fondo; una especie de niebla negra lo confunde con la prolongación del cielo. Las pequeñas luces de un barco pesquero se

desplazan intermitentemente hacia al sur; luego se pierden. Siento la brisa aumentar y venir hacia mí. Me mueve el frío y la sensación de que han transcurrido más de dos horas. Estoy viendo después la luz encendida en el cuarto de Beverly. El hombre separa la cortina buscándome en la oscuridad. Al acercarme al búngalo veo que ha entreabierto la puerta de entrada; parece hacer una señal al piloto de la avioneta, como quien llama a su chofer. No le pregunto nada. Lleva en su cara la misma expresión profesional y seca que tenía al llegar; ningún rasgo de satisfacción o desaliento cruza su frente. Las arrugas leves denotan más bien mal humor. Le entregó el dinero y voy de inmediato al cuarto de Beverly. Junto a ella (adormecida, débil) se encuentra una olla con agua caliente. Huelo las sábanas húmedas de alcohol. Oigo la avioneta despegar en la playa, rugir, el zumbido va deshaciéndose, aminorando poco a poco hasta extinguirse más allá de las serranías de la Rumorosa. Esa noche dejo dormir a Beverly sin decir nada, sentado junto a su cama. Cuando despierta el cuarto está limpio. He quitado la olla de agua helada y arrojado metros adentro de la playa los utensilios quirúrgicos utilizados por el médico. El agua salada del mar no ha bastado para eliminar del todo el fuerte olor a amoníaco que el manejo de trastos y toallas húmedas me ha impregnado en las manos. Trato de olvidar mis pláticas anteriores con Beverly, trato de aceptar que no hay vida antes del primer mes, que no tiene nada de malo, que es una irresponsabilidad tener un hijo en las actuales circunstancias. Beverly se incorpora con cuidado y me habla. Me mira. Me mira pero no estoy seguro de que quiera decirme algo. No está asustada. Yo no he sido quien no ha dejado de tener miedo. No he podido dormir. He creído que alguien nos espiaba. En realidad ver el mar y tratar de aquietar mis pensamientos no ha sido el único recurso a la mano para olvidarme por un momento de las sombras y de los imaginarios pasos que, creía, se aproximaban a mis espaldas. Cuando el sol ya está definitivamente en el cielo, guardo en el carro las pertenencias de Beverly. No menos enmudecida que antes, la llevó a mi lado. Parece dormitar sobre mi hombro cuando salimos de la brecha y tomamos la carretera principal de la región.

—Yo manejo —le había dicho—. Tú duérmete.



Bordeamos la costa a todo lo largo de la nueva autopista. El mar se ensanchaba en un amplísimo semicírculo azul. Sin entrar en la ciudad, seguimos la calle que corre paralela a la alameda de la línea internacional. Muy pocos autos hacían fila esas horas. El oficial de migración nos pidió los documentos y le hice ver la mica de pase. Me pidió los de ella. Le dije que no se sentía bien. Insistió. Busqué en el bolso de Beverly su pasaporte y me vi de pronto entre el oficial impaciente y ella apoyada en mi hombro derecho. En una fracción de segundo la volví a ver a mi lado y vino a mi mente el momento anterior, cuando conducía por el camino de la costa viendo como el mar y la playa se iban hacia atrás en el espejo retrovisor. El oficial no me dejó presenciar mi pensamiento repentino al pedirme una vez más, obcecado, el pasaporte de Beverly. A gritos me exigió que la despertara. Le contesté que estaba enferma. Insistió en hablarle, le tocó el hombro bruscamente, pero Beverly no respondió. Sentí entonces algo frío que me humedecía el pantalón. Cerré los ojos. Los apreté en un intento de deshacerme de la imagen de un torero con el muslo ensangrentado que había parecido de pronto en la oscuridad instantánea de mis ojos cerrados. Así, como los párpados contraídos, palpé mis dos piernas y el muslo contiguo de Beverly. El torpe aventón del oficial sobre el hombro de Beverly me despabiló. El cuerpo de Beverly cayó de golpe hacia el lado derecho, y la sangre estaba allí debajo de sus muslos. En mis manos. No volví a tocar nada. No volví a tomar el volante. Permanecí con las manos extendidas y paralizadas.

## 25

—Y claro, leí el libro. Me gustó mucho... y tu dedicatoria: “A F; para que aprenda a desobedecer”.

—¿Todavía lo tienes?

—Sí, lo guardaré siempre.

—Debimos haber vuelto a la playa. Me gustaba mucho el pescado ahumado, comerlo con los dedos...

—Con limón...

—¿No te gustaba entrar?

—Al final, sí.

—Yo sentía que no te gustaba.

—No era lo más importante.

—Eran dos manchitas, las del libro, me acuerdo perfectamente. Una azul y la otra amarilla. *Little blue y little yellow*. Primero las dos jugaban, caminaban por el parque. Luego se iban uniendo poco a poco, se tomaban de la mano y se producía entre ellas una mancha verde. Después la mitad de sus cuerpos también se volvía totalmente verde. Páginas más adelante, solo podía distinguirse una sola mancha verde y grande. Un solo cuerpo.

—Pero más tarde se producía el mismo proceso a la inversa, paulatinamente... después bruscamente. Volvían a estar verde a la mitad. Luego, apenas las puntas unidas de los dedos reflejaban un pequeñísimo halo verde y al final se desprendían las manos...

—Y la mancha azul y la mancha amarilla se separaban y cada una se iba por su lado. *Little blue y little yellow*.

—Una historia para niños...

## 26

Había unas rejas a mi alrededor. Tuvieron lugar varios interrogatorios. Alguien quiso atribuirnos tratos con los hospitales clandestinos de la ciudad y con una clínica rodante, remolcada por un auto, que recogía a sus clientes en la lejanía de las carreteras. Se desprendió relación con la casa de un rancho que también había sido señalada. Se me sometió a careos con gente desconocida, médicos extranjeros y mexicanos. Vi rostros y manos temblorosas, ojos codiciosos, oficinas judiciales. De un perchero colgaba un chaleco antibalas. Dentro de una vitrina se alineaban rifles y metralletas, pavonadas. Aparentemente el cuerpo de Beverly fue reclamado por alguien y transportado a San Francisco.

No se pudo asociar criminalmente con nadie y reiteré que nos habíamos arreglado con personas anónimas, que había sido en un sanatorio improvisado cuyas características y ubicaciones no recordaba, y que los nombres que vimos eran falsos. Me despojaron del cinturón y de las agujetas de los zapatos. Dormí en una losa de mármol muy helada que tenía las dimensiones de una tumba, con el antebrazo en la nuca. Poco después del amanecer me pasaron por la reja un cazo

de aluminio con caldo de res muy caliente; era una taza de cantimplora militar que no podía sostener sin quemarme las manos. Dejé enfriarlo un poco y empecé a sentir menos frío a medida que terminaba de sorber el líquido: me atravesaba la garganta y se deslizaba por el esófago, la única parte hirviente de mi cuerpo; el resto eran huesos helados y tiritantes. Beverly no estaba; tampoco la anciana de pañoleta que nos traía tripas y sesos del rastro en una carretilla hecha con un cajón de refrescos. La vieja asistía todas las mañanas al matadero y se hacía regalar hígados, riñones, trozos de carne y patas de cerdo con el fin de venderlos por su cuenta de casa en casa o regalarlos. Los hígados negros, a punto de secarse, destacaban entre otras carnes puestas en la carretilla y rodeadas de moscas; a veces quedaban horas enteras en el patio cuando la anciana, maloliente, sudada y sin lavarse después del diario y asoleado manejo de vísceras, se ocupaba de tomar café o de hornear uno de aquellos jugosos pedazos en compañía de mi madre. Mientras charlaban en la cocina, mi padre clavaba unos números de lámina sobre la fachada de la casa: 742; luego fumaba en el patio, nervioso, y de pronto, cuidando que nadie lo viera, tomaba camino cuesta abajo rumbo al pirul caído; se alejaba hacia la cuenca seca del río con su peculiar manera de fijar con energía los tacones en el suelo, como si llevara mucha prisa o no bastaran las cejas contraídas para hacerlo parecer preocupado y grave, como si todos aquellos gestos no fueran del todo convincentes para disimular que en el fondo se sentía pavorosamente solo y desvalido. Se echaba a andar y después se ponía caminando el chaquetón azul marino que llevaba en los brazos, como piloto del Escuadrón 201 que salía de los hangares al avión, y así, sin su habitual traje negro y su eterna corbata, se escabullía de la casa, trataba de pasar inadvertido; se perdía de vista y nadie reparaba en su ausencia. Marineros en taxi descendían de la brecha de la colina, bajaban frente a los balnearios de aguas sulfurosas en las afueras de la ciudad, y justamente rumbo a aquella zona mi padre huía al atardecer.

Cuando los trajes cruzados empezaron a pasar de moda y el consuelo mexicano en San Diego le dio como regalo una media docena de ellos, me dijo mientras se rasuraba ante el espejo:

—Ya tengo novia.

No dijo más. Siguió buscando una camisa crema o amarilla que hiciera juego con el traje marrón que para él, nadie podría adivinarlo, era un estreno.

Volvió a desaparecer otra noche, días enteros, uno, dos días transcurrieron sin saber de él. Una tarde que salí de la casa en la bicicleta miré que a lo lejos mi padre venía caminando en contra mía. Me detuve. Puso sus manos en los manubrios, sin hablar y mirándome. No pude decirle nada. Volvió sobre sus pasos y no regresó a casa hasta las cuatro de la mañana. Tocó la ventana. Me despertó a gritos la voz pastosa, alcohólica, llena de furia y llanto.

—Papá...

Abrí la puerta y lo dejé entrar. Lo vi arrancarse la corbata y arrojar el traje, el traje negro de siempre, usado, muchas veces planchado, brillante, sobre el sofá, y meterse desnudo en la cama. Roncaba, la barba prematuramente blanca dejaba el rostro fuera de la manta enrollada en su cuerpo largo, como un cadáver, allí en esa cama a mi lado. Escuchaba sus estertores que pedían nicotina. Roncaba, y su cara dejaba escapar de vez en cuando gestos involuntarios en los pómulos, moviendo la nariz afiladísima, aguileñísima, como la de un cóndor moquiento. Impreparado, sin saber qué hacer, inventándose seguridades, sentimental y sumiso, agresivo y discreto, desconfiado, triste, tierno, suspicaz, con todo su odio y amor reprimidos, con hambre, sin trabajo, bueno para nada. Y pienso en él una y otra vez, cuando lo vi salir de una tienda con un saco de pana desteñido, los pantalones sin raya, sin camisa, y en la mano una bolsa de red llena de naranjas y plátanos; le daba enormes mordidas a una manzana como si no hubiera comido en cinco días, como si le empezara a doler el esternón, sin ganas de saludar a nadie ni hablar con nadie.

Hubo un día, un domingo en la mañana, en que lo vi recostado sobre el sofá, desparramado, mal afeitado y metido en un abrigo largo, grueso, aunque no hacía frío ni calor; afuera el sol estaba radiante. En la mesa de centro, sobre periódicos viejos y revistas mal apiladas, había un vaso con jugo de toronja. Abajo estaban sus zapatos. Cruzaba la pierna al sentarse y el sombrero verde pálido, aterciopelado, de ala

ancha, se le encajaba de manera grotesca. El bigote azanahoriado. Parecía payaso, un pimpinela fatigado después de la función. Tenía en los labios un cigarro y se buscaba cerillos en la camisa. Me mostraba sus piernas varicosas y me hablaba de su úlcera. Se acucillaba de pronto en el sillón, junto a la cama, poniendo el mentón sobre las rodillas. Quería verse fijamente la punta de los pies. Tenía el rostro chupado, el cráneo sedoso y ralo, los hombros caídos y la espalda arqueada. Había un bote lleno de agua allí, con los dedos en pinza, iba dejando caer las colillas. Sobre la mesa se veían panes mordisqueados, azúcar regada, tazas y residuos de café con leche. De una de las paredes colgaba una trompeta hecha con un claxon de automóvil cuya boquilla procedía de un carrete de madera. También descollaba en la repisa de la cama una imagen de la Virgen del Carmen con el Niño Dios en los brazos, y tarjetas postales, recortes de periódico, una foto de la torre de Agua Caliente, recetas médicas enganchadas en un alambre filudo. En una caja de cartón iba coleccionando frascos de pastillas y ampollitas desechadas. Corrió las cortinas y no volvió a salir a la calle. Se fue deshaciendo poco a poco, desgastándose hasta que se le notaban los huesos; se le adivinaban las coyunturas del cráneo bajo la piel. Los ojos se le hundían. A medida que adelgazaba, se alargaba más y parecía caminar menos erguido y más lento. Se puso a esperar la muerte, sin prisa, con cierta alegría y reconfortante indiferencia, sin hacer ningún esfuerzo por precipitarla. Se agachaba sobre la cama y día con día, de un año a otro, se fue quedando callado.

## 27

Beverly dormía sobre mi hombro cuando irrumpimos en la autopista principal de la región. La carretera entraba por debajo del volante, bajo las dos ruedas delanteras. Por el espejo retrovisor el mar y la plata se perdían empequeñeciéndose paulatinamente hacia atrás. Nadie hubiera sospechado a esas horas la condición gélida de la corriente de Alaska.

Las tardes en las costas son frías, heladas como el Pacífico, sordas como la corriente que pasa a un costado de la península hasta caer en curva frente a la bahía de Sebastián Vizcaíno. Desde los campos de tomate, más allá de la planicie desértica, saltan las montañas por un lado,

las crestas nevadas de San Pedro Mártir y el mar blanco azul espumoso hasta allá, lejos. En ciertas épocas del año desfilan los grandes navíos cargueros pegándose a la costa, pero pronto se pierden. Solo muy de vez en cuando, cada dos o tres años, aparecen al mismo barco francés para abandonar el océano más tarde por el canal de Panamá y saludar con tres cañonazos de alarma. Un pasajero de la cubierta hace señas, me ofrece de su botella y parece decir: ¡Acantilados! La costa de Baja California, gigantescos pináculos: imágenes de aridez y desolación sobre las que el corazón se arroja y desgarra eternamente...<sup>1</sup>

La Piper Comanche revoloteaba en el cielo. Beverly dormía o emudecía, débil. No hablábamos. Cuando la parte lista de la playa se esparcía de forma de arrecifes o espuma, la tierra de los desfiladeros se volvía negra. Allí, entre la carretera que bordea la costa y el mar, nacían los médanos, pequeñas, suaves elevaciones de arena bañada por la brisa.

Llegamos a la playa al amanecer, justo en el instante en que brumosamente las ondulaciones de arena mostraban con más movimiento sus formas cambiantes. Había conducido hasta entonces el auto como si yo formara parte de la máquina o fuera sus ojos, tus ojos en mis ojos embelesados, a través de los caminos tortuosos que se desprenden de la autopista. Guiaba tranquilamente, sintiendo la proximidad del mar y a mi lado el cuerpo de Beverly. Seguía a los demás automóviles contra la repentina lluvia que pronto cundió como una niebla espesa en la madrugada, y tuve que reencontrar el camino buscando la línea blanca que dividía el asfalto. La neblina, pesada, reducía nuestra visibilidad a cero. No se distinguía nada 10 metros al frente. Los carros debían correr al azar por el pavimento llovido, a ciegas. Torpes, perseguíamos el camino sinuoso y solitario y la visibilidad seguía siendo prácticamente nula. Abrí la ventanilla, saqué la cabeza y cogí la parte izquierda del volante con la mano derecha, la cara de fuera contra el viento, los ojos clavados en la cinta blanca que empecé a iluminar con el reflector amarillo.

—Tengo un sueño terrible —decía Beverly—. Deberías manejar con cuidado.

---

1 Malcom Lowry

Apenas escuchaba sus palabras. Trataba de hablarme para que el sueño no me venciera, para que no me cegaran mis propios párpados.

—Duérmete —le dije.

Empezaba a amanecer.

No había duda de que el rumbo era el de los médanos, arenas un poco movedizas, páramos aislados y blancos, montones de arena muy fina y a flor de agua. Y a un lado de ese conjunto natural —cielo, marismas, nubes, playa—, hizo su aparición el primer espécimen victoreado por mujeres escandalosas y hombres inermes. Una avioneta circulaba en el cielo. De la curva donde la playa se extraviaba, emergió un hombre alto y fuerte: un salvavidas. Ya en tierra firme, despojándose de las aletas, el hombre alto hacía un cuatro sosteniéndose en un solo pie. Llevaba un calzón de baño anaranjado y arrojó al suelo la escafandra. Los puntos negros en el lado derecho de la playa eran los espectadores de las focas. La silueta que empezaba a desplazarse hacia la zona rocosa era la figura del hombre rana que continuaba caminando con el par de aletas en la mano. Esa disposición de cosas y personas fue la que apareció por primera vez ante nuestros ojos. Beverly y yo presenciábamos la escena desde arriba del borde, sentados en los guardafangos del auto. Los bañistas aclamaban al salvavidas, aplaudían al héroe. Se aglomeraban en torno al espectáculo de las focas. Venían muchas. Los concurrentes se hacinaban cada vez más cerca de los ejemplares marinos; cerraban círculo. La foca mayor aleteaba como un ser mutilado, como un tronco de hombre que apenas se impulsara sobre sus muñones. Las protuberancias superiores —alas, aletas, palmas gelatinosas— brillaban al contacto de piedrecillas, trozos de mica, espuma. Hombres y mujeres se abrazaban cantando, correteaban, saltaban, se echaban al suelo. A pesar de la oscuridad en aumento, volvió a aparecer el salvador de vidas y, de una manera natural, espontánea, brotó de nuevo el estallido de aplausos y vivas, la ovación, que el desatendía fríamente: aquella tarde había rescatado del mar a la mujer que envuelta en una manta dormía dentro de una tienda de campaña muy lejos de la multitud. Con desgano, el hombre alto se confundió entre los grupos de bañistas y se dispuso a participar en la lunada como cualquier otro.

Tomados de la mano como un monstruo de cuatro patas, nos internamos por la vereda que conducía a la playa. Fuimos a ver las focas, Beverly, ¿recuerdas?

—Sí —me diría, tranquila, siempre a mi lado—. Ahora todo me parece menos confuso.

Beverly: la piel brillante, endurecida, más marcados que antes los pómulos. Retroceder, volver sobre nuestros pasos. Tierras arcillosas y promontorios de arena establecen el límite entre la playa y nuestro punto de observación. El viento seco nos amodorra. Ponemos la mano en visera para discernir los elementos dispersos del grupo distante que, cada vez más difuso, cada vez más silencioso, se mueve en círculos sobre la playa. En cierta forma el acantilado se une por amontonamientos de cascajo a unos cuantos metros de nosotros, el clima salado nos envuelve entre limos, planicies, aguas llovedizas. Desde el abismo de rocas y agua estancada, sobrenadando, las lobas marinas emiten ladridos inocentes, juguetones. Poco a poco sus sonidos establecen frecuencias, alusiones, voces antiguas, signos cifrados, palabras, leyendas incomprensibles. Son estos maullidos, Beverly, son estos gatos que siento en las entrañas, este clima seco del mar, esas franjas delineadas por el flujo de la marea, caletas, arrecifes, dársenas, caletillas, escasa vegetación marítima, algas, plantas acuosas, rastros, esferas vegetales gelatinosas reventadas, el ir y venir de las olas en la resaca, la vida submarina y los esteros, el olor a marisco y el sueño pesado, profundo, en las dunas... solo quiero preservar los hilos de esto que provisionalmente llamamos... ¿cómo lo llamamos? Quisiera interesarme, recuperar al menos la curiosidad por lo desconocido.

—No quiero hacerte daño, vivimos en mundos divididos, distintos... no, no entenderías...

Beverly, alta, interminable, echada sobre la arena inaccesible ausente, su cintura que suena como pintura, como amargura, el pelo húmedo rubio y castaño caído de Beverly contra el camino que ve a distancia, rápidos instantáneos movimientos de su cabeza arrojando el pelo hacia atrás.

La carretera que lleva al mar, la que conducen los bultos de arena: brecha sinuosa después de cinco horas al volante: los riñones hinchados,



una pierna dormida. Matorrales aquí y allá indican la brecha más corta, el atajo más recto, y ocultan la planicie desértica que hacia el centro de la península sube a la cordillera. Horas antes habíamos pasado a moderada velocidad frente a un autocinema y solo empezamos a percibir el aire yodado del mar después de recorrer, ya en inmutable línea recta, el boulevard Agua Caliente y enfilarse hacia las colinas que se van interponiendo entre las más recientes colinas de la ciudad y los malecones. Al reincidir en uno de los recorridos por el viejo casino, una vez más, una última vez, no supimos reconocer como tales los patios de la escuela y la muchedumbre que sustituyeron a través de los años la frivolidad y la elegancia de otras décadas. Hicimos la última inspección a nuestra manera, pudimos poner cada cosa en su sitio: las campanas de la torre, los naipes las mesas, las redes en las canchas de tenis, las lámparas en el Salón de Oro, las charolas y los vinos en el comedor principal, los autos ordenados perpendicularmente contra las banquetas, y reconocimos los mismos árboles, las mismas habitaciones del hotel que, como siempre, encontraban su continuidad a través de tornasoladas alfombras y profundos pasillos, entre más máquinas traganíqueles, cajas de recibidoras y pagadoras hasta los salones de juego subterráneas. Por aquellos corredores estaba escabullendo mi padre, escapaba del continuo, taladrante zumbido de su oficina de telégrafos y caminaba de un lugar a otro, de una mesa otra, de una máquina otra, haciendo lo posible por perder pronto, como un jugador enamorado, las pocas monedas con las que jugueteaba en un puño. Vestía muy bien. Nadie se hubiera atrevido a dudarle; siempre de corbata, con chaleco del mismo color que el saco *sport* color perla, color tabaco, color vino, zapatos blancos como de Scott Fitzgerald. Tenía un grano junto a la nariz aguileña, y el pelo muy lacio y muy negro. A lo lejos, entre paredes demolidas y una palmera que apenas se sostenía, la alberca del casino era un hoyo mayúsculo como los que causan los bombarderos; los mosaicos habían sido arrancados y la herrumbre de las calderas apenas se distinguía de los escombros y el lodo. El tablón del trampolín servía de puente entre una zanja y otra. Circulamos sin bajar del auto por las ruinas centrales del casino antes de abandonarlo para siempre por la rampa del hipódromo y los secos campos de golf del club Campestre. Pasamos frente

al hospital civil, blanco, macabro; entramos en la carretera esquivando los cementerios y los deshuesaderos de automóviles. Como un campo militar de la posguerra, sin guardia ni público a la vista, surgió a lo alto de la mesita el aeródromo de taxis voladores. Los restos del trimotor yacían arrumbados a la entrada de los hangares, y en canchas de arcilla deslindadas por cercas de alambre, la parte norte del pequeño aeropuerto cancelado contrastaba cada vez más acentuadamente con los terrenos baldíos de las afueras. Poco tiempo después ascendíamos por la breve subida de la Misión del Sol. Las cruces del cementerio y el nudo de autopistas que se resolvía varias veces en una vertiginosa cinta de Moebio cubrían a medias los hoteles de paso. Hombres a pie, taxis amarillos y otros carros salían en fila india de los estacionamientos. Sin ningún tramo de continuidad aparente, el camino inmediato a la playa se hundía hacia el fondo de una hondonada que abruptamente se disponía en los acantilados. Conchas, escollos, corales, tajadas mordisqueadas de sandía sobre la espuma, latas de cerveza, zapatos viejos, algas y rastros marcaban la zona inmediata entre la tierra y el mar.

## 28

Mucho antes de visualizarse el mar entre las lomas, la arena se convierte en un tramo terso y en algunas partes rocoso. Las cavernas de roca hacen eco a las olas y entra en escena una playa larga, rectilínea. Llegamos a medianoche, cuando apenas es posible ver entre las nubes bajas y esponjadas las luces rojas de los postes de alta tensión que señalaban el peligro de baja altura a los aviones. Unas cuantas casas de madera y tiendas, búngalos sin pintar o corroídos por el agua salada y el sol son los únicos rastros de vida. Sobre el terreno cortado inesperadamente al desvanecerse la brecha, nos colocamos para gozar por última vez de aquella visión. Detenemos el auto al borde del acantilado; en ese momento, Beverly descubre vagamente, sin hablar, señalándola con la mano, una carreta de dos ruedas abandonada. Durante mucho tiempo permanecemos en silencio observando el mar, la noche, las estrellas, sentados en el guardafangos del auto, y solo nos alejamos de allí cuando Beverly se dirige corriendo hacia la carretera y la sigo. Es la meta, una especie de punto final, nada distante, por cierto: basta el tiro de

una piedra para alcanzarla. Beverly se aleja entre la extensión del mar por un lado y las elevaciones de arena circundante por el otro. Nos encaminamos hacia el punto de nuestra atención a través de las dudas, en pendiente, pisando en la conformación de las hinchazones de arena. Una vez que nos recostamos bajo la carretera, miramos sin decir nada como el mar se engloba si lo vemos apoyando la mejilla contra el suelo. En otras épocas del año, esos montículos se humedecen bajo la brisa y adquieren un color pardo. Se oscurece y aprieta. Cualquiera podría ir dejando sus huellas enterrando los pies.

Las gaviotas se baten al eludir las lenguas de las olas. El mar desaparece y vuelve y se retira. Vuelvo a ver a Beverly recostada horizontalmente, vuelvo a verla sobre la carretera sin caballos, la cabeza levemente inclinada hacia la espalda, abajo, atrás, se abriga las piernas con una frazada. El viento va dejando de ser cálido para arremeter frío y cortante. La placidez del mar se torna incierta... Yo, dueño de la mano que Beverly acaricia. Yo, su único punto de apoyo. Suelta tus frenos, sal de tu concha, zambúlete, sumérgete para que emerjas vivo, levanta el caparazón. Duermo sobre su vientre tibio, oigo a veces las contracciones de su estómago, los latidos de su corazón, y aguardamos la madrugada fresca, el golpe, la caída gradual del sol sobre nuestros ojos. De repente, nuestros rostros se igualan y nos parecemos tanto el uno al otro. La brisa pasa humedeciendo todo, aún más bien flota sobre el gozo pasivo de nuestros dos cuerpos dormidos... Sus primeras palabras en español: “Susi esa es Susi, Susi se asea...”. Otro estado de ánimo no hubiera impelido a arrojarnos sobre el desfiladero; una tranquilidad menos tensa, otro momento, nos hubiera sugerido la idea de dejarnos caer rodando sobre las ondulaciones de arena en declive, nos prepararían el lecho en la profundidad del cráter y seguiríamos allá abajo somnolientos.

Me levanto. Me detengo ante las sombras que perciben mis ojos en el horizonte. Beverly yace en la carreta sin caballos, el mechón de pelo cubriéndole la frente: toca su rostro con la mano y el cabello que la envuelve la obliga a pestañear con demasiada frecuencia.

—Ponte un dedo debajo del ojo, húndelo —le digo—, y me verás dividido en dos rostros gemelos.

Corro zigzagueando por la orilla de espuma que dejan las olas. Pero antes desciendo por la escarpadura saltando de roca en roca y llegó a la parte blanda de la playa.

Alta y muda, Beverly. Muda a partir del instante en que junto conmigo emprende el camino hacia la costa. Atravesamos una montaña abierta; la apertura tiende a lo largo, por debajo. Arriba, los féretros apolillados en nada disimulan los pocos teatros óseos que aún quedan. Al trasponer ese preciso tramo del camino, Beverly enmudece.

Amanecemos dormidos. Despierto y bajo rumbo al mar. Beverly duerme profundamente sobre la carreta que, expuesta al salitre y al sol, se ve más seca y resquebrajante que nunca. Me quito los zapatos. Chapoteo en la arena. Correteo sin sortear la acometida fría de la espuma a mis pies. No retrocedo. Oigo gritos ahogados a mis espaldas, procedentes del acantilado. Después de dos o tres pasos, me vuelvo corriendo, agitado, y en cuanto empiezo a acercarme descubro que parte de la carreta ha sido tragada entre el agua y las rocas. No se ve a Beverly por ninguna parte. Veo, busco y vuelvo sobre mis pasos exaltado. Corro sobre la superficie plana y pido a gritos ayuda. A lo lejos, por una vereda de piedras, retorna el salvavidas luego de haber cumplido ostentadamente con otro rescate. Le grito, pero no alcanza a oírme. Detrás de una fogata encendida en una llanta de hule, un grupo de personas admiraba la actuación de las focas. Entro en el agua, que me llega a las rodillas, y tomo del hombro a la mujer más apartada del grupo.

—Si muero, ¿qué pensará de mí?

La mujer no puede contener la risa. Presenta la cara instantáneamente, hace una mueca invitándome. Sonrio y le explico con las manos, en derredor del escándalo entusiasta que anima al espectáculo, que por el momento me es imposible participar.

—Necesito una grúa —le suplico.

Los demás miembros del público no responden a mis palmadas. Dentro del círculo de brazos y manos entrelazados se yergue la figura de una foca férrea y de piel húmeda; adquiere de pronto la forma de una gran estatua recién vaciada; después viste las ropas multicolores de un polichinela y luego una pesada capa negra que la enrolla. La foca se alza echándose el capote sobre el pecho, altiva, mole negra, hierro y rimado y dulce. De

rodillas, contra la arena y el agua que cubren la superficie metálica, siento mi lengua agridulce. Lamo los brazos de la foca. Dulce, dulcemente juego con mi lengua en los pliegues de la capa. La gigante sigue erguida, fija en su pedestal, impermeable al rocío de las olas. La foca tiene dos veces la altura de un hombre mediano y un niño se le monta en la nuca. El niño sostiene una naranja en la mano y la ofrece extendiendo el brazo hacia enfrente. Niño y foca son partes de una misma pieza. La prolongación del hombro de la foca, los dedos de la mano palmeados, el cuerpo en forma de pez, la cabeza y el cuello como de perro, cubierto de pelo gris, ralo y empapado, el niño forma parte, asimismo, del seno derecho y ambos están envueltos por una piel velluda y brillante y fina. Húmedos. Así, el niño se contorsiona por dentro de la foca mayor, o la foca mueve su hombro derecho. Hombres y mujeres se toman de la mano. Bailan y cantan alrededor:

*Naranja dulce, limón partido*

*Dame un abrazo que yo te pido...*

Una de las mujeres amenaza con invitarme. Me llevo las manos a la boca. Me las paso por la frente sudada. Miro hacia atrás: una grúa extrae la carreta, la carreta liviana y sin Pegasos, las ruedas enmohecidas mojadadas. Beverly: el pelo muy oscuro y castaño sobre la cara, que emerge cubierta de algas y trozos de venda. La grúa coloca su cuerpo sobre un manto de gasa y una vez que queda tendida de nuevo en la carreta yo seco su cara con una toalla y de la cadena que pende de la grúa caen unos geranios. Beverly abre los ojos sin verme. Extiendo la mano separando los dedos, los abanico frente a sus ojos. Muevo mi cuerpo, muevo de un lado a otro mi cara. Beverly no me sigue con la vista. Sus ojos se dirigen hacia un punto intermedio situado en alguna parte imprecisa del ciclo de la noche.

Cuando el sol ya está definitivamente a lo alto, guardo en el carro las pertenencias de Beverly.

—Yo manejo —le digo—. Tú duérmete.

No menos enmudecida que antes, la llevo conmigo, a mi lado, siempre junto a mí, como una parte de mi cuerpo que se niega a desprenderse. Parece dormir caída contra mi hombro derecho cuando salimos de la

brecha y tomamos la carretera principal de la región. Bordeamos la costa por la nueva autopista. Eludimos el retorno a la ciudad al seguir la calle paralela a la alta alambrada de la línea internacional por el rumbo de la Puerta Blanca. Muy pocos autos hacen fila a estas horas. El oficial de migración me pide mis documentos y le exhibo la mica de pase. Me exige los de Beverly. Le informo que ahora duerme. En la fracción de segundo, o tal vez en menos tiempo, la vuelvo a ver a mi lado. Reincide dentro de mí el momento inmediato anterior cuando conducía por el camino de la costa viendo como la playa y el mar abombado se iban hacia atrás en el espejo retrovisor. El oficial no me deja constatar mi presentimiento al exigirme de nuevo el pasaporte de Beverly. Me grita que la despierte, le respondo que está enferma. Insiste en hablarle. Le toca el brazo, pero Beverly no reacciona. Siento que algo me humedece el pantalón. Aprieto los ojos para deshacerme de la imagen de un muslo ensangrentado que surge en la oscuridad instantánea, cerrados así con mis ojos. Así, con los párpados contraídos, palmo mi pierna y el muslo continuo de Beverly. El brusco aventón del oficial contra el hombro de Beverly me despabila. El cuerpo de Beverly cae de golpe hacia el lado de la ventana derecha y la sangre está allí abajo en su entrepierna, esparcida y fresca. En mis manos. Permanezco con las manos extendidas y paralizadas. Pálida, tiesa, Beverly yace allí a mi lado, sin respirar.

## 29

Ahora, ahora estoy sentado en mi cuarto, he limpiado todas las paredes, ya que no tengo ningún cuadro, ya no he pegado ninguna fotografía, recuerdo que me gustaba mucho pegar carteles, pero ahora he querido vivir en un cuarto limpio, quiero saber qué se siente vivir entre paredes blancas, yo no elegí el color de las paredes, así estaban, es un cuarto limpio, una cama limpia, un armario de madera, madera áspera, hermosa, sin pintar, y una lámpara sobria, un escritorio, y una ventana, una ventana que da a un lugar abierto de follaje, a un barranco, a campos agrestes por donde antiguamente pasaba un río, de noche se oye el paso de los autos que corren por la carretera, allá lejos, más allá de los burdeles rumbo a la playa, también se escuchan de vez en cuando las pisadas de alguien sobre la hojarasca, y desde esta parte de la ciudad se

ve llena de puntitos luminosos, de luces, porque esta parte está oscura, no tiene ninguna iluminación, zumban los motores de aviones que caen suavemente sobre el aeropuerto cuando cierta orientación del viento los obliga a descender por aquí, alguna avioneta perdida me hace saltar de la cama a media noche y sacar la cabeza por la ventana mirando al cielo... en la caída de las lomas concluye la cerca de alambre que marca el límite entre los dos países y forma la esquina donde se corta la pared norte del valle, las gaviotas dejan de graznar al anochecer y luego el mar se ennegrece contra el cielo también negro del fondo... pero es imposible que vuelvas a contemplar estos lugares, el mar ha barrido las huellas de la Piper Comanche que por primera vez te dejó en la pequeña pista de aterrizaje, teníamos miedo, teníamos mucho miedo, las nubes negras no eran sino la continuidad de las montañas vistas contra el sol que moría, la noche total que todo lo abarcaba disimuló ante el mundo nuestras acciones y evitó presencias extrañas en ese lugar preciso de la playa donde desemboca los terrenos últimos del casino de Agua Caliente; teníamos miedo, estuvimos sentados a lo alto de la ladera contemplando el mar, en ese mismo sitio y, no sé cómo decírtelo, Beverly, me sé torpe para traerte de nuevo hacia mí siquiera veladamente, me disperso y regodeo en mis propias incongruencias como si tú nunca me hubieras dejado una impresión perfectamente delineada de tu cara, de tu manera de ser y de moverte que me permitiera sentirme vivo otra vez, ve a la esquina y compra un cono de nieve, me decías, salía corriendo a conseguir el cono apretando la moneda que habías sacado de la bolsa y corría de regreso con la bola de nieve casi derretida para compartirla contigo, ahora, ahora no importa en qué parte del mundo me encuentro, he llegado a lugares en los que jamás estuve y me conduzco como si allí hubiera transcurrido toda mi vida, vivo solo, todo me da igual, he vivido a medias, hablo en tono menor, creo que no estoy en ninguna parte, en el fondo lo único que me interesa es comer y dormir, a medio tono, así oigo los ruidos, así hablo, así escucho la música, no me conmueve una sinfonía, puedo hablar horas enteras sobre cualquier cosa, con cualquier persona, y no me aburro más de lo habitual, a veces me da miedo morir, pero bastan 10 horas de sueño para bajar mis nervios, mis glándulas, y llevarme a comer,

me baño porque no me gusta ningún trabajo, hay agua caliente en mi cuarto a todas horas, me veo en el espejo porque no me conozco y el espejo está allí y no puedo evitarlo, desde que nací me muerdo las uñas, no las dejo crecer, he digerido kilos, toneladas de uñas desde que nací y empecé a comer de mi cuerpo, tal vez se ha asentado ya en mi estómago una capa blancuzca o una costra más en la corteza cerebral donde, dicen, las palabras se forman, creí que no querías, que no necesitabas comer, que no tenías deseos, y así, cubierto, en guardia, precavido, he dejado pasar los años. Mis palabras no son mis palabras, empleo términos que para mí no significa nada, o bien cambian de sentido con los años o se diluyen en una dicción que ni a mí mismo sirve, se me pierden guturalmente y me quedo sin más remedio que enmudecer como enmudeciste tú, aunque tu silencio perteneció siempre a otro orden de ideas o a otro desorden igualmente vano, son palabras que he escuchado frecuentemente y de pronto me sorprende, me atrapo en flagrante y estúpida falsedad, diciendo algo en cierta forma y de inmediato me cierra la boca el reconocimiento súbito de que no soy yo el que habla, ni siquiera tal vez el que abre la boca y mueve los labios y traga saliva y contrae el estómago y siente el estiramiento inclemente de todos los conductores digestivos, pero lo cierto es que lo hago sin alzar la voz, de eso me cuida mucho, lo digo en voz bajísima o lo escribo a mano para no perturbar los oídos de nadie, me apena mucho estar aquí hablando, perdóneseme por hacer ruido, me acuso, me acuso de estar aquí frente al mundo, la Tierra deja de girar y de desplazarse por el universo, ojalá que de alguna manera, digo, algún día, en realidad a nadie hago daño, sí, pido perdón por estar aquí, no sé, a lo mejor usted tiene algo más importante que hacer, en cuanto pueda desapareceré, no faltaba más, a la hora que usted guste, estoy para servirle, es que yo creía, es que...





## Insurgentes Big Sur

Uno se vino acá, pues, al DF, a estudiar leyes, a hacerse de mundo, a tomar el punto como plataforma que pudiera satisfacer su avidez por conocer Veracruz, Yucatán, el sureste tabasqueño y chiapaneco. En Semana Santa, Navidad, mayo o agosto, uno agarraba el Ado o el Tres Estrellas y se perdía por Michoacán o las playas de Oaxaca. Por eso se vino uno al DF en 1960. Para conocer México. Para ver qué era esa ciudad de la que tanto y con tanto amor hablaba Pepe Alvarado en *Siempre!*, cómo pintaba el pueblo grandote de Efraín Huerta en sus poemas, qué tan neoyorkina era la urbe de Ixca Cienfuegos y Gladys García, los personajes de *La región más transparente*.

Era la Ciudad de México —la médula, el sistema nervioso central— que llegaba a través de las películas que se exhibían en el cine Zaragoza: *Aventurera*, *Esquina bajan*, *Distinto amanecer*, *Los Fernández de Peralvillo*, *Los olvidados*. La imaginaba uno, asimismo, entre las páginas de las revistas rotograbadas en tinta verde o sepia: publicaciones de *Box y Lucha* o ejemplares de secreta y dilatada lectura como los de *Vea y Vodevil*. Más de una imagen femenina, más de una inequívoca polarización sexual hubo de definirse, así fuera por la vía no siempre falsa ni insuficiente de la representación, y configurando en el cerebro medio —el corazón del durazno, diría un anatomista— de más de un adolescente tijuanaense gracias a las mujeres desnudas que posaban en los sensacionales desplegados de *Vea y Vodevil*. Eran las mujeres de la capital. Y eran también las rumberas: María Antonieta Pons, Meche Barba, Ninón Sevilla. Pero los hombres aparecían de pronto, como el Santo y Blue Demon, enmascarados, o desenmascarados: Alejandro Cruz descubierto bajo

la desgarrada capucha (el rostro sobre la máscara, diría Sciascia) de Black Shadow.

Y uno volvía la vista de un lado a otro, de Los Ángeles al DF y viceversa, como en un juego de *ping-pong*. No se decidía uno muy bien hacia cuál de los dos polos dejarse atraer; no quedaba muy claro si las innovaciones en el caló o el buen vestir (“Solo queríamos darle un estilo a las calles de Los Ángeles”, diría más tarde Eddy Olmos en *Zoot Suit*) procedían de Tepito o del *East Side*.

Uno (ninguno y 100 mil, diría Pirandello) llegó, pues, a México en enero de 1960 y a los 10 días tuvo que regresar a Tijuana porque había muerto su padre. Fue la primera vez en su vida que se subió a un avión. Era un DC-6 de Aeronaves, blanco, entre las nubes de algodón y el deseo de quedarse flotando en el espacio sin gravedad que conformaban. Nunca había experimentado esa dimensión del miedo, el de volar sobre una ciudad deformada, chata, inconmensurable, sin trazo discernible ni comparación alguna con las formas o las líneas más elementales –euclidianas– de la geometría plana.

No se le arrancaba de un cuerpo al que se sintiera injertado. Apenas empezaba a reconocer algunas de sus calles y ya volvería... pronto, en un Tres Estrellas: unas 52 horas de trayecto ininterrumpido desde la calle Primera de Tijuana hasta Niño Perdido en la gran Tenochtitlan. La misma sensación del vuelo de ida y el traqueteo de regreso se diluía en el sentimiento de haberse quedado en algún lugar intermedio. Ni aquí ni allá. A la vuelta de 40 años, con más de la mitad de su vida consumida en México, empezó a sospechar que en algún tramo del camino cometió un error de navegación sentimental. Nunca hizo suya la ciudad. Nunca sintió que le pertenecía ni que perteneciera a ella. Una ciudad, pensó, es como una persona; uno se entiende bien con ella o no. Se puede tener una buena relación con Londres, pero no con París. Puede uno insistir en París para encontrar de nuevo el fracaso o puede uno sentirse feliz en Roma, en su elemento, como si allí hubiera transcurrido toda su vida. Imaginaba, con esa nostalgia fuera de lugar que consiste en extrañar lo que nunca se ha tenido, con esa íntima megalomanía que pierde el sentido de la proporción y no sabe disimular el paralelismo entre uno y los nombres citados, la

relación que pudo haber tenido Joyce con Dublín, Cortázar con París, Stendhal con Milán, Capote con Manhattan o Pasolini con Roma: un lazo, una complicidad, un enamoramiento perdurable, una pasión. Y es que esta ciudad no podía asirse de esa manera, no había por dónde agarrarla, ni recorrerse a deshoras como fatigaba Borges las calles de Buenos Aires o el caballero Auguste Dupin las adoquinadas aceras de París en la húmeda noche.

Probablemente la ciudad no tenía por qué haber tenido el mismo trazo medieval de Siena o San Gimignano, un dibujo en caracol y del centro a la periferia, una dimensión exactamente humana. No era su estilo y no era europea y se agigantó como loca. Tampoco tenía por qué reproducir las etapas arquitectónicas de Barcelona: el barrio gótico circunscrito en un pentágono amurallado, el ensanche, la retícula del siglo XIX con las esquinas achatadas en cada bocacalle. Ni siquiera debía seguir la cuadrícula de Nueva York ni el tipo de trazo urbano en diagonales propio del siglo XIX, como la que de Indianápolis se transplantó a Tijuana en 1889. No, su caos fue muy suyo siempre; se desparramó sin plano regulador de su salud que contuviera la especulación y la corrupción inmobiliarias.

Uno, ninguno y 100 mil, llegó a México en 1960 y le tomó tres años sentir que había llegado, tres años sentir que al fin se dormía profundamente en una cama que estaba en un cuarto que estaba en un departamento que estaba en la colonia Cuauhtémoc que estaba en la Ciudad de México. Más años le tomó aún darse cuenta de que no vivía en la Ciudad de México, de que no la habitaba toda, sino únicamente en una cierta parte de la ciudad, en una zona, en un muy determinado territorio del que había excluido, incluso por dos y tres años, la visión del Zócalo y de la Catedral. Vivía acaso en uno de sus barrios, de Insurgentes Sur al Viaducto Miguel Alemán, de allí a Coyoacán y San Ángel —el jardín del Distrito—, una serie de pequeñas, asoleadas y arboladas ciudades dentro de la ancha y ajena ciudad de las afueras.

No teniendo la costumbre de pensar en términos topográficos, su manera de apreciar el país se le iba dando más bien según ciertos patrones horizontales, como si viviera en una meseta de igual clima e idéntica presión en todas sus latitudes. Pero, de pronto, amaneció un

día con la idea de que el poder —esta cosa pública federal y centralista— no solo estaba en el centro, sino también arriba, elevado a lo alto de la pirámide: la punta del cerro, el pezón de la teta, el asiento del poder en el altiplano. Por eso, pensó, se le contempla de abajo a arriba. Por eso, en forma por demás centrífuga, el poder se ejerce fulminante, implacable, soberbio, despiadado, desde la capital: de arriba a abajo.

Y es escabroso el terreno, accidentado. Uno no vive en una mesa de billar ni en los parajes promiscuos del Bosco en el Jardín de las Delicias, entre pescados, ranas y con el culo en pompa. Así, a pesar de que más de la mitad de la vida uno la haya dilapidado en esta cresta de la montaña o esta altiplanicie del poder mexicano que aprovecha un segmento por debajo y a lo largo del trópico de Cáncer, la relación no del todo definida que de manera trivial y desapasionada se dio hasta el 18 de septiembre de 1985 empieza a ser otra.

Uno no quiere vivir en Londres ni en París ni en Barcelona. Uno quiere vivir aquí porque no hace frío. Porque aquí están sus amigos y, como decía Henry Miller, porque se tiene al menos una relación importante con alguno de sus habitantes. Porque aquí están sus pasiones. Y de pronto quedó hecha pedazos. Se nos hizo pedazos la ciudad, como una madre finalmente desahuciada y carcomida.

Se nos movió el piso.

Mutilaciones se establecieron como uniones entre la ciudad y uno a veces tenía la impresión de que en el Distrito Federal muy difícilmente se podía tener un mundo. (Hay novelistas con mundo y novelistas sin mundo). Era más factible que lo tuviera un novelista de provincia, aunque allá le sobrara mundo y le faltara oficio, porque en lo personal uno (ninguno y 100 mil) se había quedado entre la provincia y la capital: no era del DF ni era de Tijuana. Se había quedado paralizado en una tierra de nadie de la literatura en la que no se sabía qué era más falso, si lo tijuanaense o lo capitalino, y no lograba entender muy bien cuál era la relación entre Henry Miller y el desierto nocturno de Insurgentes Sur a pesar de que alguna asociación de ideas había tenido mientras leía Big Sur y las naranjas de Jerónimo Bosch sentado en el bar del Torremolinos. El apunte para un posible cuento había estado durante muchos años en las páginas del libro y desde el taburete del

Torremolinos vio pasar los autobuses de la Ruta 100 con cientos de muchachos sentados en las ventanas y en los techos que regresaban del estadio volcán de Ciudad Universitaria a lo largo de todo Insurgentes, custodiados por patrullas en una perfecta operación de despeje hacia el norte, tendiente a evitar el rompimiento de vitrinas y el saqueo. Era una fantasía secreta, unas notas garabateadas algunos años atrás entre las páginas de Henry Miller, el autor del deseo. Pero no precisamente una fantasía política, sino una fantasía coral, paráfrasis de un motivo operístico:

Si se hubiera tenido un punto de observación —empezaba a correr el cuento inconcluso— desde la cabina del helicóptero se habría visto cómo buena parte de la multitud, a veces formando un agusanado cordón o una hilera de hormigas, emergía del volcánico estadio de Ciudad Universitaria y se introducía en el Pedregal de San Ángel. Al principio el grupo compacto de jóvenes excitados avanzó velozmente en fila cerrada, afilando cada vez más la punta y acuchillándose en los altos portones amarillos que daban acceso (o lo negaban) a la zona residencial. Pero en cuanto se montó en las rejas, la columna de jóvenes se abrió y desde lo alto empezó a desparramarse por las calles del Pedregal como movida en su sangre por una corriente de anfetaminas.

Casi todas las casas estaban cubiertas por bardas altísimas. La finca de los Artigas tenía 29 kilómetros cuadrados y por encima de sus infinitos jardines —en servidumbre legal de paso— cortaba el camino pavimentado rumbo al Desierto de los Leones. Los jardines de golf se comunicaban por túneles perforados debajo de las calles públicas de arriba. Los muchachos se sintieron en territorio enemigo cuando descubrieron la calle Lluvia, emprendieron el asalto a las residencias de roca volcánica sin premeditación alguna, sin estrategia por el momento comprensible, y avanzaron por Niebla, Agua, Fumarola, Sendero, Cráter, Rocío, Huracán, Pirules, Nubes, Fuego, Picacho, Crestón, Llama, Meseta, Cantera, Pizarra, Piedra, Nieve, Vereda, Pradera, Valle, Lava, Risco, Cascada, Ciclón, Volcán y Granizo... Cataratas y Alud.



Este libro se terminó de imprimir en 2021.  
© Derechos Reservados.







Bajo el título *Tijuanaenses* conviven aquí seis relatos y una novela corta. Comparten el común denominador de ser literatura fronteriza en un sentido amplio, es decir, relativa a cualquier punto en donde se tocan dos realidades distintas. La novela, *Todo sobre las focas*, es un magnífico ejemplo de la habilidad con que Campbell exploraba esa condición: un hombre narra su búsqueda de Beverly, una mujer a veces real y a veces imaginaria. Esta exploración lo lleva a cruzar fronteras físicas como las que separan a la tierra del agua y al día de la noche, pero también fronteras psicológicas como las que separan al niño del hombre, lo real de lo imaginario y al futuro del pasado. Además de hurgar en situaciones que indican el paso de una realidad a otra, los seis relatos aquí incluidos son un muestrario de los temas a los que Federico Campbell dedicó su labor literaria y periodística: la relación entre la península de Baja California y la península itálica, la búsqueda del padre, los laberintos en la procuración de justicia, la construcción de la memoria y el regreso a las calles de Tijuana.

Federico Campbell nació en Tijuana en 1941. Publicó una veintena de libros, entre ellos las novelas *Pretextos* o *El Cronista Enmascarado*, *Transpeninsular* y *La Clave Morse*; el manual *Periodismo escrito*, los volúmenes de ensayo *La era de la criminalidad*, *Padre y memoria* y *La memoria de Sciascia*; el diario literario *Post Scriptum Triste* y la compilación *Entrevistas con escritores*. Parte de su obra ha sido traducida al inglés y al italiano. Entre otras distinciones obtuvo en 1995 la beca J.S. Guggenheim, en 2000 el Premio Bellas Artes-Colima a la mejor novela publicada y en 2011 el Premio Nacional de Literatura "Letras de Sinaloa". En 1999 ingresó en el Sistema Nacional de Creadores de Arte. Falleció en la Ciudad de México en 2014.

